

46 2-46

EL ESPAÑOL

3 Ptas.

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

Madrid, 17 - 23 agosto 1958 - Dirección y Administración: Pinar, 5 - II Epoca - Núm. 507 Depósito legal M. 58.69. - 195

AMINOS BAJO EL MAR

POLO NORTE, PUERTA ABIERTA PARA LA ESTRATEGIA SUBMARINA



El "Nautilus" en el puerto de Nueva York

"NAUTILUS", "SKATE", "TRITON" Y LOS PETROLEROS SUMERGIBLES DE CIEN MIL TONELADAS

La sed...

se puede "engañar"
con muchas bebidas;
pero sólo se aplaca
fisiológicamente
refrescando
el organismo con
"Sal de Fruta" ENO,
cuya beneficiosa acción
equivale a la de la
fruta fresca y madura.



C.S. 14.108

"SAL DE FRUTA" ENO

MARCAS

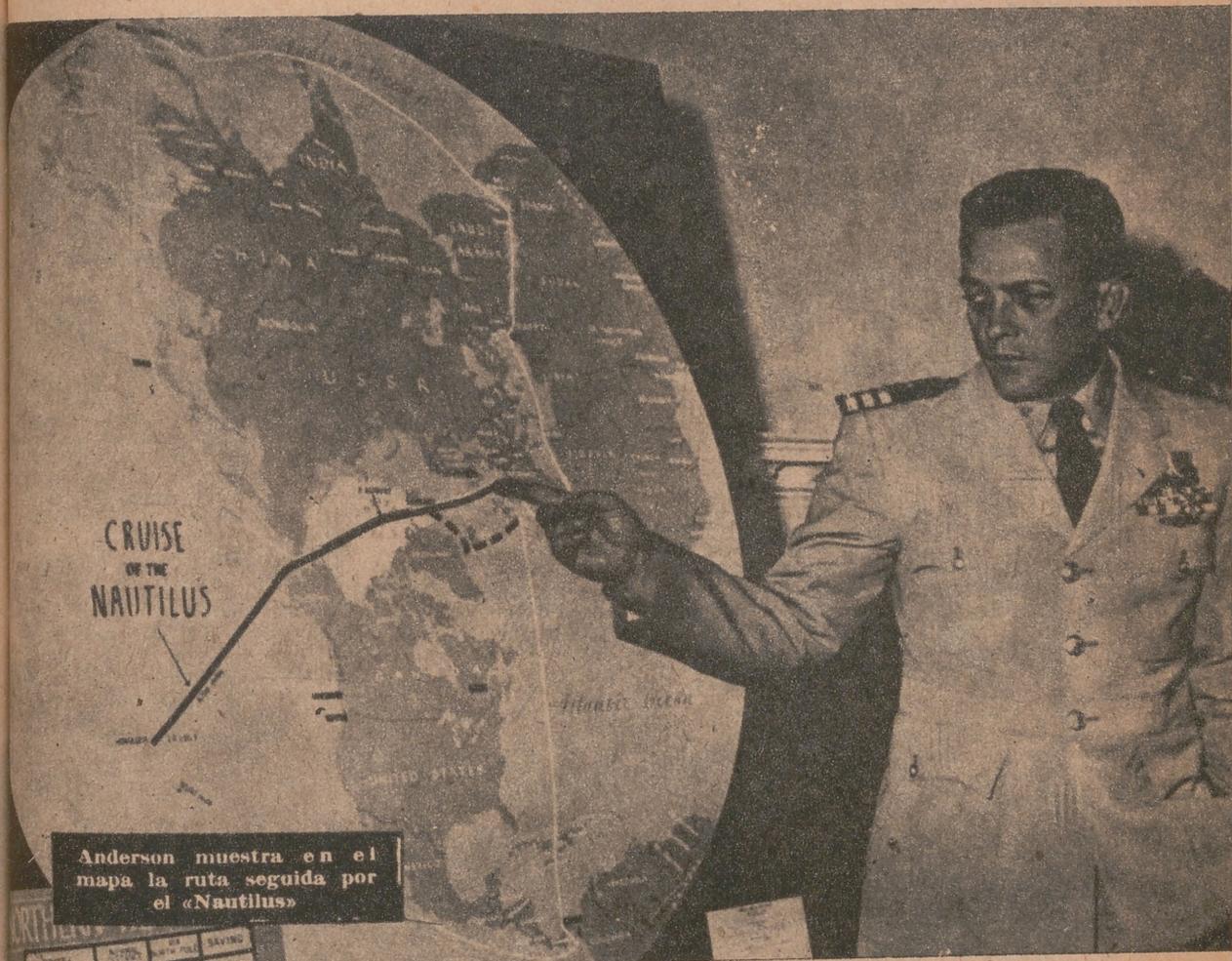
REGIST

HACE SOPORTABLE EL VERANO

Laboratorio FEDERICO BONET, S. A. - Edificio Boneco - Madrid

CAMINOS BAJO EL MAR

EL POLO NORTE, PUERTA ABIERTA PARA LA ESTRATEGIA SUBMARINA



Anderson muestra en el mapa la ruta seguida por el «Nautilus»

“NAUTILUS”, “SKATE”, “TRITON” Y LOS PETROLEROS SUMERGIBLES DE 100,000 TONELADAS

A poco de alcanzar el punto matemático del Polo Norte, la tripulación del submarino “Nautilus” se reúne en la estancia que se utiliza de comedor por la marinería. El capitán de la nave, el comandante Anderson, se limita a pronunciar estas sencillas palabras:

—Hemos alcanzado el Polo de la tierra y la travesía prosigue según los cálculos que teníamos hechos.

Después, la gesta se celebró sirviendo a los hombres del “Nautilus” una comida consistente en chuletas con patatas fritas y una macedonia de frutas. Como golosina especial para conmemorar el histórico acontecimiento, el cocinero del submarino preparó una tarta helada, con chocolate y huevos, que des-

de aquellos mismos instantes quedó bautizada con el nombre de “Pastel Polo Norte”. Luego, la tarea de cada hora, la rutina de la navegación, con cada marinero en su puesto y cada oficial a la mira de los instrumentos de precisión que gobiernan ese alarde técnico que es el “Nautilus”.

Pero a pesar de la sencillez con que se daba a conocer esta gesta, el hecho de que el hombre haya conseguido abrir una ruta marina atravesando de lado a lado el Artico constituye una efemérides que da honor a toda una época de la Historia. Supone esta singladura del “Nautilus” que en tiempos de paz queda viable una ruta marítima entre Europa y el Lejano Oriente reducida a casi la mitad del recorrido acostumbrado. En tiem-

pos de guerra supondría la experiencia de este submarino norteamericano que las costas rusas del Artico quedarían abiertas a las acciones bélicas y que la hasta ahora infranqueable barrera defensiva de los hielos, ha dejado de cubrir este flanco de la Rusia soviética. Toda una concepción estratégica que vino rigiendo desde que el mundo es mundo, ha de ser revisada en lo sucesivo por los Estados Mayores.

El viaje del “Nautilus” tiene un alcance científico que se puede equiparar al que implica el lanzamiento de un satélite de la tierra y tiene además un aspecto que está ausente en aquellas otras experiencias: es la nota del valor humano que supone el hecho de que un puñado de tripulantes, que 116 hombres de mar,

TRES FECHAS PARA PORTUGAL

EL domingo 4 de mayo los portugueses supieron que Américo Tomás había aceptado, a instancias de Oliveira Salazar, el presentar su candidatura para la Presidencia de la República; el domingo 8 de junio los portugueses eligieron a Américo Tomás como Presidente de la nación; el domingo 10 de agosto los portugueses conocieron que Américo Tomás, su Presidente electo, había sido investido de la suprema autoridad de Portugal.

Américo Tomás, almirante marino, hombre de bien, en tres meses, ha conquistado el deseo, por parte de los amigos de su patria, de ese auténtico y sentido gran cúmulo de venturas, de aciertos, de prosperidades, para él y para su país. Y aquí estamos, en primera fila, en vanguardísimo puesto, los españoles, abierta la mano, el alma y el corazón, celebrando el acontecimiento.

Y lo celebramos limpiamente, porque nadie mejor que Américo Tomás es hoy el hombre idóneo para la Presidencia del país sermoneado. Lazos de amistad, de gratitud, de noble recuerdo tienen los españoles para el almirante que ahora preside los destinos de Portugal. En nuestra memoria, presentes siempre, están las acciones generosas que Américo Tomás tuvo para con España en los días duros de los años de nuestra Cruzada. Y hoy, más de veinte años pasados, aunque sólo fuera por eso, España, en el más hondo y amplio sentido del término, se congratula. De lo que pasó, de lo que ahora es y de lo que en el futuro será.

Hace treinta y dos años. Portugal—y aquí aparece también la analogía y la hermandad con España—rompió con el pasado y se trazó, a caballo de la mano cortera de otro gran hom-

bre, Oliveira Salazar, la línea recta de su camino. En la Jefatura del país, antes que Américo Tomás, dos nombres comprende la historia: Carmona y Craveiro Lopes. Si con aquéllos, que ya fueron, está la gratitud y el reconocimiento de todos los portugueses, con Américo Tomás, igual que en la toma de posesión de sus antecesores, está la esperanza.

Américo Tomás, desde sus anteriores puestos—jefe de Gabinete del ministerio de Marina primero, presidente de la Junta General de la Marina Mercante después, ministro de Marina más tarde—no tiene en su balance más que cifras positivas. La Marina de Portugal, la sucesora de aquellas otras Marinas que dieron al país luso días de gloria, de nombre y de historia, es hoy auténticamente mayor de edad gracias a las ordenes, a los proyectos, a los desvelos, del hombre que ahora ocupa la Presidencia del Estado.

Cuando Oliveira Salazar, después de una conversación de cuatro horas, convenció a su colaborador y amigo para que aceptase la gran responsabilidad de la candidatura, Portugal, pudo abrir seguro el pecho, lleno de firmeza. Porque firmeza y continuidad son los absolutos cimientos sobre los que se asienta la política portuguesa.

Portugal sigue, así, sin vacilaciones, su camino. Ese camino que empezó hace treinta y dos años. El deslindado sendero, siempre seguro el objetivo, continuará, pues, venciendo los obstáculos, bajo el pulso sereno de otro hombre de Portugal. Un pulso que, si distinta la persona obedece, no obstante, al mejor y más noble propósito: el único y supremo interés de la Patria.

se lancen a navegar noventa y seis horas bajo los hielos, sin cartas de esas aguas, ante la amenaza de riesgos desconocidos y con la posibilidad de quedar para siempre sepultados de haberse registrado un mínimo fallo técnico. A la perla de esos tripulantes hay que emparejar también los méritos de los equipos de hombres de ciencia que han hecho posible este gran capítulo de la historia marinera de la humanidad. Valor y ciencia resumen esta singladura del "Nautilus", que se inicia el 23 de julio de 1958, en la rada de Pearl Harbour, a las siete de la mañana, con sol en el horizonte y mar en calma.

DIECINUEVE DIAS BAJO LAS AGUAS

En el puesto de mando del

"Nautilus" va el comandante de la Armada norteamericana, William R. Anderson. Es un jefe joven, acostumbrado a mandar hombres y a llevarlos al combate con serenidad y confianza. No ha cumplido los cincuenta años y su rostro tiene la apariencia lozana del que vive al sol y al aire libre. Lleva el pelo cortado con exceso y por las sienes es blanco. Su historial militar en la pasada guerra le ha dado méritos y experiencia para ser nombrado capitán del primer submarino atómico del mundo.

—Hay que confiar siempre en Dios y en sí mismos; así se ganan todas las batallas—acostumbraba a decir Anderson en los puentes de mando durante la última guerra.

Esta seguridad en sus conocimientos de la mar y una gran

confianza en los marineros que lleva a sus órdenes serán las claves del feliz resultado de la empresa asignada al "Nautilus": recorrer 8.000 millas, cruzando las profundidades del océano Ártico, en un viaje de diecinueve días de navegación, casi constantemente sumergidos.

—Estábamos deseando descubrir las posibilidades de esta ruta como futura vía de navegación comercial—ha explicado el comandante Anderson.

Para esta misión exploradora, el submarino hubo de ser dotado de medios especiales y de instrumental adecuado. Cuando fué botado al agua hace cuatro años y medio en Groton, Connecticut, siendo madrina del buque la esposa del Presidente Eisenhower, fué reconocido por todos los técnicos como el prototipo del sumergible del futuro. Pero en esos momentos no estaba el "Nautilus" dotado para la empresa que ahora acaba de cumplir.

Cuando el "Nautilus" se balanceaba blandamente en la rada del puerto, después de la botadura, el entonces Presidente Truman predijo que el submarino tendría una trascendencia en la historia de la Marina semejante a la revolución técnica que supuso, ciento veinte años atrás, la aplicación del vapor a la navegación. Lo que en esos momentos no anunció Truman es que el "Nautilus" pasaría también a la posteridad como uno de los más importantes buques exploradores.

EN EL POLO NOROCCIDENTAL

Hasta el 29 de julio el submarino atómico no alcanza el estrecho de Behring, una angosta vía de agua que separa el continente americano del asiático. Más concretamente, el territorio de la U. R. S. S. de la blanca geografía de Alaska.

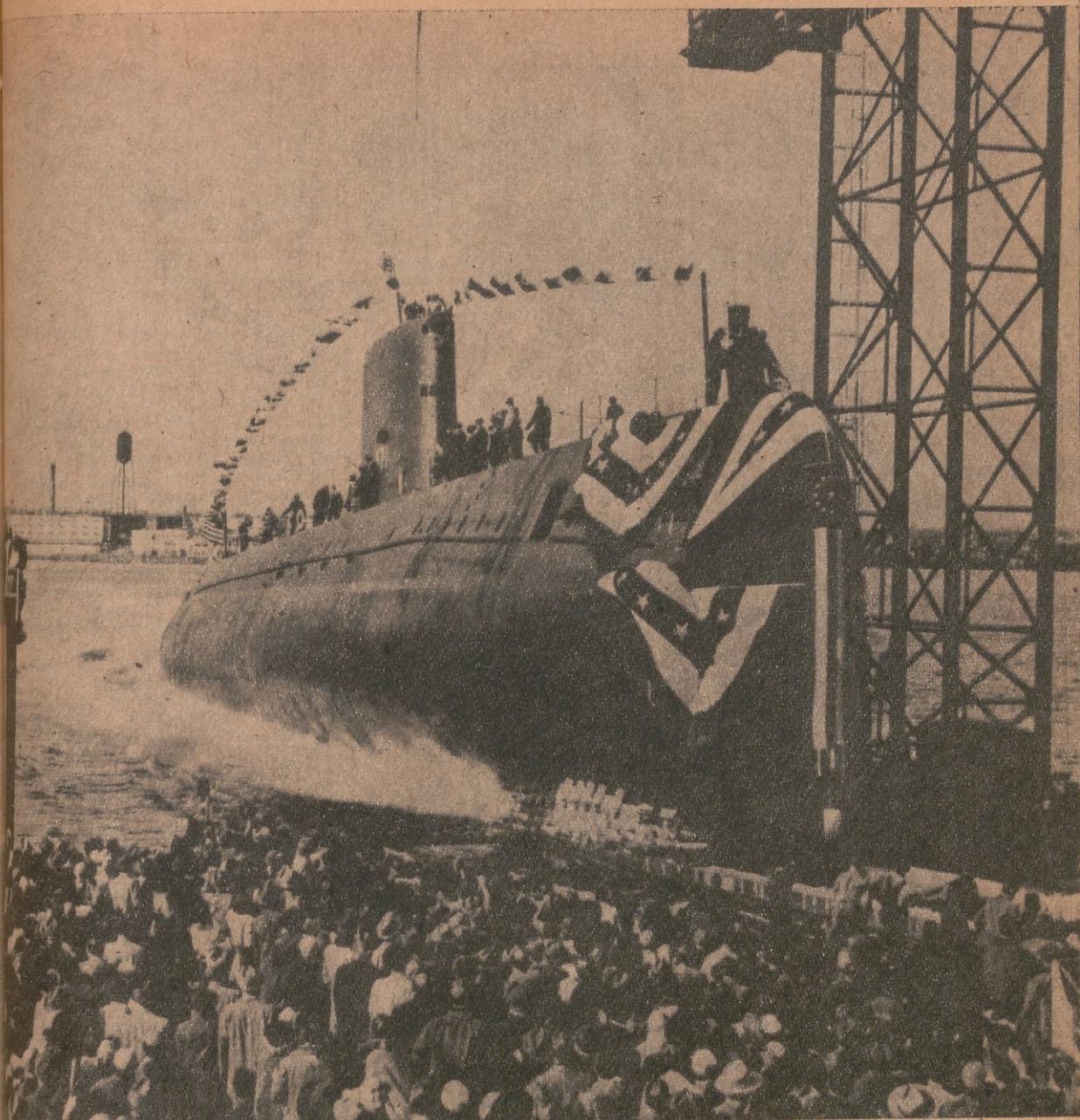
—Si los rusos nos hubieran localizado se habrían apuntado un buen tanto—ha comentado Anderson.

Entre dos aguas, el "Nautilus" inició su navegación por el Océano Ártico. El capitán del "Nautilus" da la orden de remontarse, y por breves segundos el periscopio explora los alrededores para enfilar la ruta entre las islas Diomedes y la costa de Alaska. Exactamente durante medio minuto, el "Nautilus" pone en funcionamiento sus instalaciones de radar. Es suficiente. La vía que sigue el submarino es la apropiada y en lo sucesivo la navegación se hará basándose en cálculos sobre las cartas marinas.

Es el 1.º de agosto cuando llegan a la altura del cabo Barrow. Aquí se inicia otra inmersión que se prolongará sin interrupción hasta el día 5. En este tiempo, el "Nautilus" atraviesa el Océano Ártico pasando por el Polo Norte geográfico.

A partir de este punto serán 1.830 millas bajo los hielos, en noventa y seis horas sin ver la luz del sol, con rumbo a lo inexplorado, ante la amenaza de las masas de hielo y el desconocimiento de la verdadera topografía de esas regiones submarinas.

—Es muy difícil navegar a través del Polo Norte, pues no hay



El «Nautilus», al ser botado en los astilleros de Groton en enero de 1954

posibilidad de observar nada fuera del buque. No se puede marcar la posición con las estrellas. Nada de extraño tiene que una embarcación en esas circunstancias y en esas aguas pierda el rumbo y navegue en círculo, creyendo el capitán que sigue un camino recto—son comentarios del comandante Anderson.

Sin ningún percance de esa clase, el «Nautilus» llega al Polo Norte el lunes 4 de agosto, a las cuatro y cuarto de la madrugada.

—No di órdenes de detener la marcha. Sondeamos en ese punto y registramos profundidades de 13.410 pies.

Estas mediciones del «Nautilus» establecen que el fondo del mar en el Polo Norte es cerca de 2.000 pies más profundo de lo que se creía hasta ahora. Desde ese 4 de agosto se sabe ya que las aguas en ese punto tienen una altura de unos cuatro kilómetros.

—Se ven flotar inmensos témpanos de hielo y el espectáculo es sobrecogedor.

mentarios del paso por el Polo Norte, por ese camino que el hombre estuvo buscando durante siglos y en el que fué dejando muchas vidas de los que intentaron la empresa.

El día 5, treinta y cinco horas después, el «Nautilus» emergía del fondo de las aguas a la altura de las islas de Spitzberg. La travesía a través del Polo Norte era ya un hecho ultimado.

TRUENOS EN EL FONDO DEL MAR

Quedan patentes las dificultades que encierra la empresa de alcanzar el Polo Norte bajo las aguas haciendo una historia, por breve que sea, de otras muchas tentativas emprendidas recientemente para alcanzar ese objetivo. El mismo «Nautilus», que ahora ha visto coronado su viaje con resultados excelentes, emprendió esa misión el mes de septiembre del año último, sin lograr penetrar más allá de 180 millas del Polo. Tal viaje no alcanzó la meta debido a no estar aún dotado el submarino con el

contrado circunstancias meteorológicas desfavorables.

Fué en el año 1931 cuando salió una expedición dirigida por el australiano Hubert Wilkins con la intención igualmente de llegar al Polo navegando bajo las aguas del Artico. Si no alcanzó el punto de destino, sí pudo, en cambio, hacer interesantes estudios sobre las corrientes marinas. Esta expedición registró la existencia de masas de aguas templadas a profundidades de los 250 pies a los 1.500, entre las capas de hielo de la superficie y las gélidas aguas del fondo. El submarino utilizado en esta empresa era norteamericano, con catorce años de navegación cuando puso proa al Océano Artico. Se le acopló una perforadora, susceptible de ser accionada desde el interior de la nave, para taladrar capas de hielo. Las tormentas que encontró en el camino malograron la tentativa del explorador australiano.

Según las declaraciones de un miembro de la tripulación de ese submarino, lo más penoso de la navegación bajo las aguas del Artico son los encuentros con

Al servicio del consumidor

LA inauguración en San Sebastián y Bilbao de unos supermercados, primeros de la serie que ha de instalarse en todo el país, no debemos considerarlo como una noticia más de nuestro mundo económico. No es eso. El simple hecho de que estos supermercados se hayan hecho de todo punto necesarios, como reguladores de los precios e incluso como factores de abaratamiento de coste de vida, ya sería por sí solo motivo de disquisiciones. El supermercado, más que un accidente, es algo sustantivo. Más que una solución de urgencia debemos considerarlo como la base de la nueva estructura del mercado de productos alimenticios, un mercado que no puede seguir dominado en su desenvolvimiento por simples factores especulativos. El mercado de productos básicos, en nuestro tiempo, es también un ente social. Esto no quiere decir, naturalmente, que haya dejado de serlo económico. Los dos son perfectamente compatibles. El supermercado compagina ambos intereses y los proyecta a un fin superior, al servicio a la sociedad.

El supermercado es un fruto ya maduro en las modernas tendencias económicas. Un nuevo concepto del mercado de productos básicos, o si se prefiere de su comercio entraña, sin duda alguna, el supermercado. En cierto modo podría decirse de él también que aporta una nueva interpretación desde un punto de vista práctico del juego de la oferta y la demanda en ese sector vital del comercio que es el de los productos alimenticios. El supermercado es la estabilización de los precios

de esos productos y la reducción máxima posible de los mismos. Sería ocioso resaltar la influencia que ello puede ejercer en el total desenvolvimiento económico del país.

Debemos congratularnos por la inauguración de esos supermercados y hemos de desear también que el proyecto de establecerlo en toda España no encuentre ningún contratiempo que lo imposibilite. Si tenemos en cuenta que en la capital donostiarra, a los pocos días de inaugurarse el supermercado ya se había dejado sentir la influencia de su funcionamiento en los precios de algunos productos en otros comercios, este deseo queda perfectamente enmarcado. El precio de los huevos, concretamente, bajó en una proporción que se acerca al veinticinco por ciento. Esta reducción, dado su volumen y el tiempo en que se produjo, evidencia algo como es la excesiva marginalidad de nuestro comercio al detalle. La queja expuesta por el Ministro de Comercio en el acto de inauguración del supermercado sobre la falta de competencia, adquiere a este respecto toda su significación y explica muchas vicisitudes del comercio de productos alimenticios.

Una buena red de supermercados extendida por toda la geografía española puede representar una nueva época de dicho mercado, usando sobre factores valorables más racionales y objetivos. A los nuevos supermercados de San Sebastián y Bilbao les saludamos animados por esta ilusión, que comparten, sin duda alguna, todos los consumidores españoles.

los hielos que marchan a la deriva. Se producen entonces ruidos tan fuertes que se sienten como los truenos de una violenta tormenta.

Una expedición rusa, emprendida en 1937, quedó muy lejos del Polo y se limitó a hacer trabajos de sondeo en puntos más al sur de los que exploró en 1909 Peary en su camino para descubrir el Polo Norte, tratando también de averiguar las profundidades marinas en el Ártico.

Hasta que el "Nautilus" zarpó de Pearl Harbour para rendir viaje en el puerto británico de Portland, la empresa de abrir un nuevo océano para la navegación quedaba por realizar

NUEVA FRONTERA
ESTRATEGICA

El "Nautilus" ha batido no sólo

los sus propias marcas, sino también las de todos los demás submarinos. Hasta ahora la gigantesca masa de hielo que cubre el Polo Norte había impedido penetraciones profundas por mar en esa dirección. Únicamente a pie o por aire y venciendo muchas dificultades, el hombre había alcanzado esas remotas regiones geográficas. Los buques de superficie nunca lograron avanzar mucho aun aprovechando el período de verano.

Las repercusiones que en el aspecto militar tiene este viaje del submarino norteamericano son incalculables. En primer lugar, ha quedado probado que en el futuro el Océano Ártico no quedará excluido del escenario bélico, toda vez que ya es posible utilizar sus aguas para la navegación. Estratégicamente, esa zona será de primera importancia, ya que

desde ella podrán los submarinos lanzar armas teledirigidas contra el territorio enemigo. De esta manera una vasta superficie del suelo de la U. R. S. S. ha quedado expuesta a la acción de los cohetes modernos. El hielo ya no es una barrera defensiva como antes del viaje del "Nautilus".

El "Nautilus" no es ahora el único submarino atómico que navega bajo el pabellón de los Estados Unidos. Desde que fué botado aquél han entrado en servicio otros dos buques de esas características; uno de ellos es el "Sea Wolf" y el otro es el "Skate", que ha repetido la hazaña del "Nautilus". Además de estos modernísimos submarinos, el Congreso norteamericano ha aprobado la construcción de otros nueve más, también accionados por energía atómica. El primero de la serie podrá entrar en servicio en el año 1960.

Cada submarino atómico proyectado por la Marina norteamericana irá equipado con un complejo sistema de dirección de la navegación, compuesto de giróscopos, acelerómetros, integradores, aparatos para hallar la posición y otro muy variado instrumental cuyas características se guardan en secreto. Todas las dificultades de las largas travesías bajo las aguas han sido resueltas por la técnica norteamericana, que ha hecho posible la construcción de esta flota sumergible de un potencial bélico incalculable.

EL ARTICO, ZONA DE LANZAMIENTO

Para comprender claramente la repercusión en el terreno militar del viaje del "Nautilus" hay que tener presente que la gran masa de hielo que cubre el Océano Ártico ofrece muchos puntos que son perforables sin dificultad, por lo que un submarino puede salir a la superficie en cualquier época del año, aunque sea en lo más frío del invierno.

—En los meses más crudos del año, un submarino que manobre bajo los hielos del casquete polar puede remontarse a la superficie utilizando para ello limitadas zonas de aguas no congeladas o perforando superficies heladas de poco grosor. Para esta finalidad, los submarinos atómicos están especialmente equipados—ha declarado el marino norteamericano Robert McWethy.

Utilizando esas aguas libres de hielos o facilitando la perforación de las capas sólidas, los submarinos pueden tender sus periscopios y disparar sus proyectiles teledirigidos desde los más remotos confines del Ártico. Desde la zona de Spitzberg, de fácil acceso a las naves atómicas, la ciudad de Leningrado queda a 1.130 millas y Moscú a 1.420. La distancia al importante centro de Murmansk es sólo de 400 millas.

La experiencia del "Nautilus" ha dejado abierta una nueva frontera estratégica de la U. R. S. S. Toda la costa soviética del Ártico está potencialmente expuesta al asalto de las armas

del mundo libre, si llega el momento de una conflagración.

A esas posibilidades hay que añadir la realidad de que un submarino que opere en aguas del Artico, bajo los hielos, es casi imposible de ser localizado. La otra acción que queda al alcance de estas naves es la de destruir el comercio soviético que se realiza entre Murmansk y la zona del estrecho de Behring. Durante la época estival, Rusia utiliza esa ruta empleando buques rompehielos y helicópteros a fin de despejar el camino a los "convoy". Por esta vía, la U. R. S. S. suministra a sus bases en el Artico, refuerza sus instalaciones militares y da salida a los minerales que se extraen en los ricos yacimientos localizados en esas latitudes.

El "Nautilus" ha probado que esa ruta tanto en el aspecto comercial como en el castrense ha dejado de estar a salvo en el supuesto de una contienda armada.

VIAJE A TIEMPO

Tanto en el orden técnico como desde el punto de vista de las posibilidades futuras de utilización del Artico, el viaje del "Nautilus" es de tanta trascendencia como el lanzamiento de satélites. Para esta empresa ha sido imprescindible que la ciencia y la técnica hayan probado su formidable grado de adelanto que hace del submarino atómico un instrumento de perfección difícilmente imaginable unos años atrás.

Y ha sucedido también que las noticias del viaje del "Nautilus" se conocieron por el mundo en buen momento, cuando los comunistas chinos preparan su ofensiva diplomática contra Formosa y la U. R. S. S. mantiene su campaña de injerencia en los asuntos internos de los demás países y se dispone a romper el fuego en las Naciones Unidas con sus sofismas habituales.

Cuando el Presidente Eisenhower colgaba la medalla en la guerrera del comandante Anderson, la Legión del Mérito por su intrépida travesía bajo las aguas inexploradas del Artico, todos comprendían también que desde el mes de agosto de 1958 se abría una nueva época para la historia marinera del mundo.

EL "TRITON" SERA QUIZA MODELO UNICO

Si todo va bien, y hay motivos para temer que no sea así, el día 19 de agosto los Estados Unidos botarán un nuevo submarino atómico, el "Tritón", que será el mayor de los conocidos hasta la fecha.

El casco del "Tritón" ha sido construido en Groton, en los astilleros de la General Dynamics Corporation, donde 6.200 obreros amenazan ahora con ir a la huelga y retrasar al menos por algunos días la botadura del nuevo y gigantesco sumergible. La Empresa, que cuenta con abundantes encargos del Gobierno americano para la construcción de diversos submarinos atómicos, ha ofrecido a los representantes



Los miembros de la Comisión de Energía Atómica durante una visita al «Nautilus»

sindicales de sus obreros un contrato de veintisiete meses de duración en el que se concede un aumento de 15 a 20 centavos por hora en el tiempo trabajado desde el mes de julio y otro aumento de 10 centavos por hora desde el 1 de julio de 1959.

Las condiciones como pueden apreciarse son excelentes, pero los obreros se inclinan a rechazarlas optando por la huelga a causa de la larga duración del contrato.

Aunque la huelga se produzca, el "Tritón" sólo habrá de esperar unos pocos días más hasta el momento de su definitiva botadura. El buque, que mide 135 metros de eslora desplazará en superficie 5.900 toneladas. El "Tritón" será también el primer navío impulsado por la energía atómica que utilice dos reactores nucleares.

El "Tritón" ha sido diseñado como el primero de una pequeña serie de submarinos gemelos. Es muy probable que se convierta en un modelo único al ser interrumpida la consiguiente botadura de nuevos submarinos del mismo tipo. Los avances experimentados en el diseño y construcción de más modernos submarinos atómicos influirán positivamente en esta decisión. En la actualidad los ingenieros navales americanos se inclinan a construir submarinos de la clase "Skipjack", de silueta mucho más estilizada y cuyas líneas oponen una menor resistencia a las aguas. Estas condiciones hacen a esos submarinos mucho

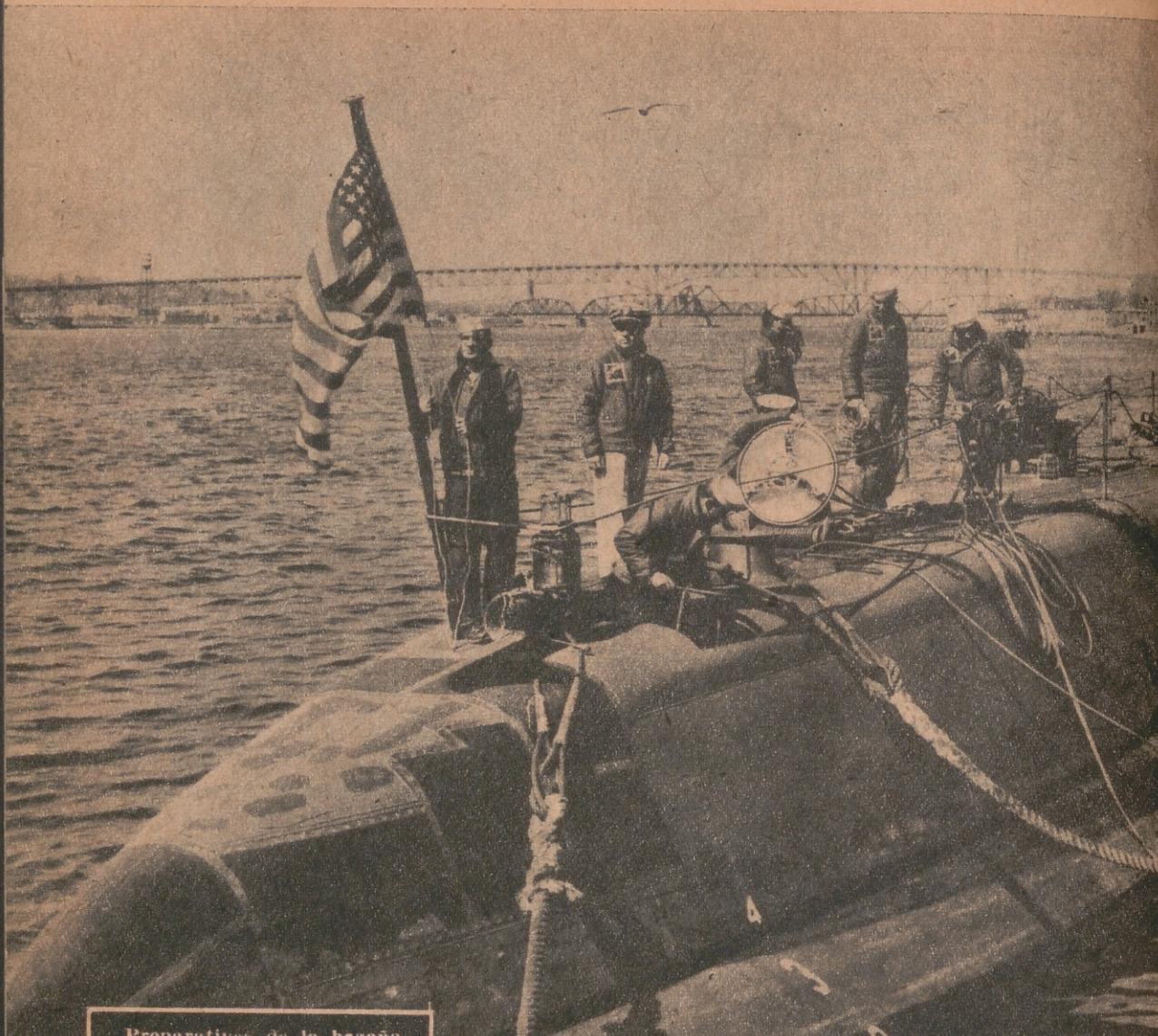
más veloces y fáciles de maniobrar que los colosos del tipo "Tritón".

UN CONVOY BAJO EL AGUA

"proximadamente dentro de unos veinte años los submarinos mercantes de lujo atravesarán el Atlántico en dos días, transportando a 1.000 pasajeros". Esta profecía ha sido hecha por uno de los hombres que mejor conocen la navegación bajo el agua, el vicealmirante Charles B. Momsen, retirado ahora del servicio activo después de haber ostentado el mando de muchas flotillas de submarinos.

Según los cálculos de Momsen los futuros trasatlánticos submarinos alcanzarán una velocidad de 300 millas por hora, deslizándose entre dos aguas sin dejar sentir la incomodidad del oleaje. El vicealmirante retirado cree que la navegación mercante de superficie ha alcanzado su más alto grado de perfección y que todas las mejoras que se puedan introducir en ella serán ya insignificantes.

Para unos cuatro o cinco años más tarde Momsen predice que serán puestos en servicio los primeros submarinos de carga, destinados al transporte de mercancías diversas o de combustibles líquidos. Una firma americana, la U. S. Rubber, trabaja actualmente en el proyecto de construcción de unos enormes tanques sumergibles de goma que podrán ser remolcados por



Preparativos de la hazaña. El «Nautilus» listo para zarpar, en el muelle de Groton, en los Estados Unidos

El Presidente Eisenhower impone al comandante Anderson la medalla de la Legión del Mérito

un submarino. De esta manera se ampliarán extraordinariamente las posibilidades de capacidad de los futuros petroleros submarinos.

Tras de esta preocupación por introducir nuevas ventajas y economías en la navegación se esconde en realidad otra mucho más importante: la de la seguridad de los convoyes mercantes en una posible guerra. Los buques de superficie, expuestos a toda clase de armas tendrían muy pocas posibilidades de arribar a puerto en tanto que los convoyes submarinos estarían mucho más protegidos. Los mismos ataques de submarinos enemigos serían mucho más difíciles debajo del agua. Ni siquiera al llegar a la costa necesitarían emerger; por grandes conductos los convoyes submarinos llegarían a cámaras estancas de las que sería expulsada una parte del agua, mediante la utilización de bombas. Los grandes ascensores llevarían a la superficie la carga de estos submarinos, cuando se tratara de combustibles líquidos sería conducida por un sistema subterráneo de oleoductos.

Otras empresas norteamericanas trabajan ahora en diversos modelos de nuevos submarinos

mercantes. La secretaria de Comercio ha encargado a la Aerojet General Corporation la realización de un proyecto de submarino de carga. Clarence G. Morse, presidente del Federal Maritime Board ha aclarado que la nueva nave sería accionada por motores de retropropulsión a chorro de agua, en forma análoga a como se mueven los aviones a reacción en la atmósfera. El problema principal consiste en hallar la fórmula conveniente en cuanto al aprovechamiento económico del nuevo sistema de transporte. Cuando la energía atómica haya sido extensamente aplicada a la impulsión de navíos mercantes, los nuevos barcos submarinos de la Aerojet serán dotados de reactores nucleares. Tampoco entonces necesitarán utilizar hélices. Los reactores nucleares calentarán en la caldera el agua tomada del mar y ésta saldrá después fuertemente impelida. Las diferencias de temperatura y presión lograrán impulsar la nave con gran fuerza hacia adelante.

CIENT MIL TONELADAS DESPLAZARA EL SUBMARINO PETROLERO

Durante muchos años la utilización comercial de la navegación submarina fué una quimera circunscrita a la imaginación de algunos novelistas o del au-

tor de algún proyecto con visos de irrealizable. Ahora, desde hace varios años, el aspecto de la cuestión ha cambiado totalmente. Los principios de la navegación submarina que durante largo tiempo estuvieron reservados a los sumergibles militares van a ser aplicados a grandes buques mercantes.

Esta preocupación nace, inevitablemente, de la segunda guerra mundial, durante cuyo desarrollo ambos grupos contendientes estudiaron la posibilidad de construir submarinos mercantes. Los aliados, cuyos convoyes sufrían graves pérdidas a causa de los ataques de los submarinos germánicos intentaron hacer a su vez sumergible a todo el convoy, dificultando el ataque y también la observación por parte de los aviones enemigos de reconocimiento.

En el otro campo, los alemanes proyectaron establecer unas estrechas relaciones comerciales con sus aliados japoneses, mediante la utilización de estos barcos submarinos que habrían de navegar casi siempre bajo el agua y fuera de las rutas conocidas de la navegación. Así hubieran llegado hasta Alemania gran parte de los productos del Lejano Oriente y los que el biotico aliado impedía el paso.

Ninguno de los dos bandos beligerantes pasó en sus proyectos de la mesa de dibujo. El mer-

cante submarino no fué construido por falta de tiempo. Ahora, junto a los avances de los norteamericanos, ingleses y japoneses parecen dispuesto a convertirse en los más poderosos armadores de las nuevas flotas comerciales submarinas.

En los talleres de la empresa Saunder-Roe, en Inglaterra, están los planos para la construcción del mayor petrolero del mundo que navegará bajo las aguas. El inevitable secreto rodea todo el proyecto y son pocos los datos que se conocen sobre el nuevo barco.

Parece ser que los planos prevén para este petrolero un desplazamiento de unas 80.000 toneladas que podrían moverse a una velocidad media de navegación de 50 nudos con una autonomía de casi 2.000 kilómetros. Pero el elevado coste de fabricación y de desplazamiento ha inducido a los ingenieros navales autores del proyecto, a aumentar el desplazamiento del nuevo barco, haciendo mucho más económica su explotación. Según todas las previsiones alcanzarán las 100.000 toneladas de desplazamiento, lo que equivale a colocar al nuevo barco a la cabeza de los mayores del mundo sobre los cuales tendría además, la ventaja de ser sumergible.

El submarino proyectado no es una mera adaptación de un buque de guerra a las necesidades

del transporte naval. Las modificaciones introducidas le convertirán en un buque de casco alargado y liso. La ancha torreta de los submarinos de guerra se convertirá en estos barcos de una pequeña elevación introducida en el casco durante la navegación bajo las aguas. De esta forma ningún obstáculo podrá retrasar la rápida marcha del buque, guiado precisamente por los sistemas que como el radar y el sonar fueron las armas más eficaces de la guerra submarina. A popa, las grandes hélices habrán sido colocadas en una disposición un poco rara en forma tal que su montaje no reste al buque espacio interior para el almacenamiento de la mayor cantidad posible de mercancías.

Un submarino de guerra ha de contar con dos factores que disminuyen en gran parte su utilización: el grosor del casco y su numerosa tripulación. El submarino, que ha de soportar las fuertes presiones provocadas por las cargas de profundidad necesita un casco reforzado que le permitirá resistir las explosiones.

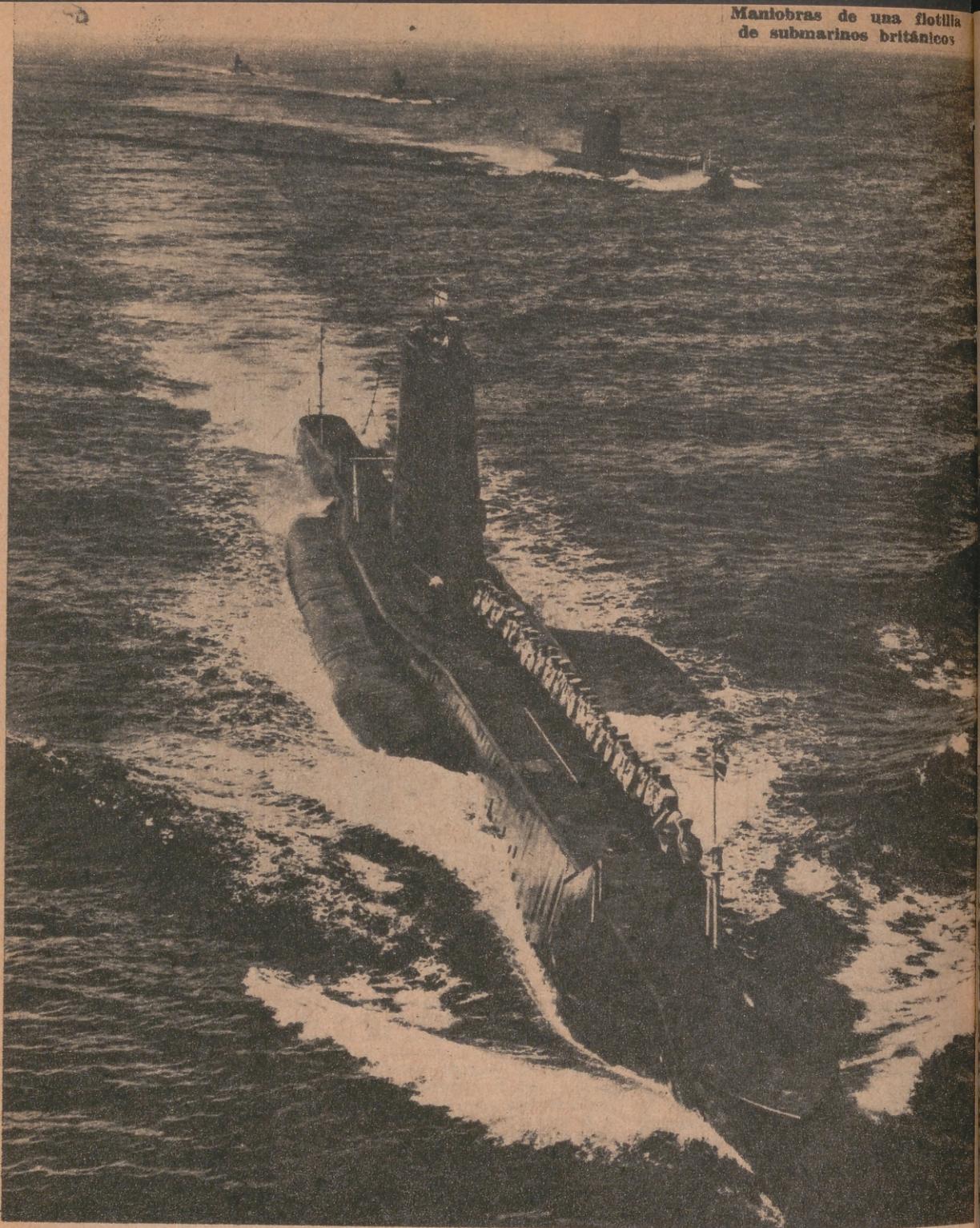
Además, el submarino, arma de especialistas, lleva siempre una numerosa tripulación apañada en los estrechos compartimientos. Tan gran número de hombres exige a su vez grandes cantidades de alimentos, oxígeno y los correspondientes espacios.

Un grueso casco y una tripu-

lación numerosa, las dos servidumbres de los submarinos de guerra van a ser cuidadosamente evitadas en los submarinos mercantes. Estos no serán construidos para resistir las cargas de profundidad (aunque quizá un día soporten desgraciadamente sus efectos) utilizarán un casco extraordinariamente más ligero que permitirá aumentar su capacidad de carga. La tripulación será asimismo extraordinariamente reducida con lo que el espacio disponible queda también aumentado. Un dispositivo más aumentado. Un dispositivo especial y secreto permitirá, además, suprimir los tanques de agua para la inmersión, mediante el uso de nuevos timones de profundidad.

Los japoneses han anunciado varias veces la posibilidad de lanzarse, a su vez, a la construcción de otros tipos de petroleros submarinos. Aun no se han decidido, sin embargo, por la adopción de un determinado modelo. Sin olvidar su competencia esta carrera de los astilleros está entablada entre las dos orillas del Atlántico.

Alfonso BARRA (desde Londres) y W. ALONSO (de nuestra Redacción en Madrid)

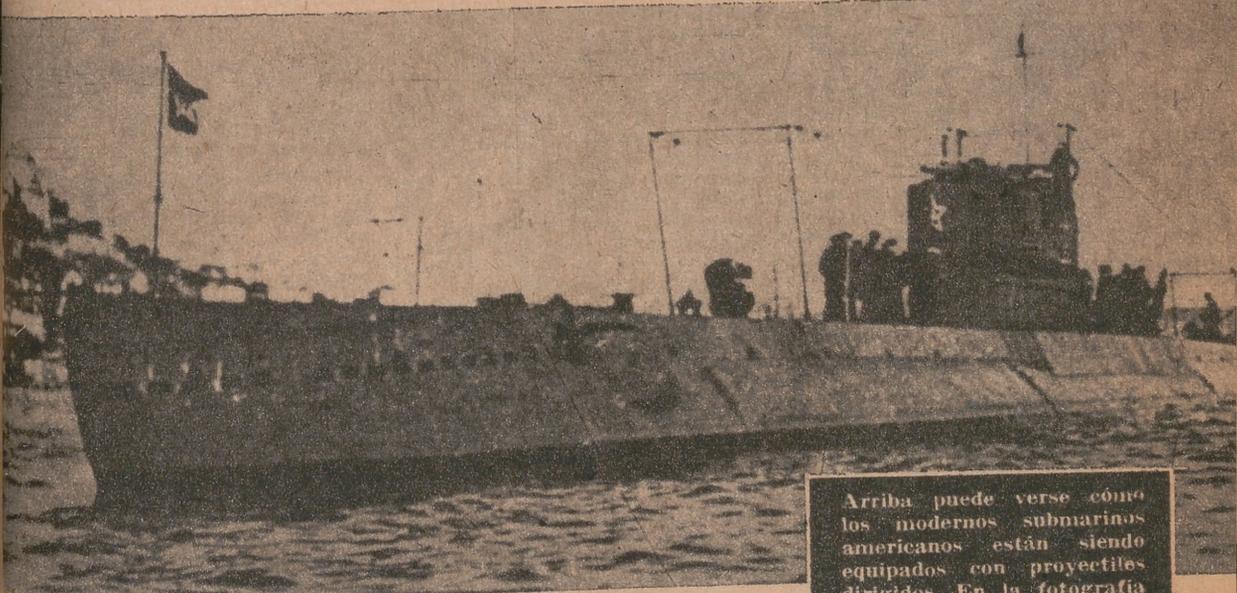
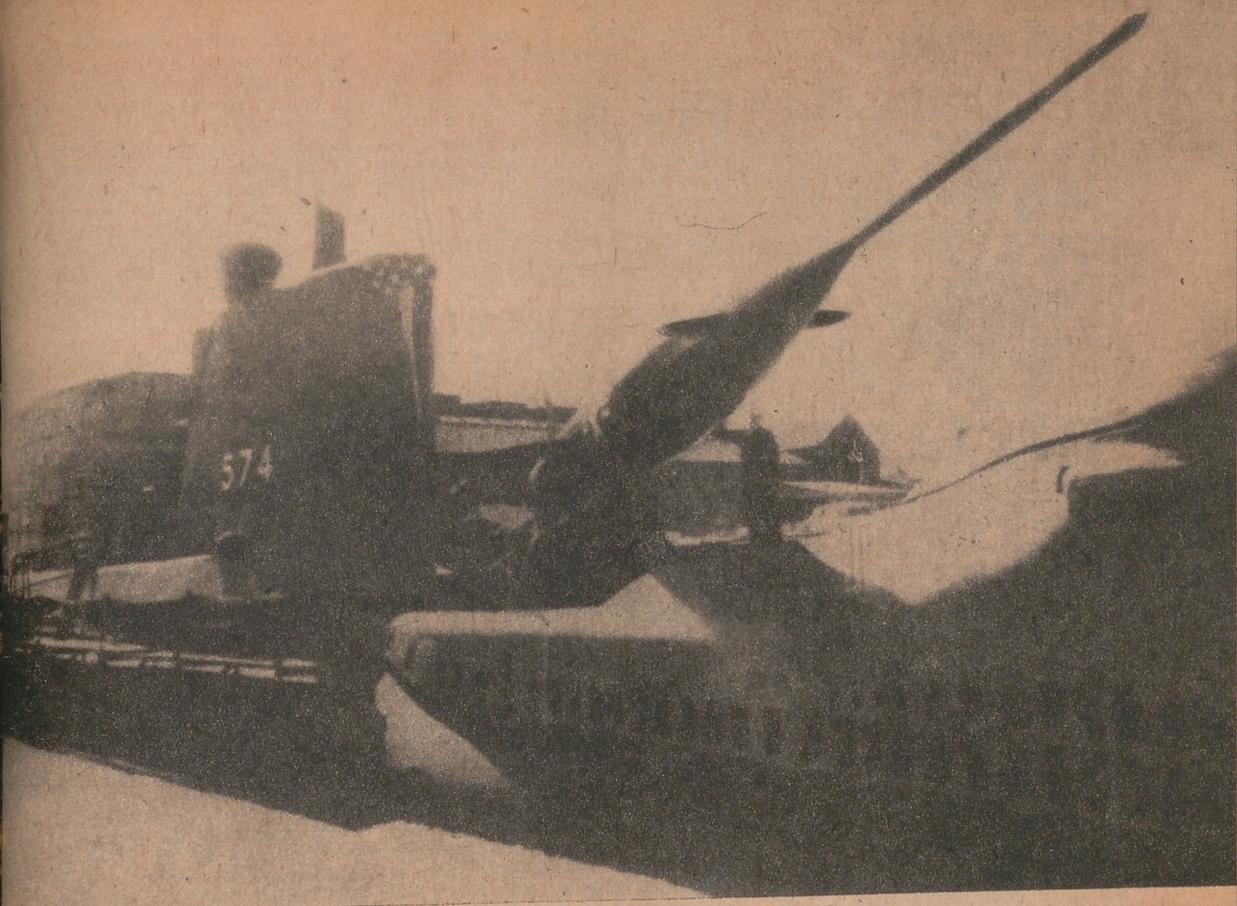


LAS ESCUADRAS INVISIBLES

LOS GRANDES PORTAAVIONES CEDEN EL PUESTO A LAS NAVES SUBMARINAS

AL fin ha sido redimido de su cautiverio el almirante Doenitz. No había apenas franqueado la puerta de la vieja torre de Spandau, convertida en prisión por la «Ley de la Victoria», el ilustre almirante germano, y ya ha recibido de los que antaño fueron sus más encarnizados enemigos, los demás almirantes de las Flotas aliadas, hasta setenta y cinco testimonios de amistad y de admiración para con los viejos rivales de la contienda última: los tripulantes ahogados de los «U» germánicos. Doenitz ha recibido así mejor justicia de sus adversarios leales de la batalla, que de los «Tribunales especiales» (1) para imponer por la fuerza al vencido la ley del vencedor. ¡Que no

lita
os



Arriba puede verse cómo los modernos submarinos americanos están siendo equipados con proyectiles dirigidos. En la fotografía inferior, el «Jakobinetz», submarino soviético.

sólo en nombre de la libertad se han cometido y se cometen aún graves y terribles crímenes! Se han cometido no pocos asimismo también por esos Tribunales que impuso Rusia y a los que sus aliados ocasionales se dejaron arrastrar en aras de una «convivencia» y de un deseo de «apaciguamiento» cuyos frutos ahí los tienes, lector amigo, bien a la vista.

Doenitz tiene, sin duda, razón para sentirse satisfecho de este homenaje de sus más tenaces enemigos y al mismo tiempo para sentirse orgulloso del mismo modo del esfuerzo realizado por los submarinistas alemanes en la última contienda. No le faltan, sin duda, razones bien fundadas para ello. Sus caballerosos adversarios

del mar lo han reconocido así ahora, de una manera espontánea, leal y gallarda. La confesión honra tanto a los vencedores como al vencido. Sólo hubo una excepción: ¡la rusa!

NACIO DE LA IDEA DE UN ESPAÑOL

La lección de los submarinos para la historia naval es corta en el tiempo, pero profunda en la trascendencia. Nace el submarino como tanta otra idea luminosa, en la mente de un español insigne; esta vez en la de Isaac Peral. La novedad no triunfa inicialmente en España, ¡que de haber triunfado qué sesgo más diferente hubiera llevado, posiblemente,

nuestra historia! Inglaterra se apresura a abominar del invento diabólico. Teme que termine este ingenio con su poder naval. Alemania, que intenta disputar a Albión esta supremacía sobre las olas del océano, prepara su Flota. Ocurría ello en los primeros años de este siglo. Inglaterra temió por su poder. Y provocó, ello está claro ahora, lo que en nuestros tiempos actuales llamaríamos «la guerra preventiva». Tal fué la causa de la primera conflagración europea surgida justamente en estos mismos días de agosto, hace cuarenta y cuatro años ahora. Los

MCD 2022-L5

primeros submarinos alemanes se mostraron ya entonces muy eficaces. Pero eran, naturalmente, comparados con los de hoy aún muy rudimentarios. Era capital para los aliados entonces dominar el Atlántico. Por el mar llegaban a Europa los resultados en hombres y en material, del esfuerzo yanqui. Los submarinos alemanes hacían a este tráfico capital una terrible guerra de corso. Estuvieron incluso a punto de ganar la contienda. Un almirante yanqui se lo previno así en un luminoso informe a la Casa Blanca. Los alemanes destruían muchos más barcos que los que podían construir los aliados, decía aquél. El triunfo sería, pues, fatalmente para ellos. Al fin la crisis se solventó por diversas razones que no son del lugar. Y gracias a ella los americanos situaron para el final de la contienda dos millones y pico de soldados en Europa y pasaron de enviar 300.000 toneladas de material diverso, en 1917, a 5.197.000 en 1919. Los americanos, que habían comenzado por disponer de una Flota de transporte de 95.000 toneladas de desplazamiento en total, terminaron disponiendo de otra colosal de 3.246.000. No fué fácil la victoria, sin embargo. Los «U» alemanes hundieron en aquella primera guerra mundial, alrededor de doce millones de toneladas de barcos mercantes enemigos. Una Flota equivalente a una octava parte de la mundial actualmente y ocho veces más grande que la española de hoy.

Después de la primera guerra mundial, Alemania, que había sido plenamente derrotada en ella se vió obligada a desistir de la construcción de submarinos. Sólo en los últimos tiempos del III Reich, que precedieron a la segunda guerra mundial, se procedió a la construcción de nuevos sumergibles. No hubo mucho tiempo, en consecuencia, aunque no faltó ardor. Doenitz fué precisamente el gran artífice de es a empresa. Hubo de discutir mucho con Hitler sobre la primacía de este armamento. Pero el Führer no era hombre fácil a la persuasión y en su deseo de atenderlo todo y de ocuparse de todos los armamentos a la sazón concedió poco material para los planes de construcción para los submarinos. Doenitz no pudo, en consecuencia, disponer cuando más de una cifra superior a los 200 ó 250 sumergibles. Aunque cuando Alemania entró en la guerra apenas si disponía de 20 ó 30. Los submarinos alemanes se fueron perfeccionando con rapidez. El «schnorchel», que les permitía navegar mucho tiempo sumergidos, fué, sin duda, un gran éxito de las unidades más modernas. Sin embargo, la aviación, las embarcaciones antisubmarinas y, sobre todo, el radar, fueron los más feroces enemigos de los nuevos «U». En total, esta vez los submarinos hundieron a sus enemigos casi doble tonelaje de barcos mercantes que en la primera guerra mundial, aunque esta cifra se incrementó en otros 16.000.000 de toneladas más, gracias a la cooperación de los aviones y de las máquinas del III Reich. Los Estados Unidos, gracias a la libertad de su

tráfico logrado con gran esfuerzo, pudieron transportar a ultramar casi siete millones y medio de soldados, así como más de cien millones de toneladas de mercancías. La Flota mercante americana empleada en tal enorme trasiego sumó nada menos que 54.206 buques.

LA ESTRATEGIA DE UNA «TASK FORCE»

El submarino se imaginó y se planeó, y desde luego se empleó en ambas guerras, fundamentalmente, en la lucha contra el tráfico. En prohibir al enemigo la utilización de la vía naval. Y «el mar es el camino por excelencia», como había vaticinado ya Raizel. No era pequeña tarea la suya, ni ciertamente sin importancia, porque por el mar se condujo, se alimentó y se decidió tan'o la primera guerra mundial como la segunda, y seguramente se podría decidir la tercera si algún día, desgraciadamente, estallara.

Tras de la última conflagración mundial, la táctica naval se revolucionó. En la batalla de Sinope, ahora hace treinta y cinco años, apareció, decisivo, el proyectil explosivo. ¡La granada, en fin! Esto hizo prevalecer de modo inconcuso el cañón sobre el ámbito de la batalla naval. Antaño, cuando las batallas en el mar se decidían por el abordaje, la victoria la daba el «choque». Ahora, o, por mejor decir, desde ahora, el éxito de la granada explosiva ponía la victoria al pie del cañón. El acorazado surgió así, omnipotente y decisivo. Hasta el punto que el poder naval de los países se contaba por el número de sus buques de línea. En la batalla de Tsushima, hace poco más de medio siglo, pudo, en virtud de esta fórmula, el almirante japonés Togo, deshacerse, en un santiamén, trágico sin duda, de toda la escuadra rusa enviada por el Zar desde el Báltico al Extremo Oriente.

Pero después de la última conflagración el buque que da tono, por así decirlo, y que constituye la clave de las grandes escuadras, es el portaaviones. El principio de la hegemonía del explosivo sigue desde luego imperterritorio. Pero lo que pasa ahora es que el avión puede transportar el proyectil a cuatro o cinco mil kilómetros, mientras que el cañón más grande apenas era capaz de enviarle a 40. Una «task force» así concebida, compuesta de tres portaaviones, seis o siete cruceros y la escolta precisa de barcos auxiliares y destructores, puede navegar por el mar, tan diluida, para evitar concentraciones peligrosas, que su despliegue ocupe nada menos que 90.000 kilómetros cuadrados, una extensión, en fin, equivalente a la de toda nuestra región andaluza. Pero la actividad de los aviones embarcados permitirían a semejante Flota repartir su acción, si fuera menester, por una superficie de unos 780.000 kilómetros cuadrados, esto es tanto como vez y media la superficie de toda España. Es decir, que con pocas, muy pocas, formaciones de este tipo, el dominio del Atlántico resultaría asegurado. Y ya hemos dicho lo que este mar significa

para el tráfico. Añadamos ahora que fué por esta ruta, la del mar, por donde llegaron, en apoyo de la causa aliada contra la Alemania cercada del III Reich durante la guerra última, nada menos que el siguiente material, enviado a Europa desde los Estados Unidos: 86.000 carros de combate, 150.000 camiones pesados, 1.400.000 ligeros, 755.000 cañones, 500.000 «bazookas», 3.300.000 ametralladoras, 14.000.000 de fusiles y 47.000 millones de proyectiles.

EL SUBMARINO, DENOMINADOR COMUN

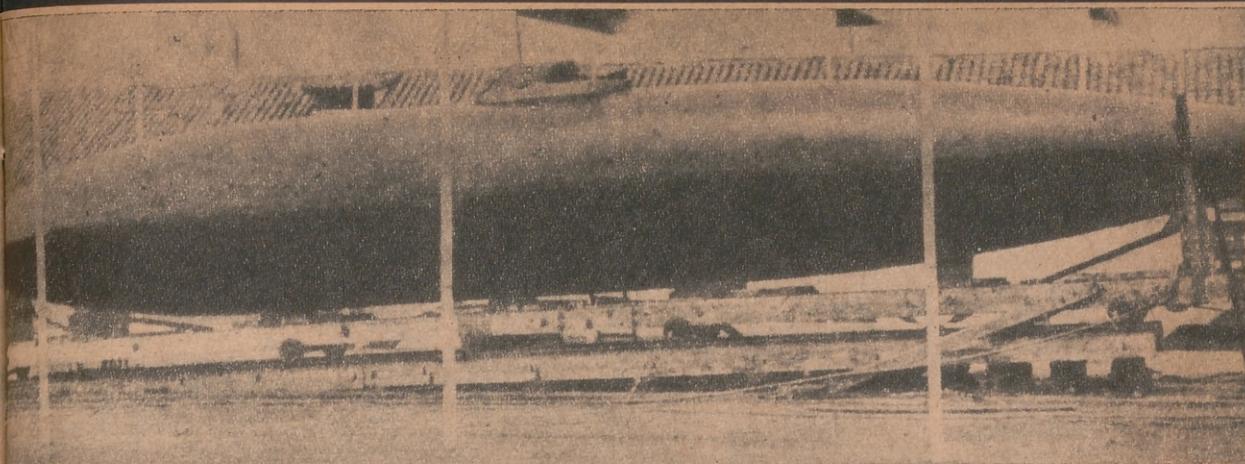
Todas las Marinas modernas disponen, en consecuencia, de submarinos. Francia tiene actualmente 35. Alemania del Oeste conserva, curiosamente, dos de la última gran guerra, del modelo «U-Hay», tipo «XXIII», construidos según planos de 1943, entrados en servicio en 1944, en cuya fecha se botaron en los famosos «Astilleros Germania», de Kiel, hundidos y sacados, después de la guerra, del fondo del mar, en perfecto estado. La recuperación se hizo en 1956. Se emplean ahora como buques de instrucción. Se mueven ambos con dos motores eléctricos. Desplazan sólo 250 toneladas y van tripulados por catorce hombres. La velocidad de estos buques es de 10/14 millas. Dato curioso: están contruidos en cuatro partes o bloques que se sueldan convenientemente. De este modo resultó fácil el transporte de sumergibles en «secciones» o partes sobre grandes «trucks» por carretera. Se lanzaban así al Danubio, en la última contienda, procedentes de Kiel, de Brema o de Hamburgo.

Inglaterra, o, por mejor decir, la «Commonwealth», tiene, no hay que decirlo, ya submarinos propios. Su número es de 70 nada menos. Por cierto que tiene en proyecto uno atómico, que se llamará precisamente «Dreadnought», nombre reservado tradicionalmente, hasta aquí, para el más poderoso acorazado de la «Home Fleet». ¡He aquí un signo claro de los tiempos!

Dinamarca posee seis sumergibles; Egipto, ocho o diez, cedidos por Rusia; España, doce; Grecia, seis; Italia, otros tantos; Japón no tiene ninguno; Noruega dispone de ocho; Holanda, de diez. Y nuestro vecino Portugal, de tres tipo «Narval», de 700 toneladas, en servicio desde 1945. A su vez, Suecia cuenta nada menos que con treinta, todos posteriores a 1942; Turquía, con doce, pero anteriores a 1944; y, en fin, los Estados Unidos disponen nada menos que de 200, y Rusia, quién sabe si de 400 o 450; pero ambas potencias requieren referencia aparte.

«SUBMARINOS ANTISUBMARINOS»

Sería complicado discriminar todos los submarinos según su clase que posee la Escuadra americana. Nos bastará «grosso modo» a nuestro fin con diferenciar los clásicos y los atómicos. Los clásicos son alrededor de 180 y perte-



Este es el submarino de Isaac Peral, que permitió, con su invención, la existencia de las modernas flotas

necen a las especializaciones más extrañas. Hay submarinos típicos proyectados para su misión tradicional. Pero hay también submarinos-transportes. Estos pueden ser de personal, que conducen a la costa enemiga a equipos de comandos que operan por sorpresa o bien submarinos de transporte de material, que conducen cuanto es menester, como un pacífico «tramp» o barco de carga cualquiera. Hay submarinos antisubmarinos, por aquello de que los iguales se curan con los iguales. Hay, naturalmente, submarinos armados de cohetes, novedad a la que nos referiremos más adelante. Y, en fin, submarinos provistos de radar sin más misión que la de descubrir, como buenos podencos la caza a los demás. Los submarinos atómicos son otra novedad. ¡La última! Una novedad, por lo que veremos en seguida, trascendental. Estos buques, en construcción o contruidos, en número de 19, son «radar-picket», esto es, descubridores también de la actividad del enemigo o sencillamente barcos portadores de «misiles». De los doscientos submarinos, poco más o menos, de los que dispone Norteamérica, 110 están en servicio. El resto, en reserva.

«K, Q, W y Z», SUBMARINOS SOVIETICOS

Los 400 ó 450 submarinos rusos de los más diversos tipos—quizá alguno incluso nuclear—parecen repartirse así: 80 ó 100, en el Bál-

tico; 120 ó 150, en el Artico; 60 u 80, en el Negro, y 120 en el Extremo Oriente, esto es, en el Pacífico. La geografía adversa de Rusia obliga a esta diseminación que debilita, sin duda, el importante factor naval soviético.

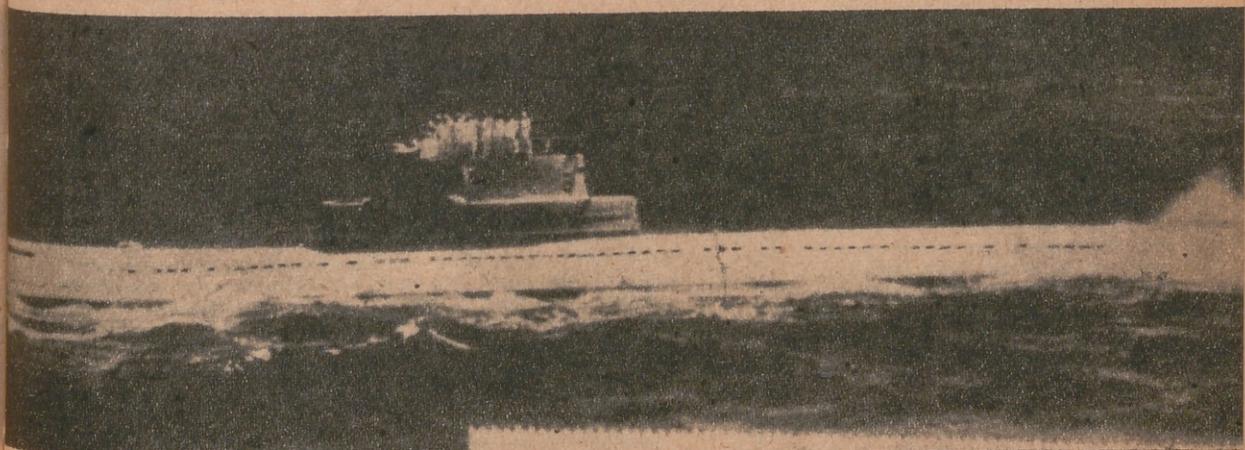
Los rusos construyen sus submarinos con una velocidad de vértigo. Al parecer ha sido incluso demorada la construcción de cruceros de las clases del «Tchkalov» y del más moderno «Sverdlov», por no acomodarse a las condiciones futuras, tal como hoy se imaginan de la guerra de corso en el Atlántico. Tales barcos—estos cruceros—al parecer les falta artillería antiaérea adecuada para ello y no están, se supone, convenientemente equipados de cohetes.

Esta circunstancia ha hecho acelerar aún más la construcción de sumergibles, de los que la Unión Soviética parece tener una gama completa. Estos sumergibles operarían en caso de una guerra formando «agrupaciones móviles», apoyadas si fuera posible por un buque-hospital, transportes, petroleros, barcos de salvamento y un buque-taller. Formando agrupaciones de cuatro (brigadas) o de seis (divisiones), su papel prevaliente sería el de atacar el tráfico. Antaño, hasta hace uno o dos años, todos los submarinos rusos estaban provistos solamente de artillería. Hoy comienzan a estarlo con proyectiles teledirigidos. Según el almirante americano Jerauld Wright, jefe naval supremo de la N. A. T. O., aunque re-

sulte imposible asegurarlo, porque los submarinos rusos jamás se muestran en presencia de barcos extranjeros y se sumergen en cuanto los avistan, es muy probable que la U. R. S. S. disponga también de submarinos de propulsión atómica.

Entre toda esa gama de sumergibles de los que Rusia, en fin, dispone, anotamos, como clases especiales, la serie «W», provista toda ella de cañones y de un sistema de detección moderna; la clase «Z», de aprovisionamiento, destacada singularmente en el Artico y en el Báltico, sin duda para apoyar el corso; la «Q», dotada de «schnorchel», merced a cuyo ingenio, de invención alemana, los submarinos navegan largo tiempo sin necesidad de surgir a la superficie; la serie «K», constituida en general por unidades más antiguas, en parte ex alemanas; la serie «chtcha», apta para cruceros medios; la de grandes cruceros, y la de crucero costero, como los «Mallye Lodki»; los submarinos pequeños, llamados «de bolsillo», y una diversidad, incluso, de sumergibles ex italianos y, sobre todo, ex alemanes, procedentes de la última gran guerra.

La Escuadra submarina soviética tiene, como se ha dicho, un objetivo que le resulta esencial: destruir el tráfico, impedir la navegación en el Atlántico, separar, en caso de un conflicto, América de Europa. En resumen, esta flota debería realizar la ardua pero trascendental tarea de bloquear la



Los rusos cuentan ahora con una numerosa dotación de sumergibles como el que aparece en la fotografía

REGALO DE AGOSTO

SESENTA muchachas españolas pasan sus vacaciones estos ardientes días agosteos en un albergue alzado, de cara al mar Cantábrico, sobre las crestas del monte Urgull, famoso y guipuzcoano. Lo ha levantado el S. E. M. para que los maestros puedan veranear. Le ha tocado este turno a las sonrisas juveniles de un grupo de maestras que ahora suben y bajan, un día y al siguiente, dándole con canciones todavía más sal al aire marino, la cuesta pina que se alarga entre la iglesia de Santa María y la altura del monte.

Desde arriba—la moderna arquitectura del albergue remata en azotea con larga barandilla—ellas ven, a la espalda, enhebrarse unos montes con los otros, y allá, de frente, el mar, sin linderos y azul, sembrado en las orillas de botes en colores y barcazas de pesca que aguantan el balde a un «cho» desperto y extrañamente joven.

Son chicas que han subido desde las tierras húeifanas de mar a darle sus abrazos con los ojos, a empapárselos bien de maravillas, dejando que el «Catón» y «Don Patito» se cubran bien las pastas con el polvo de la era y el camino.

Fué muy largo el invierno. Trajo el otoño, con los alardeceres tibios, nueve meses de escuela y de cansancio. Vno la primavera haciendo mil promesas que no llegaron nunca porque los viejos bancos no consiguieron el salto por encima pensando que eran niños. Agosto, al fin, les trajo su regalo. Un obsequio ganado bien a pulso un día tras de otro, mientras hacían prodios

de paciencia enseñando a los crios a contar has a veinte, a ir hilvanando silbas para decir Guadalajara o a escribir, bajo cuatro borriones con una pluma nueva que les ponía las manos a punto de jabón, sus nombres y apellidos.

Por fin, llegó la hora del descanso. San Sebastián jue méta. Y allí subieron con el azco llamándoles la cara porque el alma se les blancase de salud a medida que el cuerpo se iba recuperando.

España está contenta. El Estado se ha impuesto la tarea de que el adagio antiguo «La mente sana en un cuerpo sano» tenga hoy actualidad. Y promueve, fomenta, impulsa, ayuda, quier—ya hay andado un buen trozo de camino—que el veraneo en la geografía rebelde a los sudores esté al alcance del maestro, del niño, del obrero, de todos los españoles que se ganan el tiempo de descanso con su labor honrada todo el resto del año.

El Estado en cabeza, y a su lado unas cuantas docenas de organismos que ampara, se propone lograrlo. Estas sesenta maestras españolas ya han tenido ocasión de convencerse que todo es algo más que una promesa.

Cuando agosto nos diga sus adioses, estas muchachas volverán de nuevo a sus tareas. Bajo la piel tostada por la brisa del mar y el sol que allí acaricia, la vocación florecerá otra vez pura empezar el sonsonete de las letras. "La «e» con la «s»; la «p» con la «a», «pa»; la «ñ» con la «a», «ña»." Y España, una vez detrás de otra hasta sumar millones, continuará sonando en todos los oídos.

Europa occidental, ambicioso programa, sin duda, pero decisivo si lograra conseguirse.

Los submarinos rusos desde hace tiempo navegan por todos los mares del mundo. Desde luego se han estacionado en el Mediterráneo, en donde cuentan con las bases albanesas. Se les ha visto últimamente por el Gran Océano, a la altura de las costas australianas. Recientemente, en el pasado mes de mayo, un sumergible ruso fué visto, y al parecer hundido por la Escuadra argentina en maniobras, mil kilómetros al sur de Buenos Aires. También parece ser que se han visto algunos sumergibles soviéticos en aguas de los Estados Unidos, tanto en las del Atlántico como en las del Pacífico. Esta insistencia de las navegaciones de los sumergibles rusos por mares litorales en otras po-

tencias ha dado mucho que pensar a los Almirantazgos occidentales. Se ha llegado, al fin, a lograr una explicación probable. Se dice que estos barcos están empeñados en la tarea de levantar sigilosamente la carta de las plataformas costeras de Norteamérica para buscar lugares adecuados en donde actuar y en donde —y ello es muy importante— estar ocultos a las actividades de la localización radar americana, eligiendo al efecto resguardos, calas, bahías o radas a propósito. Estos lugares servirían, en caso de una guerra, para actuar sobre el interior de los Estados Unidos, por medio de cohetes, con cierta impunidad. La cuestión es importante, y los americanos se disponen a tomar sus contramedidas en consecuencia.

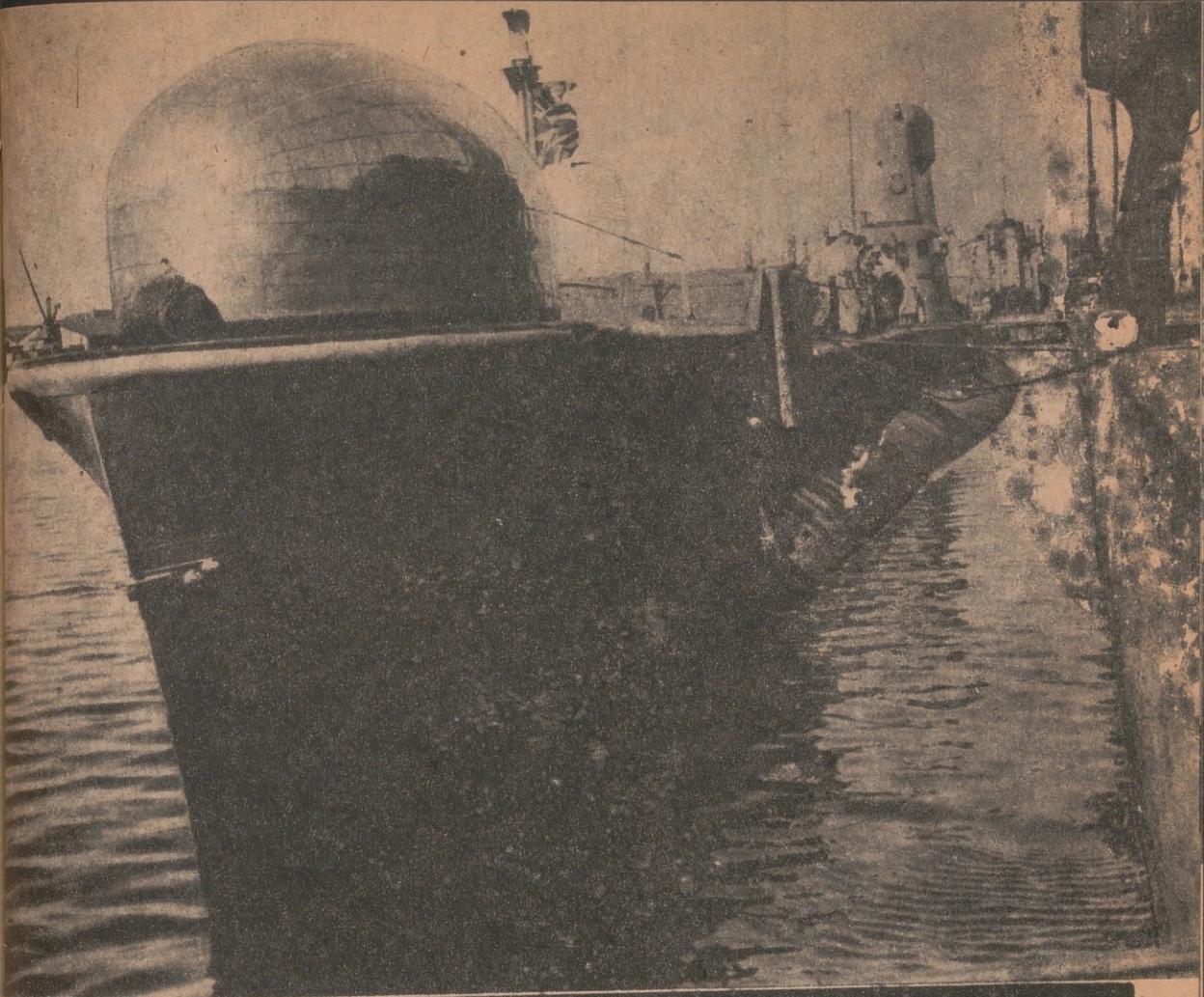
Porque los Estados Unidos no son ajenos, naturalmente, a la peligrosidad de semejante amenaza. De aquí que la lucha antisubmarina, junto con la anti aérea, resulte la principal preocupación de la Marina yanqui. Hasta este punto es paradójica la misión de esta Flota. La preocupa mucho más el peligro aéreo o submarino que el que pueda resultar de la propia navegación enemiga en superficie. Y es que en este sentido la supremacía de la Escuadra americana sobre la soviética es aplastante.

Como índice de lo que América prepara para combatir los submarinos enemigos, en caso de una guerra, he aquí algunos datos. Los Estados Unidos disponen hoy de la más imponente Escuadra de portaaviones que nadie soñó. La integran cien unidades, algunas, como la serie del «Forrestal», de 60.000 toneladas de desplazamiento, estando previsto el empleo de colosales portaaviones de propulsión atómica. Entre estos portaaviones: los de tipo ligero, clase «Saipan» (CVL), todos absolutamente, son antisubmarinos. Los del tipo «CVHA» son portahelicópteros, pero su misión es siempre la misma: la lucha contra los submarinos enemigos. Los aviones tipo «S» son todos antisubmarinos, y los del tipo «W», radar y buscadores, también proyectados con la misma misión.

Ello aparte, la Flota americana cuenta con nada menos que 400 destructores, todos listos para su empleo antisubmarino, y además con 300 barcos de escolta de la misma especialidad. Existen también, luego aludiremos a ellos, submarinos antisubmarinos idénticamente, y, en fin, numerosas unidades e ingenios más especialmente planeados para este mismo objeto. Como tipos muy completos de aviones antisubmarinos la Escuadra americana dispone de los «Neptune P2-V-7», los «Merlin P5-M-2» y los «Seamaster X-P6-M». Otra novedad más, prueba de la gran precaución y aun previsión americana, al efecto, es que la Flota yanqui dispone también de globos dirigibles. Es la única Marina que utiliza la aerostación. La misión de estos globos es siempre la misma: la lucha contra los submarinos adversarios. Estos globos cubican de 13.000 a 28.000 metros cúbicos; son, naturalmente, dirigibles, y van dotados de toda clase de armas contra los submarinos, entre éstas, radar, detección magnética, «sono-buoys» y granadas de profundidad. Las armas atómicas parecen ser tremendamente eficaces, por otra parte, contra los sumergibles.

Los submarinos americanos son todos ellos modernísimos y están perfectamente contruidos. De este modo las máximas profundidades logradas por los submarinos en la última gran guerra, hasta de 35 y 40 metros, se han convertido en 122 para la inmensa mayoría de los sumergibles americanos modernos. Incluso se dice que el «Nautilus» ha llegado a los 350.

Los yanquis poseen diversas clases de sumergibles. Tales son, por ejemplo, los oceánicos, de gran



Uno de los más modernos submarinos ingleses, el «Thermopylae»

crucero, tipo «Bartel»; los porta-
dores o armados con cohetes, co-
mo los «Growler»; los llamados
«radar-picket-ships», de la clase
del «Salmon»; los de defensa cos-
tera, como la serie del «Merlin»;
los especializados en la lucha con-
tra los submarinos sumergibles-
cazas de la clase del «Bass»; por-
tadores de cohetes también, como
los «Tunny»; los transportes de
material, los transportes de per-
sonal, los petroleros o transporta-
dores de petróleo, como el «Gua-
vina», y, en fin, los reservados pa-
ra ingenios especiales (), como
los del tipo «Gato».

Pero entre todos los submarinos
americanos lo más definitivo, lo
mejor, es la serie de sumergibles
atómicos. El «Sea Wolf», por ejem-
plo, que costó 37 millones de dó-
lares, es un tipo de buque, al pa-
recer, definitivo en su clase. El
«Nautilus» es, sin embargo, el pri-
mero de los submarinos atómicos
no sólo de los Estados Unidos, si-
no del mundo incluso. Su coste
fue de 40 millones de dólares. Du-
rante el primer año de servicio
este buque realizó 365 inmersiones,
una exactamente por día, y re-
corrió 26.231 millas, de ellas 13.140
debajo del agua. En 40 horas fue
de New-London a San Juan de
Puerto Rico, en total inmersión.
Sólo al segundo año de navegación
se le repuso su carga de propul-
sión atómica, cuando el buque ha-
bía recorrido ya 20.000 millas,
exactamente las mismas que reco-
rriera su homónimo, el creado por
la imaginación de Julio Verne, y

puesto bajo el mando del Capitán
Nemo. Este otro capitán del «Nau-
tilus» americano se llama William
Anderson. Sin duda es un hom-
bre excepcional. Eisenhower le
acaba justamente de recompensar.
Su proeza es, en efecto, excepcio-
nal. Con su navío atómico Ander-
son ha penetrado en el Artico des-
de el Pacífico por el estrecho de
Behring, que separa América de
Asia y Alaska de la U. R. S. S.;
siempre bajo el agua, ha marcha-
do por debajo de los hielos pola-
res; ha hecho experimentos y des-
cubrimientos sensacionales sobre
este último mar y ha pasado, en
fin, entre Groenlandia y las Spitz-
berg. Una hazaña realmente sor-
prendente, que ni al mismo Verne
se le habría podido antojar como
viable. El «Nautilus» ha probado
que hay en el mar polar una pu-
sibilidad indudable de operar para
buques de estas características, en
las que los Estados Unidos tienen
la primacía. He aquí un éxito in-
dudable de la Marina americana.

Los yanquis, naturalmente, no
anhelan una Marina submarina
sólo para batir el tráfico. Y ello
sencillamente porque los rusos no
intentarían navegar fuera de las
aguas territoriales en caso de una
guerra. Por tanto, hay que pensar
que los sumergibles americanos
—doscientos recordamos— han de
tener una aplicación singular en
caso de un conflicto. Y la tienen,
en efecto. De una parte, repeti-
mos estos submarinos yanquis
tendrán por misión especial la lu-
cha contra los submarinos enemi-

gos. De otra —y he aquí una apli-
cación de la mayor importancia—
estos sumergibles van, en gran
parte, armados de cohetes casi
siempre del tipo «Polaris», de al-
cance intermedio, esto es, hasta
5.000 kilómetros, capaces de bom-
bardear con proyectiles de cabe-
za atómica los grandes objetivos
enemigos a gran distancia de la
costa. Los submarinos actuarían
bien en superficie, bien en inmer-
sión, porque incluso el lanzamien-
to de cohetes desde el fondo del
mar está resuelto por la técnica
americana.

Tan grande es la fe que el Al-
mirantazgo yanqui y el Pentágono
tienen puesta en esta Flota sub-
marina, que la construcción de la
serie de los grandes y poderosos
portaaviones de la clase «Saratoga»
o «Forrestal» ha sido inter-
rumpida. Se ha preferido retra-
sar esta construcción para inten-
sificar la de submarinos atómicos.
¡Tal es la última palabra de los
Estados Unidos! Se han olvidado
hace tiempo ya los acorazados. Se
incrementó luego mucho la cons-
trucción de portaaviones, supues-
tos estos barcos cabeceras de las
«task force». «Buques capitanes»
de las escuadras modernas. Ahora
se piensa, sobre todo, en los sub-
marinos atómicos. Los submarinos
atómicos que deberán desterrar
del mar a los demás submarinos y
que, sobre todo, gracias a los «mis-
siles» gozarán de un poder ofen-
sivo prácticamente insuperable.

HISPANUS



Gracia y armonía en el baile suizo

BAJO LA CRUZ BLANCA

CITA DE RAZAS Y CULTURAS A ORILLAS DEL LAGO LEMAN

GINEBRA, DE LOS GINEBRINOS Y DE TODO EL MUNDO

«RIEN ne va plus!», es el grito de ruleta que—en el Gran Casino de Ginebra—junto a las luminarias de la rada de lago, con guirnaldas de luz hechas con pequeñas bombillas; frente a la impresionante palma de agua del gran surtidor—de ciento treinta metros de altura—que potentes bombas, escondidas bajo el lago de Ginebra, lanzan al aire de cara a los embarcaderos de esta civilización lacustre con barcos a

ruedas y música a bordo, patinaje acuático, la blanca incógnita de los cisnes y el ondear de muchas banderas al aire alpino, marca los tiempos de la noche.

El «Marquez vos jeux!» y el «Rien ne va plus!» son las voces que seccionan la expectante atención—a la bola que gira—de quienes en torno a la mesa de juego, son volteados también, a voluntad propia, por la suerte y la desgracia.

Es una ciudad que sirve también para la ruleta política, pero esto ya es otra cuestión.

UNA MUESTRA DEL MUNDO

Tiene un poco de Costa Azul todo esto y el lago, uno de los más bellos del mundo, es como un pequeño Mediterráneo encerrado en el uso doméstico de una tranquilidad interior que circundan altísimas montañas y laderas suaves,

espolvoreadas de villas residenciales; millares de hotelitos que podrían servir de amueblada residencia a todos los paramentarios del Planeta.

Si se compara a Ginebra con las grandes ciudades españolas resulta muy pequeña—unos trescientos mil habitantes— pero para la proporción de las urbes suizas es una gran capital. Sobre todo es la más internacionalizada.

Por las calles de Ginebra hay siempre una población muestrario de todos los países. Haya o no congresos y conferencias, y rara es la época en que no está convocada alguna de estas reuniones. Ginebra ofrece siempre este aspecto de ciudad de las naciones y muestrario de los pueblos.

Ni es la capital de la Confederación, ni está situada en uno de los valles más fértiles, ni en una de las comarcas más industrializadas. En un apéndice del país y completamente al final del lago Lemán; casi rodeada de territorio francés, ha sido, sin embargo, su especial situación geográfica la que ha dado a la República y Cantón de Ginebra su importancia.

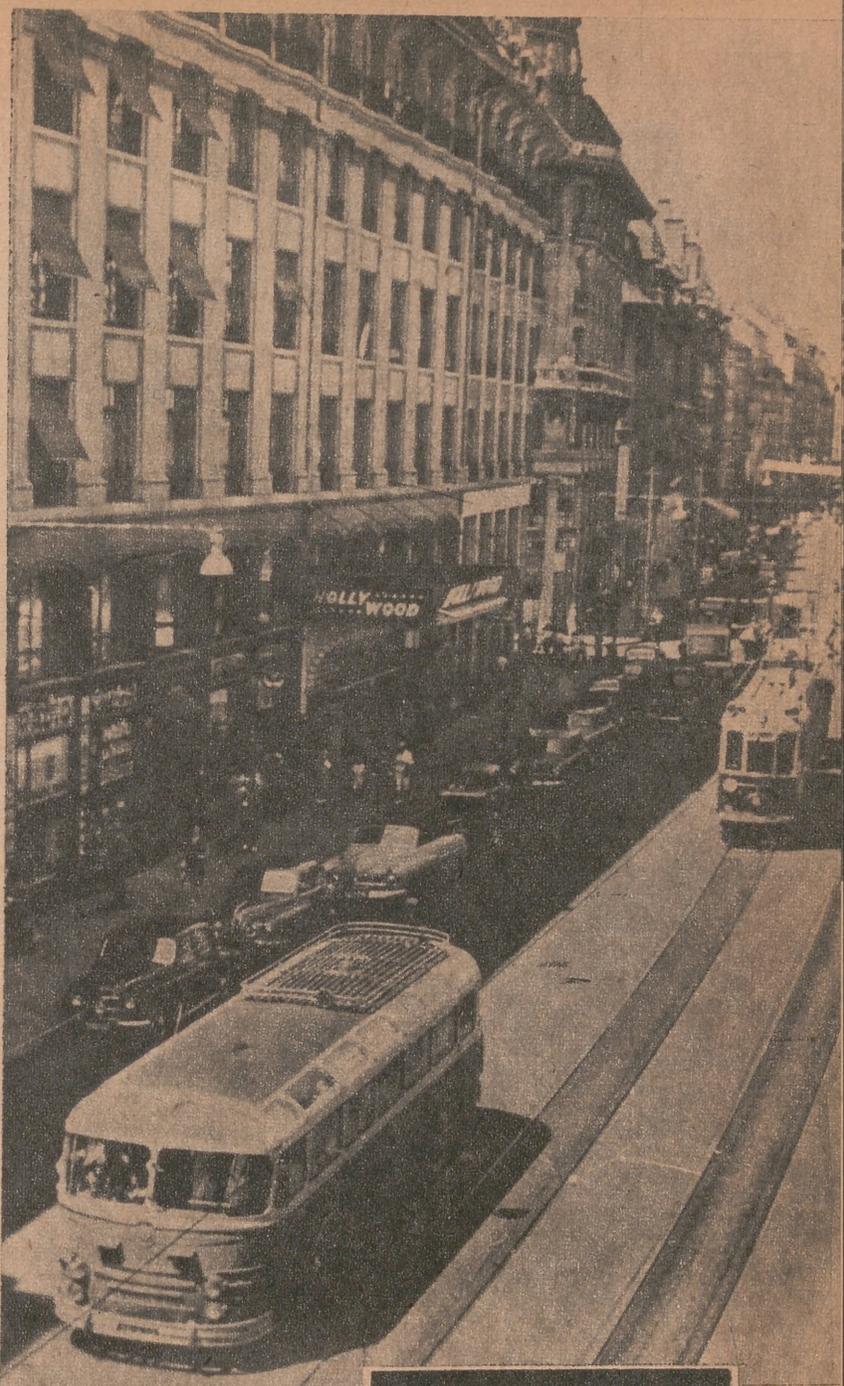
La parte más antigua, monumental y señera de la ciudad, está como cogida en tenaza por el Ródano y el Arve. En esta parte, además de todo el pasado, hay mucho del presente de la ciudad. En este sector está la catedral de San Pedro el Colegio de Calvino, la Universidad, el Ayuntamiento, el hospital cantonal, el Palacio de las Exposiciones, la iglesia rusa, la sinagoga...

«A TRABAJO IGUAL, SALARIO IGUAL»

Por lo general los diversos templos ginebrinos están en medio de las plazuelas, rodeados de jardín o junto a las plazas grandes. Las principales creencias religiosas están representadas en esos edificios de oración en cuya puerta hay, invariablemente, un letrero que explica de qué clase de templo se trata. Todos, menos la mezquita, se pueden visitar, pero fuera de las horas de ceremonia para los que no quieran tomar parte en el culto. La misma catedral de San Pedro—que desde la Reforma ha sido convertida en un templo protestante—tiene condicionada la visita a las horas en que las ceremonias han terminado.

Uno tiene la impresión de que en Ginebra tienen intereses todas las razas y todas las creencias. La venta de Biblias se hace en plena calle y, además de muchas tiendas hay también quioscos que se dedican solamente a ello. Las «bibliarías» son muy numerosas en esta ciudad y, por si fuese poca la propaganda, también andan por la calle las uniformadas damas del Ejército de Salvación.

Ahora mismo, con ocasión de la SAFFA 1958—que es una gran exposición sobre la vida y el trabajo de la mujer suiza—de Zurich el feminismo está en alza, no sólo como expresión de galantería, sino en lo que se refiere a reivindicaciones sociales que están en el programa de las asociaciones femeninas suizas. Objetivos a los que pueden resumirse en el principio que preconiza «A trabajo igual, salario igual». Si las mujeres trabajan como los hombres



La Rue Rive, una de las principales calles de Ginebra

no tienen por qué ganar menos sueldo.

LAS VACACIONES PAGADAS

Otro problema actual es el de las vacaciones anuales. Este ya no es exclusivamente femenino, sino general para todo el país. Hasta ahora las vacaciones anuales eran de dos semanas. Este año ha habido una fuerte campaña para lograr que las vacaciones para todos fuesen de tres semanas. Se han formado comités de acción patronal y comités de acción obrera y la pelota está todavía en el tejado.

El aumento de siete días en las vacaciones pagadas supone muchos millones de francos suizos y esta nueva carga social—según los comités que han formado los empresarios—puede hundir todo el barco, de la economía helvética, pero la ley, sobre la que consultó a la opinión obtuvo una gran mayoría de asentimientos. Las

tres semanas de vacaciones pagadas para todos entrarán en vigor en 1959.

Pese a que estos temas, el del descanso anual y el de las reivindicaciones feministas apasionan a la opinión interesada, y ha habido campañas periodísticas y letreros por las calles, no se ha producido ningún incidente.

SIEMPRE LA BISECTRIZ

Una vez más se ha demostrado que Suiza es el país de la ponderación por excelencia. Un país de clase media acomodada y de término medio.

Se tiene la impresión de que si uno es pobre, al entrar en Suiza, debe disimular su pobreza, igual que si es rico no debe hacer tampoco la más mínima ostentación de su holgura material. Las dos cosas serían igualmente ofensivas a los ojos de cualquier suizo, siem-

OTRA HUNGRIA EN ASIA

MAS de 50.000 chinos y 15.000 tibetanos han muerto desde que el comunismo dió el golpe de mano para apoderarse del Tibet. Un promedio de 300 muertos diarios es el balance de la acción «protectora y liberadora» del Gobierno de Pekín en ese país asiático desde que en el año 1950 la política soviética se marcó el objetivo de dominar aquellos territorios para situarse a las puertas mismas de la India.

En la actualidad el pueblo del Tibet ha redoblado sus heroicos esfuerzos para sacudir la tiranía roja impuesta por la fuerza de las armas. Se lucha en ese país en una guerra sin cuartel, a muerte. Es una contienda en la que no hay prisioneros, pues los chinos aplican el sistema del tiro en la nuca, con lo que se ahorran alimentos y medicinas. Se tiene noticia de que hay en estos momentos 23 centros de resistencia en el Tibet y de que por lo menos 15.000 hombres luchan por la independencia en el triángulo montañoso formado entre las localidades de Lhasa, Sikkim y Bhutan. Entre Lhasa y Chamdo se mueven otros 30.000 combatientes, y en las provincias de Kham y Amdo empuñan las armas 100.000 hombres más. Los tibetanos han volado puentes y caminos en un esfuerzo desesperado para evitar que afluyan refuerzos chinos a las zonas de combate. La línea de fuego de extiende a poco más de un día de marcha a lo largo de la propia capital del país.

Tibet es otra Hungría, un pueblo más víctima de la política expansionista soviética. Como en las fechas del alzamiento húngaro, los tibetanos abandonan ahora los

hogares y buscan los riscos de sus montañas sagradas para escapar a la tiranía comunista. Esta es la verdad de lo que sucede actualmente en aquellas remotas regiones asiáticas; una verdad que viene a probar por enésima vez que los procedimientos soviéticos son idénticos tanto si se aplican a orillas del Danubio como en las altiplanicies de Lhasa.

La resistencia valerosa de los tibetanos no ha merecido que las agencias internacionales de noticias apliquen el foco de su atención a la guerra abierta que en ella se libra contra el comunismo. Pero la pólvora que se quema en estos días y la sangre que viene costando esta lucha por la independencia del Tibet son, con toda su grandeza y ejemplaridad, el suma y sigue de la batalla ininterrumpida que el mundo se ha visto obligado a librar desde que el Kremlin fué asaltado por los bolcheviques allá por el año de 1917.

Desde 1917 a estos días del verano de 1958, la política comunista ha seguido afilando sus uñas para la agresión. Lo mismo en la Hungría de Bela-Kim que en la Hungría de Kadar, igual en España que en Corea. En Indochina que en los países Bálticos. Cuando la Prensa mundial se ve, como ahora, regada por las pretendidas fórmulas «pacifistas» de los Krustchevs de turno, bueno sería volver los ojos a la remota región del Tibet y mirarse en el ejemplo de esa otra Hungría asiática, donde se lucha y se muere por la independencia y la dignidad. El Tibet es una buena muestra de cómo los hombres del Kremlin entienden la paz y el respeto hacia los demás pueblos.

pre deseosos de ver la nivelación en todas las cosas.

El «Virtus in medio» podría ser la divisa de la Confederación Helvética, tan acostumbrada a trazar la bisectriz en toda divergencia.

Los luchadores de todos los países, las gentes de espíritu polémico, los dirigentes sociales, los que se interesan por los problemas políticos, por las relaciones humanas, los reivindicativos de un mundo más justo, los demagogos y hasta los reaccionarios más cerrados de mollera, deberían asistir a una de esas reuniones societarias suizas en las que se discute algún problema vital. Ni campanillazos, ni llamadas al orden, ni la fraseología al uso en el «meeting» popular, ni tampoco el cerrado conclave exclusivo para un pequeño grupo de iniciados. Todo abierto a una discusión que discurre dentro de un orden que parece fluir de sí misma. Nadie en ella llevará el problema debatido al escurridizo plano de los «slogans» y de las

frases hechas, sino que todos los asistentes con derecho a voz y voto, irán rápidamente al grano de las cuestiones mirándolas sólo desde su vertiente práctica.

COMITES A LA VIOLETA

Los comités de acción suizos, de tan pomposo nombre revolucionario, vienen a ser como reuniones en aire acondicionado, en las que dos hileras de reverentes máquinas calculadoras se enfrentan para demostrar lo carifosas que son las unas para con los números y puntos de vista matemáticos que expresen las otras, que a la vez demostrarán—cuando les llegue el turno—su cariño reverencial para con las cifras contrapuestas. Es como un versallismo mecánico y de relojería. Todo, como una caja de música o un reloj de cuco, que suena a su tiempo.

Las mismas calles de las ciudades suizas son silenciosas y sin pregones. A nadie se le ocurriría pregonar pescado fresco, palomitas

de maíz o castañas pilongas en una de esas calles que son como manifestaciones diarias de civismo. No he visto aún si en el Museo étnico de Ginebra está expuesto el «homo gamberrensis» como una de las curiosidades zoológicas que puedan sorprender a la mentalidad helvética, a los pulidos descendientes de aquellos bárbaros con casco de cuernos, de un primitivismo alpino y lacustre.

LA CARRERA DEL SILENCIO

En las cafeterías y en los bares el altavoz parece sonar con sordina. La música ni siquiera sale del establecimiento, como si en la puerta hubiera una invisible barrera de silencio.

Todo el mundo va por su mano en las aceras, los pasajes y los puentes. Los guardias de la circulación—en camisa verdeclaro en este tiempo—parecen puestos para constatar con una sonrisa el excelente comportamiento ciudadano.

Si es preciso ayudar a que cruce la calle un ciego, un anciano o un niño, todos rivalizarán en ser los primeros en apuntarse otra buena acción de indulgencias ciudadanas.

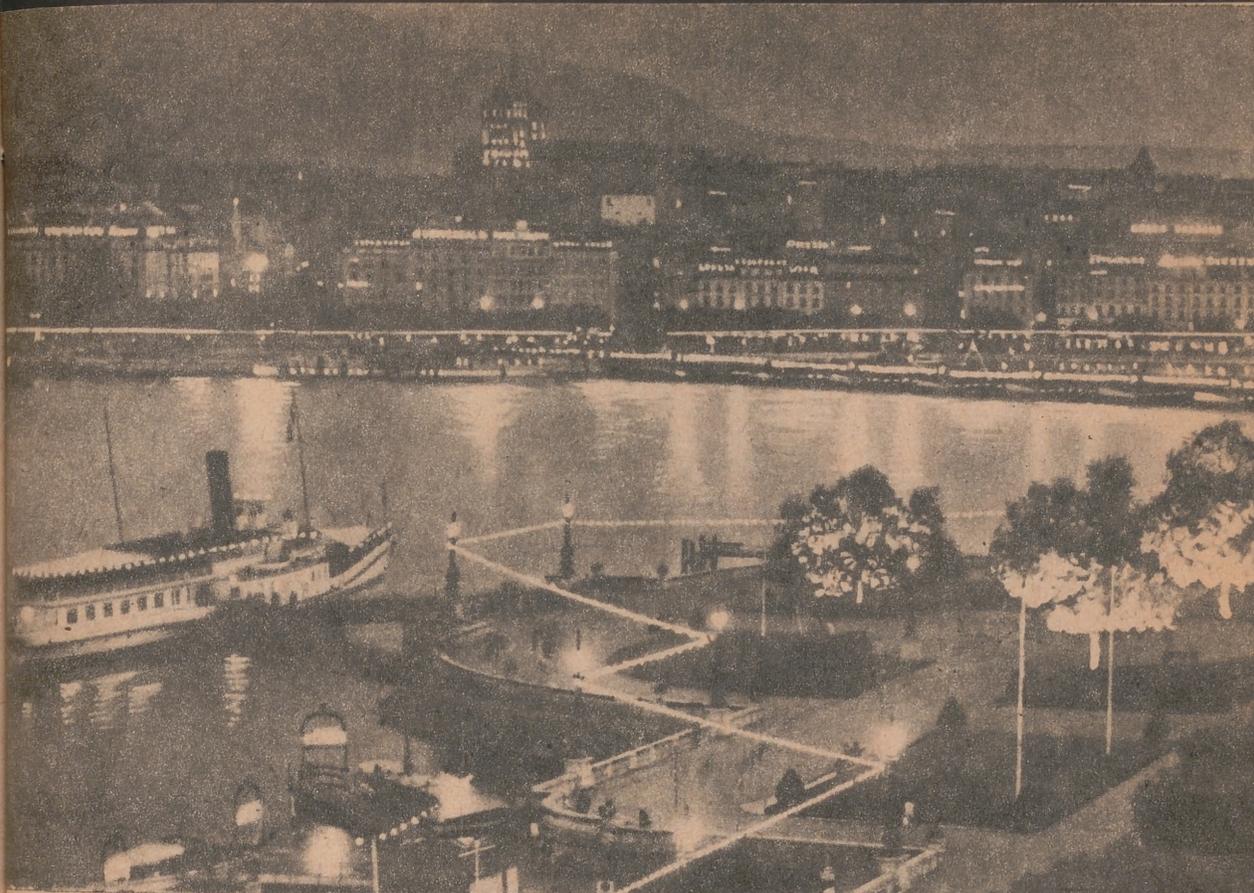
También se rivaliza por cuidar a las flores, por echar ríngas de pan a los peces y comida a los pájaros del parque. Incluso hay sociedades especialmente creadas para asegurarse de que a los libros pajarricos del cielo no les va a faltar su pequeño grano de alpiste. En los parques públicos se ven colgadas de las ramas cajas de grano con las que tales sociedades pretenden asegurar las provisiones, e incluso las provisiones que para el pájaro libre tiene dispuestas la Providencia.

MENOS MARGEN AL PELIGRO

Tampoco se desprecia al hombre. Bajo las arcadas de los grandes puentes de Ginebra hay cadenas de seguridad a las que puede agarrarse quien, caído al agua se vea arrastrado por la corriente.

Los bulevares ginebrinos son el orden dentro de la más abigarrada diversidad. En ellos hay de todo, como en una gran botica del género humano. Si no que la visión es toda contemporánea, parecería el conjunto algo así como un avance del Valle de Jocsafat.

Todas las razas van por la calle. Lapones que veranean en el sur, asiáticos, africanos, europeos, oceánicos, gentes de América. Pasa un rabino de la sinagoga; cruza una india de larga falda de colores, la cabeza cubierta, la marca de color en la frente; una azafata de la ruta del Polo se cruza con un firolés que lleva los tirantes encima de la camisa y una pluma alzada en el verde sombrero. El restaurante chino, el café turco—con los almohadones para sentarse en el suelo y las pipas de agua—, el centro judío internacional, las delegaciones permanentes... son manantiales de esta variada humanidad que fluye por las calles de Ginebra, que parecen siempre una película en colores y un muestrario de tipos y de razas. Ahora pasa un alto personaje árabe auténtico—cubierta la cabeza a lo coronel Lawrence—y que entra en una joyería acompañado de tres mujeres también árabes.



Genebra de noche. Luz fantástica en la rada del lago y en la ciudad.

EL PRADO DE LAS NACIONES

Mirar esas calles es como poner el ojo en un caleidoscopio de las razas y las gentes y comprobar que el ente abstracto que llamamos hombre es capaz de dar muchos saltos en los que cada vez tome una forma distinta, variando los colores de piel y de vestido.

El parque de l'Ariana ayuda mucho a esta internacionalización de Ginebra, ya que allí está lo que podríamos llamar el prado de las naciones, con el gran palacio que alberga a la oficina de las Naciones Unidas en Europa. Este palacio—que tiene ya sus treinta años—está perfectamente conservado, como una mujer que sabe poner en práctica las artes de tocador. Inmensas salas de los pasos perdidos con un aire un poco al espejo de los pactos de Versalles. Un río de corredores, ascensores, montacargas, un igualitario restaurante de bandejas, salas de lectura, bibliotecas, divanes de reposo, una sala de Prensa con comunicados diarios, papel, máquinas de escribir y teléfonos a la disposición... y una atmósfera de estar en un centro vital y universalizado.

CON BARRO DE LA ORILLA

• Cuando el Presidente Windsor, el de los célebres puntos—fundador de la Sociedad de Naciones—, escogió a Ginebra para que fuese algo así como el ombligo del mundo, no se equivocó en el lugar, porque, incluso históricamente, ésta ha sido desde antiguo una ciudad-honda que centrifuguea a gran distancia los materiales de distinta procedencia, que sabe amasar con el barro de la orilla del lago Lemán.

Se puede decir de esta ciudad que es tan para el hombre que na-

da del bien y del mal le es ajeno.

Entre el racionalismo francés y el panteísmo alemán, Ginebra como una honda o, mejor, como una ruleta. «Marquez vos jeux!» «Rien ne va plus!»

«Post tenebras, lux», es la divisa de Ginebra. Una luz que puede ser falsa, aunque sea radiante. De lo que no hay duda es de que no es ésa una ciudad inocua en la Historia Universal, sino bien determinante. De los muros de la ciudad vieja ginebrina, cercada de murallas y defendida por fosos le agua, salieron muchos gérmenes de los que iban a alterar el equilibrio de la vieja «Cristianitas», revolver los restos del Sacro

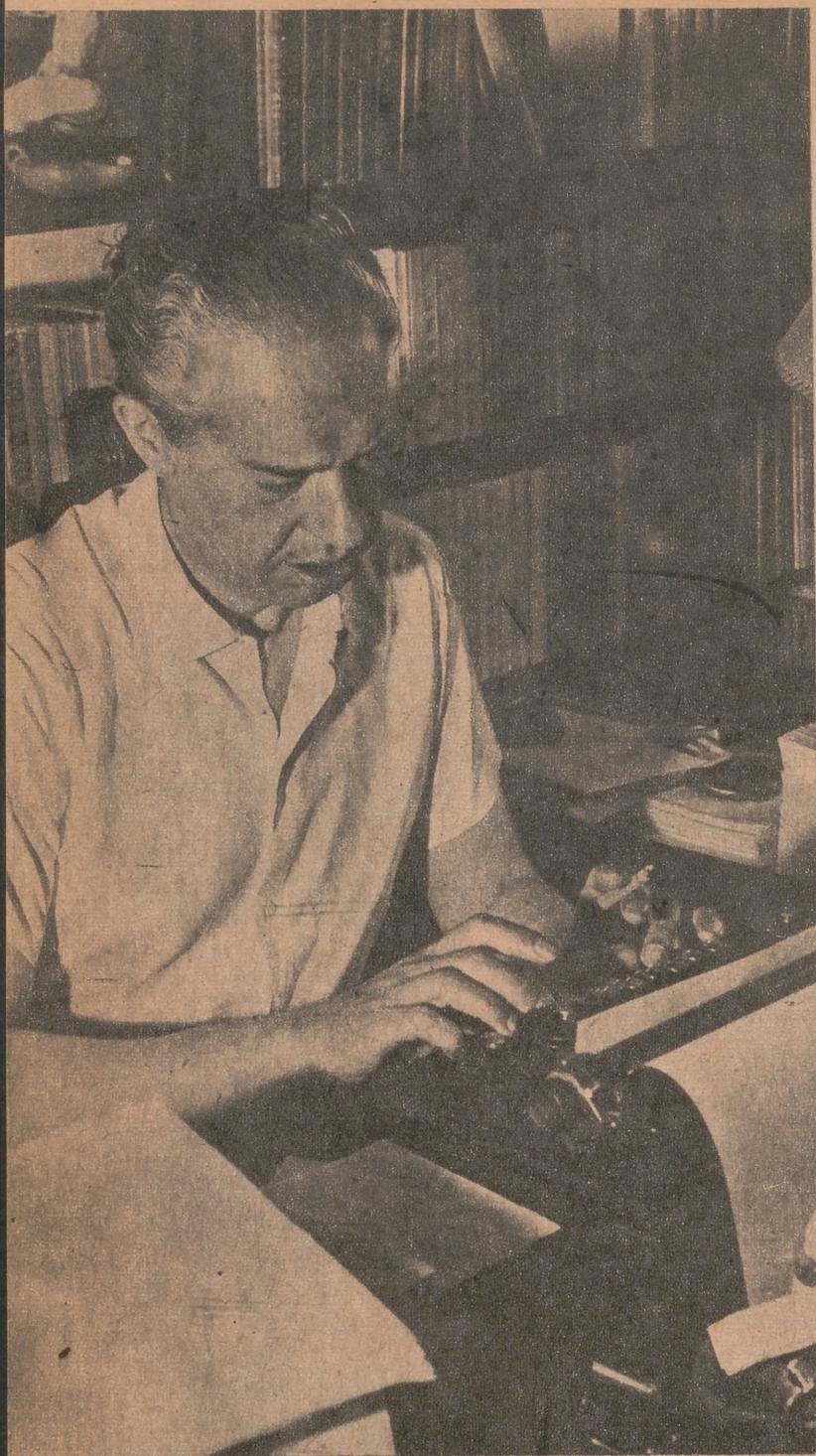
Romano Imperio germánico, quebrantándolos con luchas de religión que durante largos años—con el hambre, las guerras y la peste—casi acabarían con las energías de una Europa raptada por las luchas fratricidas y la discordia entre los príncipes cristianos.

Ginebra de los ginebrinos y de todo el mundo, con su bullicio internacional, los bulevares, los paseos, los múltiples e inmensos parques; a lo lejos, la blanca insignia del Mont-Blanc; el lago que se abre y el espíritu que ya está abierto.

F. COSTA TORRO
(Enviado especial)



Trajes tradicionales suizos, de bello colorido y elegancia



"LA PINTURA ESPAÑOLA FUERA DE ESPAÑA"

EL LIBRO NUMERO 30 DE
JUAN ANTONIO GAYA NUÑO
MAS DE 3.000 CUADROS EN LAS COLECCIONES EXTRANJERAS

UN libro ha salido a la calle. Puede ser uno más de los que aguantan el triste sol, de los escaparates o de los que toman pronto el camino de las librerías de lance. Quizá cuente una historia triste y anodina o lleve metido entre sus hojas en rama una fórmula revolucionaria para arreglar este pobrecito mundo.

Pero puede suceder también que el libro no sea nada explosivo y tenga detrás unas largas vigiliias de trabajo avalándolo. Acontecer que su autor anduvo durante cuatro o cinco años visitando ciudades, consultando archivos, trabajando de lo lindo para darle genealogía ilustre, utilidad incuestionable. Decididamente pudo ocurrir esto último. Y, por eso «La pintura española fuera de España» es un libro fuera de serie cuya aparición tiene que conmover un poco el tabladillo de la ciencia.

Desde hace unos meses anda por ahí como una novedad llamante. Con su estatura algo más que mediana, el color quebrado y una lujosísima portada.

—Este libro lo venía acariciando durante mucho tiempo. En realidad toda mi vida he estado tras de él. Pero sólo después de hacer un minucioso recorrido por todos los museos de Europa me decidí escribirlo.

IBIZA. 23

Es su autor—José Antonio Gaya Nuño—quien habla. Y porque nadie mejor que él lo puede hacer he venido a verlo a su piso madrileño de Ibiza, 23. A José Antonio Gaya Nuño uno lo conocía por sus artículos de crítica, batallarosa y combativa, en las publicaciones españolas. Por haberle leído «El Santero de San Saturio» tan mágico y sugerente, por sus charlas y conferencias. Personalmente lo conocí el otro día en «Insula», de manera un tanto graciosa, mientras hacía la tertulia de los miércoles con María Alfaro, en la compañía de su mujer y colaboradora Concha de Marco.

Pero donde hay que verlo es aquí, en el idario tajo de su casa donde su figura cobra fuerza resallante y pureza expresiva. Sólo viéndolo entre sus libros, agazapado tras sus colecciones, engarbitado en sus proyectos, puede sacarse idea aproximada de su manera de ser y pensar. A trasmano del bullicio ciudadano, en la hora cero de la madrugada.

Son las diez y media de la mañana cuando empezamos este coloquio.

Un reloj puesto sobre la mesa se va a encargar de llevarnos la cuenta y el sol que entra a raudales estará de testigo.

—Le aseguro que haciendo el libro he gozado mucho. El manejo de los datos es un gran goce para el erudito o el historiador. No sería sincero si no añado que he sufrido más por las condiciones vergonzantes de la historia de nuestra pintura.

Juan Antonio Gaya Nuño abre «La historia española fuera de España» con mucho misterio. Recuerda entonces a un alquimista redomado que fuera a enseñarme un secreto elixir o la fórmula para obtener la piedra filosofal.

—Tan cierto es que me ha hecho

sufrir que no me he hurtado a la tentación de poner en la picota a los responsables de los sucesivos expolios.

—Eso es muy duro.

—Lo es.

Y van pasando, retratados en genio y figura, en una procesión de sombras, con la cabeza caída y vergonzosa, la larga lista de reyes, reinas, mariscales, duques, embajadores llamados a juicio. Son los «modernos Verres», según dice acertadamente el autor. Los iconoclastas de fatídica hora que hicieron de sus cargos y prebendas ocasión segura para el pillaje.

—Ya sé que no en todos hubo mala intención. Pero es igual. Los cuadros españoles salieron de todos modos impúneamente. Si salieron como regalo es regalo excesivo y si por interés o cuenta a ingresar no merece la pena, pues fueron irrisorios.

Del mal, al menos. Arguyo que hacen de España una magnífica propaganda, un como artístico apostolado. Don Juan Antonio que así, enfurecido, recuerda levemente a Papini escribiendo «Gog», contesta:

—Cierto. Son propaganda, aunque no sabemos de qué. Si de un descuido milenarío o de la gloria de nuestras pinacotecas. En ambos casos propaganda excesiva.

Le dejo hablar.

—Fernando VII regaló una serie de cuadros al duque de Wellington sin mayores justificaciones. Entre ellos estaba la «Santa Catalina» de Coello. La verdadera liquidación de nuestro patrimonio artístico comienza en 1808 con los más violentos caracteres. La francesada no significó solamente una guerra de conquistas políticas y territoriales, sino el desatado lanzarse de un puñado de mariscales, generales y coroneles de una heroica tierra a otra tierra no menos heroica, pero sí bastante más infortunada. Que a posteriori, estos despojos sirvieran para agigantar en Europa la devoción por lo español en grado sin precedentes es otra historia. Pero la rapididad es clara.

DOÑA CONCHA, AL HABLA

El crítico se ha serenado. Pienso que también Papini tendría momentos de evasión. Juan Antonio Gaya Nuño recuerda sorprendentemente al fallecido gran escritor italiano y no puede dejar de tenerlo presente. Me extraña que su vida no sea paralela a la del gran polemista de «La cerba», que sus cabellos no se crispen como cenizas apagadas, que no me haya lanzado a las narices la terracota que Concha de Marco colocó hace unos momentos sobre la mesa, con halago. Olvido que don Juan Antonio ha respirado otros serenos y calmos vientos, los de la meseta castellana, y que su ciclo vital transcurrió en muchas horas a la sombra del San Saturio soriano, en la paz sonora de los versos de Machado.

Concha, que está al quite, me dice:

—Juan Antonio fué muy buen estudiante. A los dieciocho años era licenciado en Historia y a los veintuno, doctor.

Juan Antonio Gaya Nuño nace en Tardelcuende el 29 de enero de 1913. Estudia Bachiller-

rato en el Instituto de Soria y Filosofía y Letras en la Universidad Central. En 1935 alcanza el premio extraordinario del doctorado.

Hasta la muerte de d'Ors pertenece a la Academia Breve de Crítica de Arte (Salón de los Once) y en la actualidad al Instituto «Diego Velázquez», del C. S. I. C.

—«La pintura española fuera de España» hace subir la lista de mis libros a la treintena. Naturalmente, junto a «Historia y Guía de los Museos de España», es mi obra de envergadura.

—¿«El Santero de San Saturio»?

—Tiene mucho de autobiográfico. Por eso me resulta particularmente grato. Aconsejo al lector que se detenga en estos títulos: «Historia del arte español», «Escultura española contemporánea», «Madrid Monumental», «La pintura románica en Castilla», «El arte en su intimidad» o en los estudios monográficos sobre Dalí o Zurbarán, Palomino o Claudio Coello. Junto al dato histórico, a prueba de comprobación, se encontrará con el matiz fino del literato, sin mengua de la claridad expositiva. Son cosas éstas que se dicen con mucha frecuencia y rara vez responden a la verdad. En Juan Antonio Gaya Nuño no se puede poner en duda por el largo magisterio de su pluma.

3.150, CIFRA PAVOROSA

—Comprendo que este libro no

lo podría haber realizado antes, como una tesis doctoral cualquiera. Son tantos los cuadros y tantos los pistores que ha sido un tantísimo esfuerzo el de dar con el adjetivo preciso que valore cada obra, que lo diferencia de los demás. Estamos acostumbrados a llamar genial a cualquier acierto intuitivo y por eso es doblemente difícil volver a las palabras su significado real.

—¿Cuántos cuadros españoles calcula usted que habrá en el extranjero?

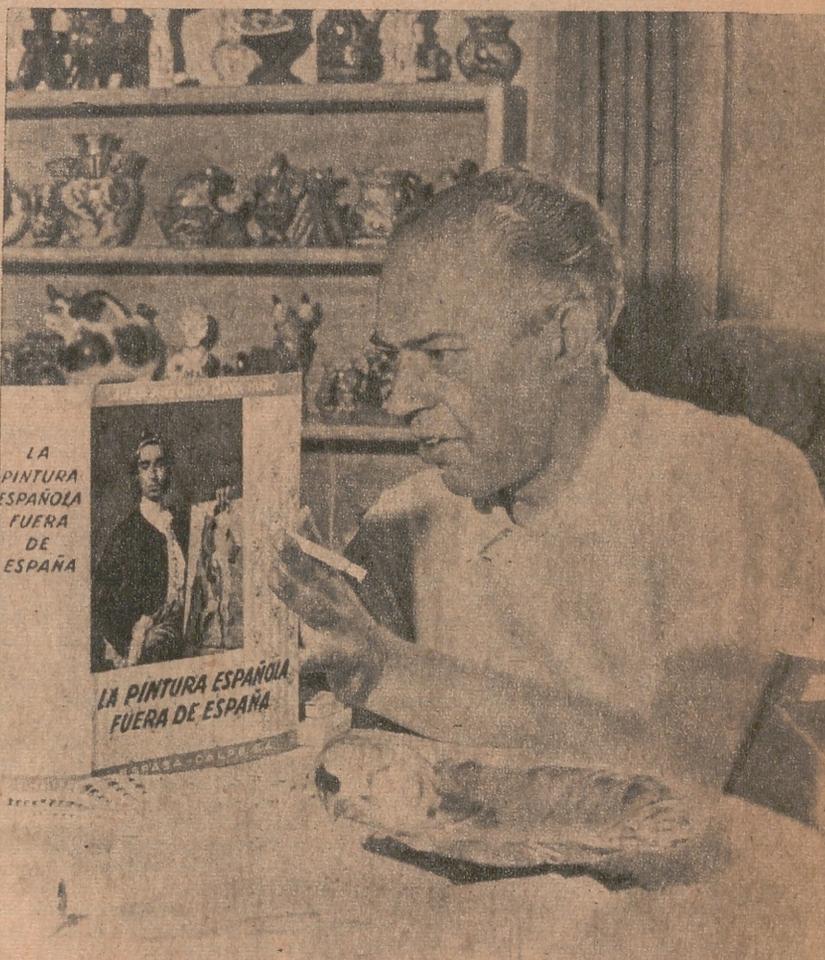
—Es imposible saberlo. Yo he catalogado tres mil ciento cincuenta y ya tengo noticias de otros muchos. Puedo decirle que de Goya hay casi trescientos. 292. De El Greco, doscientos ochenta y ocho.

Cifra pavorosa en verdad

—Y piense que El Greco se valora solamente desde 1908, a partir del libro publicado por don Bartolomé Cossío. ¿Qué hubiera ocurrido si empieza a interesar desde la época del pintor?

—¿Y Murillo?

—Murillo fué el primer pintor valioso de España. Y de ahí que el exodo empezase con él. De Murillo no conocemos sino sus cuadros religiosos. Pero la verdad de Murillo son sus cuadros realistas, plenos de movimiento y color. La «Vieja despiojando a un niño», «Las gallegas a la ventana», «Don Andrés de Andrade», «La curación del paralítico». Y si hablamos de su pintura religiosa, aun tenemos



«Me he permitido hacer el alarde de historiar la pintura española por los cuadros que hay en el extranjero»

«Las tres trinitades» en la Galería Pitti para un ejemplo.

—Don Juan Antonio. Vuelvo al principio. A mí no me parece tan mal el hecho de que la pintura española ande por el mundo conquistando lauros y rompiendo muros a la incomprensión cuando nuestros pintores estén aquí suficientemente representados. Usted sabe que es una obra de misericordia enseñar al que lo ha menester.

—Tiene razón. Por eso puede pasar que por ser pintores de obra extensa tanto El Greco como Goya o Murillo se les haya expoliado de una parte de ella. ¿Pero que me dice de Velázquez, que es autor de sólo 125 cuadros? No me voy a quejar del «Inocente X», que está en la Galería Doria Pamphili y que justifica una visita a Italia. Al fin y al cabo se pintó para allí. Lo que no podemos menos de lamentar es que «El almuerzo de Leningrado», «El aguador de Sevilla», «Criso y los discípulos de Emaús», la deliciosa «Vieja friendo huevos» y tantísimos retratos de la primera época estén en museos extranjeros.

EN LA ADUANA PREGUNTAN SI SE LLEVA CAFE O NYLON, NO MURILLOS O VELAZQUEZ

Luego continúa:

¡Cuántos Museos del Prado se podrían hacer con ellos! Esos 3.150 pinturas son motivo para llorar. Aunque reconozcamos que tanto en la Nacional Gallery como en la última pinacoteca europea los cuadros españoles lucen como gemas. Y están en los lugares de honor, maravillosamente cuidados.

El despacho está abarrotado de libros. Libros arriba, libros abajo. Al norte, al sur, al este, al oeste. Libros encuadernados la mayoría. Con gruesos lomos. Y que parecen desgastados como prueba de su uso diario como señal de cotidiana consulta. En el centro hay un lienzo de considerables proporciones que firma Arias, el joven pintor de la escuela madrileña. Aboceta la silueta del crítico e historiador y haciéndole escolta, ambientando este pequeño mundo, bodegones guanches, dibujos y acuarelas de Ortega Muñoz, Martínez Novillo, Capdevila, Mercadé, Palencia... Sobre la mesa, como el cuerpo del delito, como el rastro o la huella, en un obsesivo «leit motiv» sigue «La pintura española fuera de España».

—¿Cómo fueron saliendo los cuadros de España? Puede haber en ello su parte de aventura con filibusteros o piratas y esto siempre es interesante. Y dudo que los ricos marchantes de hoy en día se avengan a pasar la experiencia de las bodegas de los barcos. Ya que por lo demás, creo recordar, la legislación vigente al respecto es bien severa.

—La verdadera expoliación transcurre a lo largo de todo el siglo XIX. Ahora ninguna obra artística de más de cien años de antigüedad puede salir del país. Gracias a esto podemos estar tranquilos de que nuestro tesoro artístico continuará inalterable. Sin embargo, teniendo en cuenta que un lienzo de Velázquez o una tabla de Borgoña se enrollan o se disimulan perfectamente en un

maletín de viaje. Hay motivo para tenerlo.

Levanto la mirada expectante.

—¿Cómo, entonces?

—Siguiendo firmes e imbatibles la actual legislación.

—¿Quiere decirse que el poseedor de una obra de arte no puede enajenarla?

—Sí. Pero según y cómo. El ideal sería que gentes de fortuna la adquirieran aquí mismo en España. Y en tal caso no habría problema. La obra continuaría en nuestro tesoro artístico. Para los casos en que se intenta vender al extranjero suele imponer una fuerte multa. Es lo que cabe hacer. Aunque el valor de determinadas obras es tan alto que satisfecha aquella todavía tienen un supervalor.

En el libro que nos ocupa está la relación de obras españolas que existen en las distintas naciones. A mi pregunta, don Juan Antonio no hace sino abrir el libro por la página correspondiente y mostrármelo.

—Fíjese en qué grado y proporción. Estados Unidos tiene 497; Inglaterra, 375; Italia, 258; Alemania, 174; U. R. S. S., 108.

El maestro continúa:

—Cosecha abundantisima que me permite hacer el alarde de historiar la pintura española desde el siglo XII hasta el siglo XVIII sin nombrar para nada la pintura española existente en España sólo a base de lo que hay fuera.

—¿Ha seguido algún canon histórico artístico en la búsqueda o simplemente ha hecho inventario?

—Lo uno y lo otro. A veces he rehecho la bibliografía a costa de grandes esfuerzos. Otra, desgraciadamente, me limito a transcribir los exiguos datos que se me ofrecían.

—¿Cuál es la causa de esta riqueza artística española sin igual en las demás naciones?

—Ni más ni menos que la semejanza artística de los reyes españoles de nuestro siglo de Oro. Felipe II sabe que el mejor pintor de su tiempo es Tiziano y se lo trae acá. Como hará Felipe IV con Rubén y Van Dick y Carlos III con Tiepolo y Meng.

EL «MODERNO VERRES» Y MISTER POST

—De todos los responsables, ¿cuál cree el mayor?

—Casi todos los que cito en mi libro lo fueron a partes iguales. De esa plana negra que componen Godoy, Fernando VII, María Cristina de Borbón, Isabel II, el duque de Osuna, don José de Salamanca o el marqués de las Marismas, no se puede olvidar al mariscal Soult, moderno Verres, que mancha toda su gloria militar en Sevilla con sus atracos y sus exacciones. Buen ejemplo es el del famosísimo «Nacimiento de la Virgen», que había sido juiciosamente escondido por los capitulares de la catedral. Soult se apresuró inmediatamente a pedirlo como regalo (!!).

«La pintura española fuera de España», ¿ha tenido el eco que usted esperaba?

—Desde luego. Cuando han recibido este libro los eruditos norteamericanos, mister Post, que es uno de los más importantes, pro-

fesor en Harvard, me ha felicitado en unos términos que no sé como agradecer. Si no fuera porque lo conozco supondría que todo sería una adulación. Pero sé que no. Para mí es increíble cuando me dice que en mi libro ha encontrado datos que él no conocía.

La importancia de mister Post yo no podría calibrarla fácilmente. Pero he pasado la vista a través de una Historia española suya que tiene cobijo en la biblioteca del escritor y ha sido suficiente. Van doce o trece tomos y no ha pasado del Renacimiento. Ahora también me parece a mí increíble que todavía le quede algo por saber.

UN CUARTO AL ARTE ABSTRACTO

Los retratos lucen por las paredes sus virtudes pictóricas. Así la veta brava de la pintura de Redondela como los tonos goyescos, vivaces y profundos de los retratos de Paco Arias. Sus sombras y sus luces. Recuerdo que el crítico Goya Nuño ha sido posiblemente uno de los que mayor beligerancia concedieron al arte abstracto y podría citar sus reseñas y glosas de «Insula» o «Correo Literario» como pruebas palmarias. Teniéndolo a la mano nada mejor que recabar su opinión, nunca mejor tomada.

—Para mí la manera completa de ver el arte es tener la educación y la sensibilidad suficiente para comprender a Boticelli y a Picasso. A Velázquez y a Miró. Miró, etc., etc. El arte es una unidad tan absoluta que es imposible eliminarla nada. Conozco gente que dice: «A mí el arte después de Goya no me interesa». Yo le contestaría que ni después de Goya tampoco.

—¿En qué se funda usted para conceder ese magen de confianza al arte nuevo, siendo así que muchos se lo niegan?

—Porque, en realidad, hay que hablar más del arte moderno que del antiguo por esa especie de neosuperstición que profesa la gente del arte viejo, constituido en cierta jerarquía y no por valoración. El caso típico me parece El Greco. A El Greco todo el mundo lo respeta y pone los ojos en blanco porque le han dicho que es bueno. No porque le guste. Yo no quiero que se acepte la pintura sin explicaciones. Y me agrada que se tenga el valor de confesarlo cuando una pintura no agrada. El Greco no gusta, ya digo, pero nadie se atreve a decirlo.

—¿Lo echamos al rutinarismo de los espectadores?

—Eso es. A esta gente habría que decirle que Velázquez, a pesar de su asombrosa facilidad de pincel, tuvo errores atroces que no hay por qué alabarlos ahora. Y Goya y Murillo...

Un libro ha salido a la calle. Será una novelilla, un enjundioso ensayo, una tesis para pensar... Qué sabe.

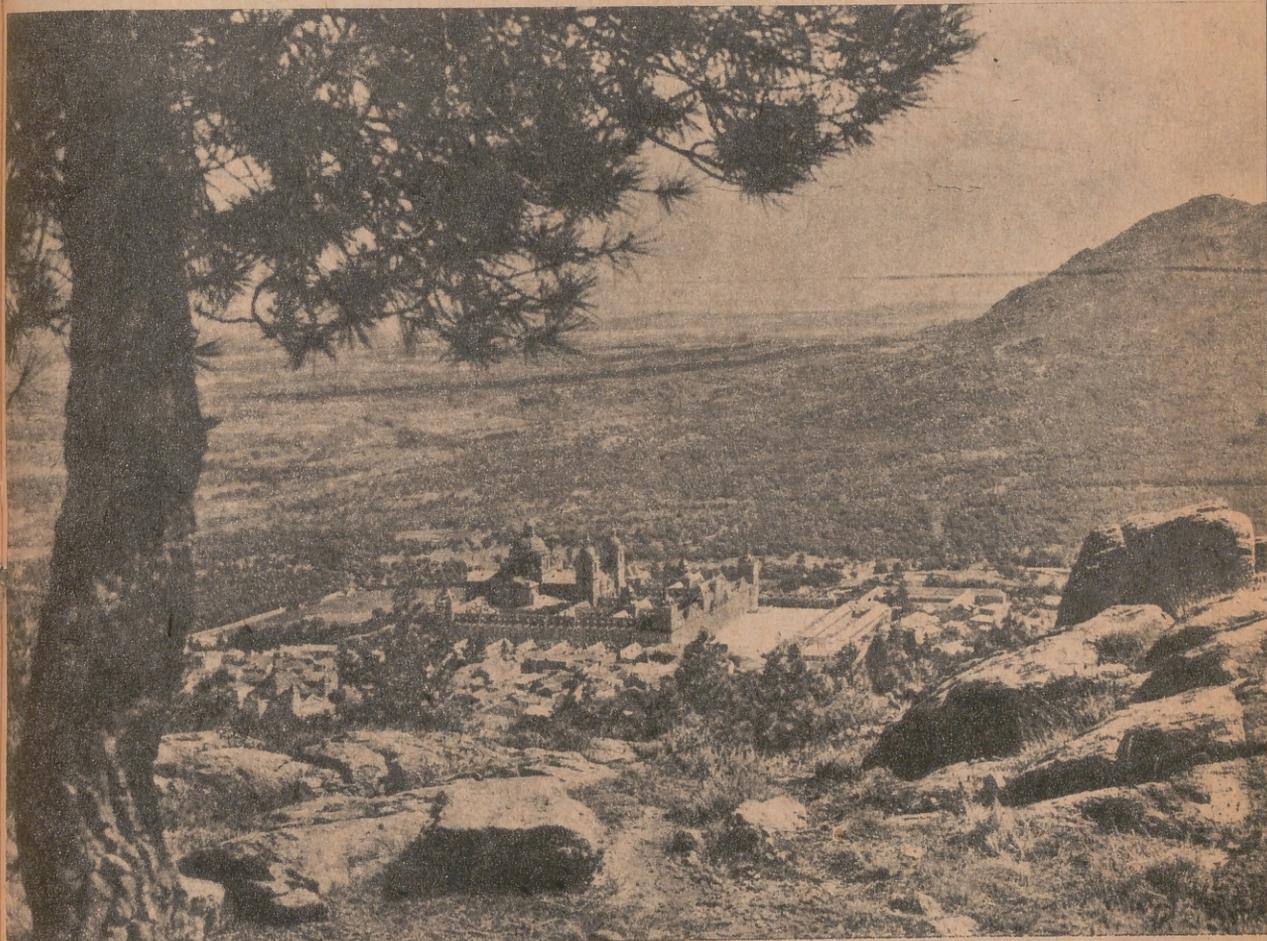
Yo les puede decir que «La pintura española fuera de España» es un libro enjundioso y excepcional con toda certeza.

Florencia MARTINEZ RUIZ

(Fotografías de Carlos.)

EL ESCORIAL, CAPITAL DE LA SIERRA

VERBENAS, TOROS Y SESENTA PISCINAS PARA LAS AFICIONES DE 30.000 VERANEANTES



VACACIONES PARA TODOS EN LA RESIDENCIA "MANUEL MATEO", DE EDUCACION Y DESCANSO

EL chiquillo no debe de tener más de siete años. Es menudo, moreno y tranquilo. Está sentado en un escalón de granito de siglos y en sus manos sostiene un gran mazo de hojillas. El niño está quieto, no dice nada, y sin embargo, invariablemente todo el mundo que atraviesa el Patio de los Reyes para entrar en la Basílica del Monasterio de El Escorial se acerca a él:

—¿Vendes esas hojas?

Y la contestación es calmosa y de infantil extrañeza:

—No, yo no vendo nada. Las doy. Son para darlas. Tenga.

Y pone en las manos de quien le interroga tres o cuatro estampas con la novena de las tres Avemarías.

—¿Eres monaguillo?—le preguntamos.

—Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Julián, Juliñcillo me dicen.

—¿Eres del pueblo?

—Sí, he nacido aquí. Pero mis padres son de León. Es que es obrero, ¿sabe? Y vino a trabajar a Cuelgamuros. Ahora ya no nos iremos aunque han terminado. Nos quedaremos aquí...

Y Juliñcillo abarca con sus ojos muy negros, de mirada quieta y sosegada toda la austera portada que da acceso a la Basílica como con angustia presentida. Nació aquí, se crió a la sombra de la impresionante arquitectura, esto es su ambiente y sufriría si lo trasplantaran. No podría olvidar estos grandes patios por los que él juega con familiar libertad y donde su menuda figurilla se empequeñece aún más comparada con la gigantesca edificación.

Pero si Juliñcillo no podría olvidarlo, también San Lorenzo del

Escorial queda como huella indeleble en la retina y en el recuerdo de quien lo visita. Así, el escritor inglés Hilario Bellot dice en uno de sus libros que quien ha visto una vez la ingente mole de pardo granito del Monasterio ya no lo podrá jamás olvidar. Y los españoles le vemos muchas veces.

FRIO A UNA HORA DE MADRID

Por el pico de Abantos le entra a San Lorenzo del Escorial la brisa serrana y a veces también la ventisca. Cuando esto sucede el paisaje agreste se torna de un tinte grisáceo. Luz, peñascales y toda la fábrica del Monasterio tienen el mismo color. Sopla un viento huracanado que levanta tierra a los ojos y por las breñas tan cercanas que parece tocarse con la mano un cabre-



La plaza de Benavente en el centro de la escorialense villa

ro baja apresurado barruntando la tormenta y afianzándose la mochila que parece le va a arrebatarse el viento. A los pocos instantes los turistas que son tremendamente prevenidos pasan ya con abrigo y gabardinas. Hace, francamente, frío hoy y a sólo una hora del asadero, que es Madrid en esta época. Ahincado en las fragosidades de la misma Sierra, en estas estribaciones occidentales del Guadarrama, este paraje en que se enclavó el Real Sitio, era lo más montaraz y solitario que encontró el Rey Prudente que tanto gustaba del silencio y del apartamiento. Aun hoy, a pesar de su intenso tráfico, nada más llegar se percibe la calma y el silencio. Yo diría que aquí se encuentra por todas partes el buen tono. Hasta los cicerones no hablan fuerte para que los oigan los últimos del grupo, sino que sus voces son mesuradas y precisas. Cuando por el viento y los gruesos goterones que empiezan a caer hay que guarecerse en este segundo atrio de la Basílica, oigo a uno que explica a un grupo una pintoresca anécdota que le escuchan con religioso silencio: «Miren esta bóveda. Parecía que no podría sostenerse sin una columna en medio, pero Herrera consiguió el milagro. Ahora que le quiso gastar una broma al Rey e hizo levantar una columna ficticia. Cuando en una visita que el Rey hizo a las obras, Herrera le enseñaba la techumbre de este atrio le explicaba que sin la columna se vendría abajo. Y cuando más descuidado estaba Felipe II, Herrera empujó la columna, que se vino al suelo y entonces el Rey le dijo: «Herrera, Herrera, con los reyes no se juega...» Ya dentro de la Basílica,

otro dice a unos ingleses, todos ojos y oídos: «Ese enterramiento está vacío porque el Rey dijo que lo ocupara el cuerpo de otro Monarca que le sucediera y que fuera más digno que él. Y no pudo ocuparlo nadie a través de los siglos porque no hubo ningún Monarca que le pudiera aventajar ni en poderío y en prudencia...»

Cuando salimos, la tormenta arrecia. En un día como éste vinieron los frailes Jerónimos a ver el lugar que el Rey había designado para emplazamiento de la gran obra que se iba a levantar. Iban el superior, fray Bartolomé de Villacastín y el arquitecto del Rey, Juan Bautista de Toledo. Como es sabido, a la muerte de Juan Bautista de Toledo, fray Bartolomé de Villacastín se hizo cargo de las obras y muy posteriormente fué cuando Herrera empezó a dirigir la erección del Monasterio. Y en un día de la ventisca peculiar de estos parajes serranos el grupo de frailes fué a alojarse en las casas de la villa de El Escorial, que era el primitivo pueblo. Ahora a la villa de El Escorial se le llama por los dos del Real Sitio de San Lorenzo, «La Villa» o «los de Abajo». La Villa cuenta en la actualidad con 3 000 habitantes, mientras que El Escorial «de Arriba», que se fué agrupando en curiosa amalgama de casas en torno al Monasterio, tiene 7.000 que en verano se cuadruplica hasta conseguir darle ese empaque de capital cosmopolita que ahora es San Lorenzo.

NINGUN ALOJAMIENTO LIBRE

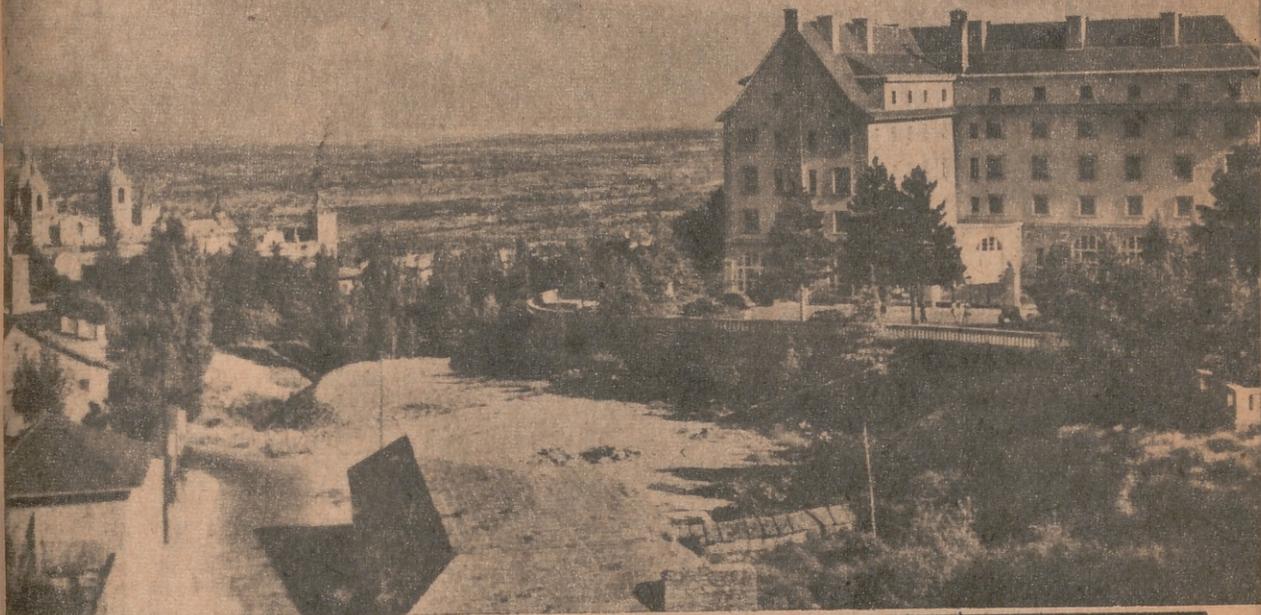
Es sólo unos pasos y todo habrá cambiado. De la serena y austera quietud del Monasterio, donde pa-

rece sentirse un palpito de eternidad, hasta encontrarnos en el corazón de la vida veraniega llena de alegría y colorido. Al final de la calle de Floridablanca, que es como la vena aorta de la villa, se baja una pequeña cuestecita de sólo unos metros y ya se habrán traspasado las lindes de la pétrea mole del cenobio que invita a la meditación y al recogimiento. Mientras que arriba de la calle, y con la presencia siempre de las cuatro torres gemelas de los ángulos y del enorme paralelogramo que es el Monasterio, la vida del pueblo queda como protegida por un halo sobrenatural.

De siempre se consideró a El Escorial como la capital de la Sierra, y había hasta su pareado:

*Del mar, San Sebastián,
y de la Sierra, El Escorial.*

Pero ahora en estos últimos años se puede decir que El Escorial ha llegado a conseguir el máximo como villa veraniega. Bullen las calles, las tiendas, sobre todo las librerías están llenas de compradores, los cafés y bares tienen sus terrazas sin un asiento disponible; hay un ir y venir de coches de turismo y autocares repletos de visitantes que no consiguen ni una plaza libre en los hoteles. Los guardias de la circulación regulan el intenso tráfico rodado y atienden a los que llegan buscando alojamiento y huyendo del calor de otros sitios. También los turistas aumentan en esta época y ahora lo llenan todo. Sobre todo, hay muchos ingleses y franceses. Ellas llevan casi todas sombreros de paja en forma de cono. Los hoteles y restaurantes sacan sus mesas a la calle. Se come en El Escorial siempre en la calle o en los jardines.



El hotel Felipe II, perfil ya clásico en el madrileño pueblo de El Escorial

nes de que disponen en casi todos los hoteles, y esto no se hace por el calor, sino por dar más alegría y esparcimiento a la hora de la comida fuera del recinto de un comedor cerrado. Cuatro buenos hoteles, aparte de pensiones, fondas y restaurantes son insuficientes para atender a la población flotante, pues la colonia veraniega que se está toda la temporada de verano vive en villas o casas particulares. 268.000 turistas vinieron en el año 1957 a El Escorial sin contar a los que se instalan por semanas enteras en los hoteles no solamente en verano, sino durante el invierno, pues El Escorial en toda época es como sedante y remanso. Y la cronista, cuando al fin encuentra un sitio libre y puede dejar ese deambular infructuoso en busca de un asiento, también experimenta esa sensación de calma. Todo está lleno en mi torno en la graciosa placita que se llama de San Lorenzo, donde está la terraza de la cafetería Alaska, en la que he conseguido sentarme. Las señoras que ocupan las mesas y que pertenecen a la colonia veraniega hacen punto o leen revistas, los hombres fuman calmosamente y los extranjeros repasan sus voluminosas guías y planos de carretera. Cruzan constantemente autos de todas las marcas y nacionalidades. Y sin embargo, no hay ni un ruido acústico. Parece como si todo el que visita la villa se diera en seguida cuenta de su silencio elegante, de su quietud de buen tono de pueblo educado, donde hasta las conversaciones son siempre en voz baja.

Pero junto a este veraneo señorial de las gentes de las villas o de los que pasan unos días, por ejemplo, en el lujo y suntuosidad del hotel Felipe II o en la elegancia del Victoria Palace o del Miranda-

Suizo o en la gracia acogedora del Columba, con su jardín-comedor cuajado de macizos de hortensia y cubierto por una añosa parra de estepa florecida, hay también ahora otra vertiente inesperada. En el paraje denominado Prado Alto del Arroyo y asomada al valle, se alza la Residencia «Manuel Mateo», de la Obra Sindical de Educación y Descanso, que se acaba de inaugurar.

COMO EN UN BUEN HOTEL

Cuando llegamos a ella, el aire serrano nos va combatiendo por la cuesta que nos conduce a ella. Es justo la hora en que van llegando familias residentes que se incorporan a la Residencia. Casi todos traen tres o cuatro hijos y es raro el matrimonio que no los tiene o que tiene uno solo. Gente sencilla, pero bien trajeada, y casi todos portando ilusionados su máquina fotográfica quizá recién estrenada. Son productores en su totalidad de diferentes regiones. Sobre todo, los de Córdoba y Sevilla tienen casi lágrimas de emoción:

—Esto es maravilloso. Haber podido salir de aquellos hornos y venir aquí con este fresco y como si estuviéramos en un gran hotel.

Y se vuelven asombrados recorriendo con la mirada el hall la escalera, el salón de lectura y juegos que se ve al fondo, la biblioteca y las terrazas. Unas encristaladas y otras al aire libre, en las que ya se han arrellanado en las butacas otras familias que contemplan el paisaje del valle.

La mujer de uno de los andaluces me dice:

—Usted no lo creerá, pero en Sevilla se caen los pájaros muertos por el calor. Y no se puede

dormir de la asfixia que hay. Ahora me va a parecer mentira.

Después, ella, como todas las mujeres, contempla los mil detalles que dan un tono moderno a la Residencia. Todo es alegre y del más depurado buen gusto. Cien plazas tiene esta Residencia, que viene a engrosar ese crecido número esparcido por todos los lugares más bellos y pintorescos de España para proporcionar un veraneo a los productores y sus familias.

Las habitaciones son grandes, ventiladas y casi lujosas. Luego hay los cuartos de baño, las dichas y una cocina y el «office» de azulejos hasta el mismo techo que le da una deslumbrante blancura.

Mientras llega la hora de la cena se juega al ajedrez o a las damas, se lee y la chiquillería corre feliz por las azoteas. Y bajan hasta el jardín, en que ya se han plantado chopos y álamos de dos años.

—Mire el proyecto del jardín. Me lo acaba de mandar el arquitecto. El año que viene estará terminado y también la piscina y el campo de deportes y el parque infantil con toboganes, columpios y toda clase de juegos —me explica el jefe de la Residencia, don Lorenzo Calvo.

Cuando ya se ha cenado y los niños se han acostado, las partidas se hacen más refidas y las señoras se abisman más en las lecturas. Los más aficionados a la soledad se sientan en las terrazas. Sopla un aire serrano delicioso. A la izquierda, el pico de Abantos es como una enorme chepa clavada en las escarpaduras de la cordillera Carpetovetónica. La luna asemeja un globo lumi-

HIJOS PARA LA MAR

ADA vez que un barco nuevo se lanza al agua es un hijo que le nace a la mar. Los chirridos de las gradas cuando se desliza el casco, las rotas pompas de espuma cuando el nuevo buque cambia su virginidad marinera, el estampido seco de la botella clásica troceándose sobre la quilla majestuosa, los «¡hurra!» los «¡alá!» y los vítores justísimos de los marinos, de los carpinteros, de los calafateadores, de los ingenieros, de los armadores y de todos cuantos pueden adjudicarse, con legítimo orgullo, un pedazo de la paternidad del nuevo ingenio que ennoblece la mar, son la música hondísima que resuena, esparcida y victoriosa.

Naciones tan marineras como España si que las habrá, desde luego; pero más, no. El hábito del mar, el escalofrío y la sapiencia de cotejar el rumbo mirando a las estrellas, de comprobar el derrotero manejando los nuevos y precisos instrumentos que la técnica moderna de la navegación ha conquistado para sus hombres, no sólo las provincias costeras, sino las de tierra adentro, en todas las historias hispanas, le han hecho como cosa suya, como carne propia.

Antes, estos nacimientos de los océanos, este aumentar de las flotas, grandes los velámenes, altos los castillos, menores las medidas en las esloras, podían contarse, a los abuelos o a los niños, por los nombres simples de las embarcaciones. Hoy, los náuticos natalicios, de tantos, hay que registrarlos, como en los balances, por los pares o los tríos de las cifras.

Cifras como resultados: he aquí la síntesis de la vida moderna, de la ciencia económica, de la obra de los hombres. El verano es la estación de los marinos de los mares calmos, de los cielos

limpidos de la Patrona, Virgen del Carmelo, en el corazon justo del estío. Y en el verano, a este verano nuestro, como una singladura más, como un silencio de una ruta sin tempestades, han llegado también unas cifras.

Los astilleros españoles, en estos días, han destinado cerca de ciento cincuenta millones de pesetas para la modernización de sus instalaciones; por última cifra que a lo largo de todo el año, cantidades parecidas o superiores han sido igualmente presupuestadas para análogos fines.

Pero aún hay más. Actualmente se encuentran en construcción cerca de un millón de toneladas, repartidas entre diversos tipos de buques. Esta cifra, exactamente 959.842 toneladas, supera, con mucho, a la mitad del tonelaje total que sumaba la Flota mercante española a finales de 1957.

Muy cerca también está la fecha en que el tonelaje de nuestra Flota pesquera, hoy de 280.021 toneladas, sumará 780.000; y próximo el día en que nuestra Flota pesquera habrá doblado su desplazamiento con la incorporación además de novísimos y eficaces artes de pesca.

La España marinera, la España de la vocación por los océanos —claramente sentada la permanencia del principio en nuestras Leyes Fundamentales— es, cada vez más, mayor familia numerosa. A los hombres, para su gloria, se les ponen nombres derramando sobre sus cabezas una concha de agua; a los barcos, también para su gloria, se les concede permiso rompiendo en sus metálicas planchas una botella de espumoso vino.

Nunca mejor en los oídos de los hombres, de nuestros hombres, ha sonado insistente el ruido alegre de los cristales partidos.

noso suspendido milagrosamente en el espacio. A lo lejos titilan las luces del pueblo de Guadarrama y las de Villalba. Se ve pasar un tren. Se ve tan pequeño a esta distancia que parece un gusano de luz. De pronto sube al cielo la fosforescencia de unos cohetes. A Gabriel, el guarda de la Residencia que riega ahora las macetas, le pregunto:

—Usted que es de San Lorenzo, ¿puede decirme qué celebran hoy?

—Son los de «Abajo», los de la «Villa». No son las fiestas del pueblo. Son sólo fiestas de mozos.

Y me imagino a los mocetones serranos tirando sus fuegos de ar-

tificio, en los que se han gastado buen dinero porque sí, para divertirse, porque los mozos hacen fiesta casi todas las noches.

A mi espalda uno de los residentes habla con tres más.

—Es que la vida es algo más que el trabajo. El hombre necesita también un esparcimiento. Por eso esta Residencia es una obra muy grande. ¿Cuándo habíamos pensado nosotros los obreros o los empleados venir a veranear en este plan y donde lo hacen los acomodados y los ricos?

Me vuelvo y le pregunto:

—¿Cómo se llama usted?

—Pues Cayetano Rodríguez y trabajo en la empresa Rivadeneira.

Entra en la terraza un hombre alto y de mirada inteligente, aspira el aire hondamente, casi con fruición, y dice:

—Se está bien aquí, ¿eh?

—Esto es formidable—contestan los otros.

—Pues a mí me ha costado mucho conseguirlo porque había una equivocación en mi instancia y fué difícil arreglarlo a última hora, pero al fin estoy aquí—dice Emilio García, Alcalde pedáneo del barrio de Castilla de Valencia.

Después comenta Esteban Avila, de El Corte Inglés:

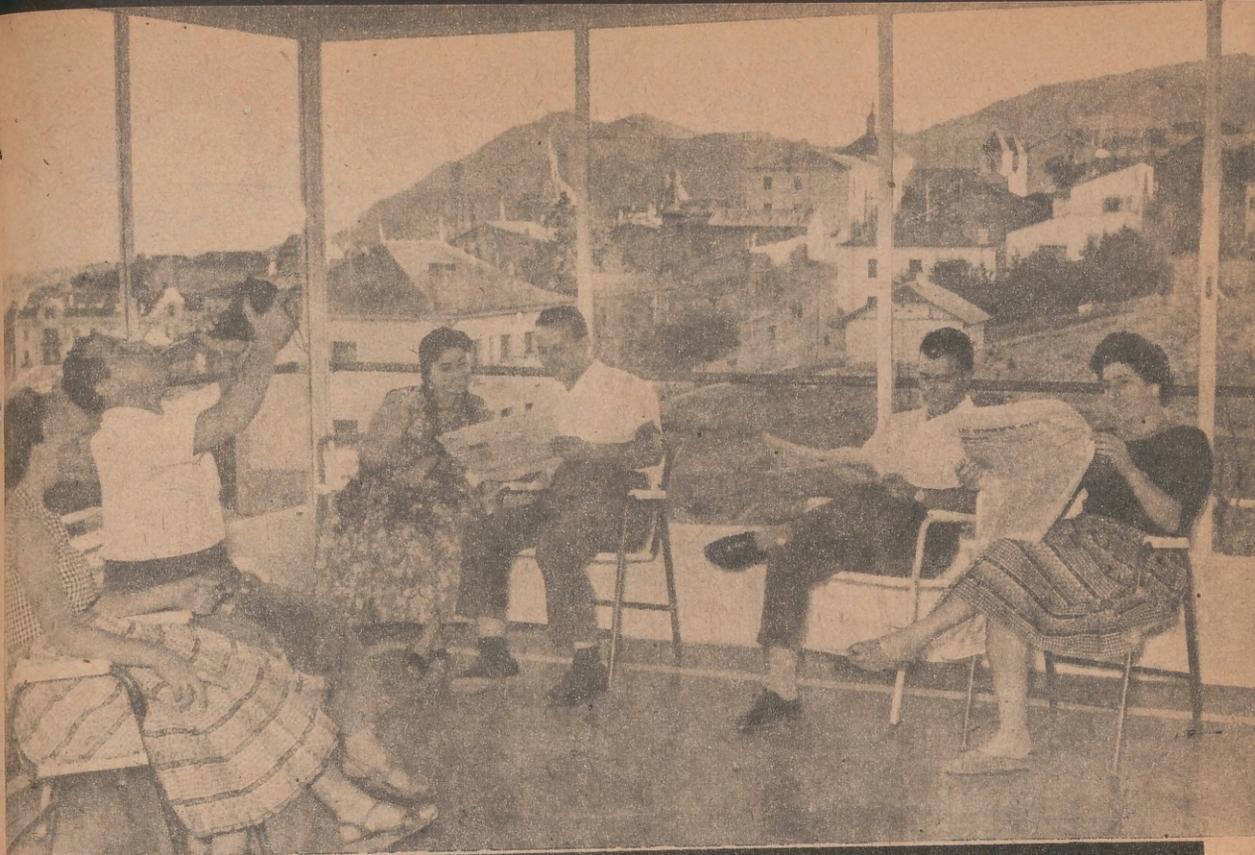
—Yo ya he ido con Educación y Descanso muchas veces a veranear. He estado en la Residencia de Ribadesella en un paisaje precioso y el año que viene quiero ir a la de Blanes, que dicen es la puerta de la Costa Brava. Creedme que he sentido a España mas que nunca porque he podido conocerla y vivirla en sus más encantadores rincones.

Vienen a dar el último vistazo, el último estímulo de su presencia, el jefe y su mujer. Ellos, con el administrador Eulogio Manca yola y su mujer y el intendente Enrique Abad, dan intimidad de una gran familia a todos los residentes y ellos también tienen la gentileza de cederme la habitación de sus hijos para que pueda pasar la noche, porque en todo San Lorenzo del Escorial no hay donde dormir, como ya he contado antes. Y así puedo ver a la amanecida el sol levantándose sobre el valle y abriéndolo los tejados de pizarra y después remontarse lentamente sobre las cumbres de las montañas del Norte y del Oeste, con las que se abraza El Escorial. Y estaba ya el sol alto cuando llamaron al desayuno. Eran las nueve y media pasadas, pero se estaba en régimen de vacaciones y descanso. Un residente decía a otros:

—Yo creí que en estas Residencias nos tenían a plan de cuartel o campamento y nos darían el desayuno al ser de día...

El desayuno consiste en chocolate y pan con mantequilla y mermelada. Las tazas son de plástico de diferentes colores y con lunares, servicios que siempre se han comprado como capricho en cualquier casa, y todo esto, como las comidas, que son abundantes y muy bien condimentadas, por sólo 18 pesetas diarias.

Cuando bajamos de la Residencia, El Escorial está en su primera mañana de fiestas en honor de su Patrón, el mártir San Lorenzo. Las calles, y sobre todo la de Floridablanca, están de bote en bote. Toda esa colonia de 30.000 veraneantes parece que se ha dado cita aquí a las dos de la tarde. Ha venido además mucha gente de diferentes sitios, y sobre todo de Madrid, para presenciar la corrida en la que torea Bienvenida, Aparicio y Antonio Ordóñez. Otro de los festejos que más forasteros ha atraído han sido las representaciones que va a dar la compañía de Tamayo de «El Alcalde de Zalamea», «Otelio» y «Los intereses creados». Y para los intelectuales, el ciclo de conferencias sobre Carlos V que



Los residentes en la galería de cristales, frente a la Sierra

se está celebrando en la Universidad de Verano «María Cristina», que radica en el mismo edificio del Monasterio. Luego, por la noche, hay magníficos fuegos de artificio en el paseo de Terreros y bailes populares y verbenas de sociedad en el Parque Club, presididas, al igual que todas las fiestas, por la Dama Regidora, que se elige en estas fiestas anuales y que este año ha recaído la elección por enorme mayoría de votos en Chiqui Fernández Shaw, nieta del escritor don Federico Fernández Shaw, y que todos los años veranea en el Real Sitio. Pero lo que ha llenado de satisfacción a los escorialenses es la presencia del obispo de Tuy y vicepresidente del Consejo de Investigaciones Científicas, que es hijo de El Escorial. El señor obispo ha oficiado una misa de pontifical en la basílica del Monasterio en honor de San Lorenzo, y fray Justo Pérez de Urbel, nombrado, como ya se sabe, recientemente abad de la cercana abadía del Valle de los Caídos, ha pronunciado el pontifical del santo mártir. Más tarde, el señor obispo ha querido ir a predicar a la parroquia, a la que fué su parroquia, y sus paisanos han llorado de emoción.

Pero la cosa excepcional ha sido la presencia en las calles en fiestas de los cursillistas de la Universidad «María Cristina». Hay un nutrido grupo de extranjeros, sobre todo franceses, gente estudiosa que hacían la vida en las aulas o sobre los textos y apuntes, pero en estos días han hecho un paréntesis y han alternado en las modernas cafeterías, donde se forman habituales y animadas tertulias. La cafetería del Miranda puede competir con cualquiera de las de Madrid. En ésta del Miranda tiene su tertulia diaria el Alcalde del Real Sitio, don Francisco Santos. Y por estas ter-

tulias han hecho una estupenda recaudación las muchachas que han postulado para la romería de la Virgen de la Gracia, mientras el romero mayor, don Ramón Ramírez y Gabriel Sabau, se multiplicaba en todos los detalles de la postulación. Desde luego, Gabriel Sabau es popularísimo aquí y él es el que organiza todas las fiestas que celebra la colonia de veraneantes.

Y ésta es la vida veraniega de El Escorial. Vida de veraneo elegante con sus sesenta piscinas entre particulares y las de los hoteles. Esta cantidad de piscinas venía a complicar el problema del agua que de siempre pesaba sobre El Escorial y que dentro de muy poco quedará completamente resuelto gracias al embalse de un

millón de metros cúbicos que construye Obras Públicas en el Arroyo del Tobar y cuya conducción se hace a través de un túnel que atraviesa el monte de Abantos, en un recorrido de dos kilómetros, y que ya está terminado casi en su totalidad.

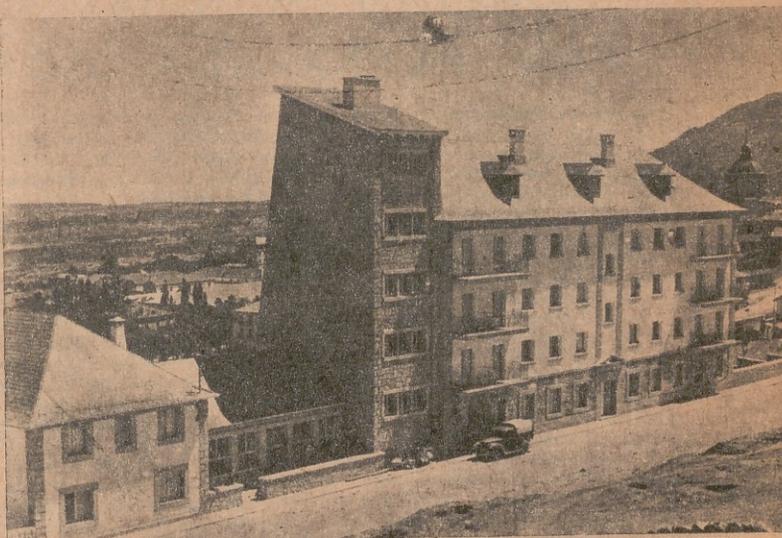
En nuestro último recorrido por la bonita plaza de Benavente y por Florida oímos a un inglés albino preguntar dónde hay un sitio menos elegante, «una bodega típica para beber», dice el inglés.

—Pues vaya usted por ahí abajo, por la rampa de la Lonja, y encontrará la cueva del Gato Tuerto—le contestan.

—¡Ah! Very typical.

Y se aleja muy contento.

Blanca ESPINAR
(Enviado especial.)



La Residencia de Educación y Descanso «Manuel Mateo»



El cardenal Wysinski, en 1956, camino de Roma, donde acudió a Su Santidad

POLONIA, OTRA VEZ MARTIR

EN JASNA GORA HA COMENZADO UNA NUEVA CAMPAÑA DE PERSECUCION RELIGIOSA

EL CONCILIO MUNDIAL CRISTIANO, UNA FARSA PREPARADA POR EL KREMLIN

LOS trenes llegaban abarrotados a la estación de Czestochowa. Por las carreteras y los caminos los peregrinos se encaminaban también hacia la ciudad polaca. Todos acudían a Jasna Gora, formando parte de las grandes peregrinaciones que se congregarían ante la Virgen de Nuestra Señora de Czestochowa, la "Virgen Negra", venerada por el pueblo polaco.

La mayor parte de las peregrinaciones llegaban del Norte, de Varsovia, situada a 250 kilómetros y de algunas otras ciudades, pero también venían, por otras rutas, gentes del Sur y de todas las regiones campesinas.

Entonando cánticos religiosos o rezando el santo rosario, las expediciones tomaron pronto el camino del Monasterio. Estaban en el corazón de la vieja Polonia,

en la ciudad donde eran elegidos los antiguos reyes que durante siglos fueron la barrera más eficaz contra las hordas que llegaban del Este.

Era la tarde del 21 de julio. Las multitudes habían llegado ante el Monasterio de Jasna Gora. Entre las filas densas de los fieles se abrían paso brutalmente varios coches de la Policía comunista. Las gentes comenzaron a sentirse inquietas, recelando de la proximidad de los sicarios de Gomulka; pero nadie podía saber el motivo de la presencia de aquellos policías.

Mientras los fieles oraban fue corriendo de boca en boca la noticia. La Policía había registrado el santuario. Se hablaba confusamente de detenciones y malos tratos a la comunidad del sagrado Monasterio. Una ola de in-

dignación recorrió las masas de hombres y mujeres que habían acudido ante Nuestra Señora de Czestochowa. Los monjes tuvieron que salir a calmar los ánimos de los más excitados que animaban a la revuelta contra los policías que aún permanecían en el exterior.

Quando anocheceía, todos oyeron claramente el ruido de los camiones que se acercaban a Jasna Gora. Llegaban varios camiones con 200 miembros de la Policía comunista. Con las armas preparadas, los servidores de Gomulka ocuparon todas las salidas del Monasterio. Otro grupo penetró en el Monasterio y al poco tiempo nadie pudo distinguir nada. Los policías habían provocado el corte de la corriente eléctrica y la multitud que aguardaba intranquila en el pa-



En 1956, el Gobierno comunista autorizó algunas proyecciones para hacer creer en una supuesta libertad religiosa

no se sintió repentinamente a oscuras.

Las linternas que portaban los policías deslumbraban a los fieles. Un monje y varios sacerdotes fueron detenidos; muchos fieles que habían manifestado su oposición a la detención, apercibida por su inmediata proximidad, fueron también conducidos a los camiones.

El resto de la gran peregrinación fué rechazada a culatazos fuera del Monasterio. Las gentes volvieron a Czestochowa inquietas y temerosas. Todos sabían que comenzaba de nuevo la persecución de los católicos polacos.

EL MILAGRO DE LA VIRGEN DE CZESTOCHOWA

¿Qué han encontrado los policías rojos tras el registro de Jasna Gora? A los diez días del asalto al Monasterio, el procurador general de la República Democrática Popular polaca hacía públicas acusaciones, supuestamente basadas en los hallazgos de los esbirros comunistas. El procurador general ha denunciado a la jerarquía católica como culpable de imprimir y difundir publicaciones ilegales contra el Estado y abiertamente divulgadas en oposición al Gobierno comunista.

Aquel mismo día, el órgano del partido comunista en Varsovia, "Tribuna Ludu", en un editorial en el que naturalmente defendía el sacrilego atentado contra Jasna Gora, declaraba que entre las publicaciones descubiertas se contenían "temas religiosos de diversa naturaleza con alusiones políticas manifiestas y con crí-

ticas que lesionaban el interés general y el orden público".

Los folletos "descubiertos" por la Policía y que ésta conocía sobradamente, puesto que circulaban con gran profusión entre los fieles polacos, eran editados bajo la indicación de "Primado de Czestochowa" y contenían material para sermones y conferencias religiosas que habrían de desarrollar los sacerdotes polacos. Al mismo tiempo existían también otros folletos destinados a los fieles en general y ha sido entre estos últimos en donde los comunistas han hallado la supuesta base para sus acusaciones.

Entre estos folletos existe uno que con el título de "Milagro en Jasna Gora" narra un hecho extraordinario acaecido en 1920.

En aquella fecha, tras la victoriosa ofensiva de las tropas polacas contra los Ejércitos soviéticos, éstos irrumpieron en Polonia gracias a un inmenso despliegue humano, llegando hasta las mismas puertas de Varsovia, que estuvo a punto de caer en manos de los rojos. Los polacos atribuyen a la milagrosa intervención de la Virgen de Czestochowa la victoriosa defensa de la capital.

Pero el folleto editado en 1920 según reza su pie de imprenta, no podía constituir una base legal de acusación contra la actual jerarquía católica polaca. Sin embargo, los comunistas de Var-

sovia han decidido no irritar a sus amos de Moscú, autorizando la difusión de este folleto en la que se narra la heroica resistencia de los polacos contra los invasores rusos.

Al mismo tiempo, el Gobierno comunista no desea alarmar a los pueblos occidentales ni a los propios polacos. En el recuerdo de los rojos está probablemente la revuelta de Poznan y todos ellos temen una repetición de este alzamiento que estuvo a punto de comenzar entre las multitudes que acudieron a Jasna Gora. Todos los periódicos polacos, controlados por los comunistas, han considerado lo sucedido en el Monasterio como un incidente sin importancia, limitándose a acusar a la jerarquía eclesiástica y siguiendo las directrices del procurador general de la República. Ninguno de ellos, sin embargo, se ha atrevido a enfrentarse abiertamente con la mayoría católica del país, a la que saben fuerte y decidida a cualquier levantamiento, aun con la seguridad de que habría de ser aplastado por las poderosas divisiones rusas, estacionadas en el país.

LOS FALSOS SEMINARIOS

En Polonia, como en otros países esclavizados por la Unión Soviética, se ha intentado repetidamente la introducción de quintas columnas rojas entre las filas de los católicos. A la persecución abierta y dura se ha sumado esta infiltración, mucho más peligrosa, que, afortunadamente, no ha dado sus frutos.

Tras las primeras persecuciones que chocaron con la resistencia unánime de todo un pueblo, los comunistas polacos, ayudados por sus compañeros rusos, ya experimentados en estas maniobras, iniciaron la fundación de diversos seminarios y movimientos llamados católicos, destinados preferentemente a introducir la confusión entre los fieles. Pero en realidad el propósito era de mayor alcance. Los "sacerdotes" que salieran de esos seminarios, declararíanse adictos al Gobierno de Varsovia, se convertirían en los más feroces destructores de la auténtica jerarquía católica, acusando al Vaticano de ser un instrumento imperialista para la preparación de un ataque contra las democracias populares. Esta política fué mucho más intensamente llevada a efecto en las Provincias Occidentales.

En Varsovia, donde funcionaba regularmente la Academia Teológica, los comunistas lograron por la fuerza expulsar a muchos de los profesores y estudiantes católicos, que fueron sustituidos por los llamados clérigos "patriotas". Así, durante muchos años, la Academia Teológica se convirtió en una escuela anticatólica, controlada por el ministro de Asuntos Religiosos.

La respuesta de la jerarquía católica no se hizo esperar. Todos los clérigos que propugnaban el establecimiento de una Iglesia nacional polaca sometida al Gobierno comunista y desligada de la legítima autoridad de Roma fueron condenados con arreglo a las normas del Derecho canónico. Gran parte de ellos, arrepentidos, han vuelto al seno de la Iglesia Católica, del que salieron en muchos casos sucumbiendo ante las amenazas de los comunistas. Se calcula que en Polonia existen aún unos 800 o 1.000 sacerdotes sometidos a la autoridad del Gobierno de Varsovia y que en su mayor parte no han recibido las órdenes sagradas, puesto que muchos de ellos han sido formados y ordenados en los seminarios comunistas.

Paralelamente, los comunistas han intentado introducir entre los fieles ciertos movimientos seculares que se llamaban a sí mismos católicos. Estas maniobras alcanzaron su máximo desarrollo coincidiendo con el del Congreso Mundial de la Paz. A esa gigantesca mascarada, convocada por la Unión Soviética, concurren esos "católicos" como ebo de atracción para algunos grupos de occidentales que todavía creían en los propósitos pacifistas y tolerantes de la Unión Soviética, mientras las cárceles polacas se llenaban con sacerdotes católicos que no habían querido someterse a las consignas de Moscú y la organización asistencial Caritas pasaba al control directo de las autoridades rojas.

LA PROTECCION DEL ATEISMO)

La persecución religiosa en Polonia que ahora se torna violenta, como en los viejos tiempos de Stalin, ha revestido desde

1956 un matiz de aparente suavidad. En 1956, el ministro de Asuntos Religiosos presentaba ante el Comité Central del Partido comunista polaco su nuevo plan para el desarrollo de la lucha antirreligiosa, basado principalmente en el fomento de la indiferencia religiosa, mucho más eficaz en su opinión que el ataque directo.

Fruto de este plan fué el aumento a la protección en el desarrollo de todas las entidades y asociaciones ateas, aun cuando no fueran comunistas. El Estado subvencionó ampliamente a estas organizaciones para la celebración de conferencias y publicación de libros en los que se atacara "científicamente" a la religión católica. Al parecer, tampoco esta campaña ha conseguido sus objetivos y los dirigentes del Gobierno tiere de Varsovia han decidido reanudar las viejas tácticas impuestas desde Moscú.

Gracias a la eficaz intervención de la jerarquía católica polaca y de la Santa Sede, los fieles no han podido sentirse en ningún momento desorientados por el alud de organizaciones supuestamente católicas y la proliferación de seminarios protegidos por los comunistas. Algunas de estas entidades disponían de periódicos que, como el "Dziś-Jutro", que se titulaba a sí mismo "Católico-Social", fueron condenados por el Vaticano.

Las experiencias de falsos sacerdotes, ya intentada repetidas veces por los enemigos de la Iglesia desde los tiempos de los famosos "juramentados" de la Revolución francesa, han concluido igualmente en el mayor de los fracasos. En la actualidad, estos desgraciados no gozan siquiera del favor de los comunistas y mucho menos, como es lógico, del aprecio de los fieles católicos.

Varios diarios comunistas polacos, comentando lo sucedido en Jasna Gora, se han lamentado hipócritamente de que el cardenal Wyszynski haya cambiado mucho después de su visita al Vaticano.

Pero, desgraciadamente para los rojos, el cardenal no ha evolucionado jamás en su defensa de los fieles polacos. Durante varios años, monseñor Wyszynski permaneció en las cárceles rojas, condenado tras la acusación de un supuesto espionaje. En 1956, el cardenal fué súbitamente puesto en libertad. Gomulka daba marcha atrás por orden del Kremlin y la campaña antirreligiosa quedaba aparentemente interrumpida para hacer creer a muchos confiados observadores occidentales que en Polonia se restablecía la más amplia libertad religiosa.

Tras los sucesos de Poznan y Hungría, Gomulka necesitaba consolidar su posición al frente del Gobierno polaco. Ni siquiera el sistema comunista de sufragio podía garantizarle una resonante victoria en las elecciones de 1957. Se hizo entonces necesario suavizar el cerco impuesto a los católicos polacos y aparecer ante el mundo como el defensor de las libertades del país. Ahora,

una vez más, Gomulka ha reanudado sus viejos esfuerzos por desterrar el catolicismo de Polonia.

LA ULTIMA ACUSACION

El día 30 de julio, Terzy Sztackleski, ministro de Asuntos Religiosos, en una conferencia de Prensa declaraba a los corresponsales extranjeros en Varsovia que había convocado una reunión con algunas jerarquías polacas, ya que era su deber advertirles de las obligaciones que la Iglesia tenía con el Estado polaco. A estas reuniones habían sido llamados monseñor Klepacz, obispo de Lodz, y monseñor Chormasca, obispo secretario del episcopado.

El ministro de Asuntos Religiosos acusó abiertamente a sacerdotes y seculares polacos de realizar activas campañas de proselitismo entre las juventudes comunistas del país. Pero, naturalmente, conocidas las dificultades con que tropieza la Iglesia católica para el desarrollo de sus actividades, cabe hacerse difícil idea de cómo se desarrolla semejante proselitismo.

La realidad, como ocurre siempre con las declaraciones de los jefes comunistas, es naturalmente muy distinta. Pese a los esfuerzos de los cuadros rojos y de las persecuciones policíacas, la Iglesia católica encuentra constantemente nuevos adeptos incluso entre las organizaciones juveniles establecidas por el Gobierno.

La instrucción religiosa abolida, tras la implantación del Gobierno comunista, tuvo que ser restituida, pues los mismos comunistas advirtieron la ineficacia de esta medida. El propio ministro de Educación, el comunista Bienkowski, señaló este hecho al declarar en un informe: "Cuando no se facilitaba instrucción religiosa en las escuelas era proporcionada en otra forma, mucho más peligrosa para el futuro del Estado comunista."

Durante mucho tiempo, los comunistas intentaron que sólo los llamados "sacerdotes patriotas" fueran los autorizados para facilitar esta enseñanza religiosa a las juventudes. El fracaso más estruendoso acompañó a estos esfuerzos. Los católicos prefirieron que sus hijos no recibieran tales "enseñanzas" y les enviaron a los centros de formación religiosa que dirigen los auténticos sacerdotes.

LAS NUEVAS TACTICAS

El ataque de Jasna Gora no puede ser considerado como un simple hecho aislado. Cuando el Gobierno comunista preparó las detenciones en el Monasterio sabía que atentaba contra la seguridad del más venerado de los santuarios polacos y precisamente en las fechas de las peregrinaciones anuales.

Jasna Gora es una señal más entre tantas de que ha comenzado una nueva ofensiva antirreligiosa ordenada por Moscú y que se desarrollará en todo el mundo comunista. Las persecuciones, registros y ataques de la propaganda roja se han recrudecido en todos los países sometidos a la Unión Soviética.

Todas estas nuevas maniobras fueron preparadas hace ahora un año en Moscú con motivo de un Congreso de propagandistas y conferenciantes soviéticos en todo el mundo. En sus conclusiones y estudios publicados en la revista "Voprosi Filosofii" puede hallarse la explicación de los nuevos ataques.

Los asistentes al Congreso reconocieron unánimemente un hecho que alecciona claramente sobre el fracaso de los métodos empleados: la Iglesia católica, lejos de perder su prestigio en las llamadas democracias populares y en el propio territorio de la Unión Soviética, acrecentaba cada día más el número de sus fieles, quienes no temían las persecuciones y los vejámenes. Particularmente, en Bielorrusia, Letonia, Estonia, Lituania, Ucrania Occidental y en la propia Polonia, los católicos seguían constituyendo un núcleo fuertemente unido y opuesto a las maniobras del ateísmo oficial.

Se reconoció asimismo en el Congreso que habían fracasado todos los esfuerzos para constituir un clero integrado, por sacerdotes "progresistas", afiliados al partido comunista y desligados de la autoridad del Vaticano. Ante estos resultados, M. B. Mitin, miembro de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética, elaboró la nueva línea de acción que fué naturalmente aprobada, ya que Mitin, que forma también parte de la Sociedad para la Difusión del Conocimiento Científico y Político, patrocinadora del Congreso era, en realidad el portavoz del partido comunista en el seno del Congreso.

Según Mitin, los propagandistas soviéticos no deben penetrar en el conocimiento de las doctrinas católicas, de las Sagradas Escrituras ni de las Encíclicas pontificias, como hasta ahora venían haciendo. Su misión ha de consistir, simplemente, en poner de manifiesto la oposición que existe entre la ciencia y la religión, al mismo tiempo que las autoridades colaboran en esta campaña mediante la concesión de toda clase de facilidades y la represión de la oposición a su desarrollo.

Desgraciadamente para Mitin su plan carece en absoluto de originalidad y eficacia en lo que se refiere a pretender establecer un claro antagonismo entre la religión y la ciencia. Este propósito, duramente intentado por los materialistas del siglo XIX concluyó con el más absoluto de los fracasos ya que no pudieron aportar una sola prueba de sus aseveraciones. Los más recientes descubrimientos de la ciencia vienen precisamente a confirmar las verdades religiosas sin que en ningún momento aparezca la oposición entre unos y otras.

EL "CONCILIO MUNDIAL CRISTIANO"

Al margen de esta campaña, Moscú ha decidido la celebración de un llamado Concilio Mundial Cristiano, en el que estarían representados las diversas confesiones cristianas.



Kanclerz Kurii ks. Przybyszewski lary, które ukrywał w piwnicach krakowskiej.

Una fotografía de la propaganda antirreligiosa. Este sacerdote polaco detenido ha sido colocado ante los billetes americanos para «demostrar» su intervención en el espionaje.

El Concilio Mundial Cristiano, que será convocado en Viena, tiene como supuesto objetivo el examen de la posibilidad de un desarme atómico general y se convertirá en un gigantesco alegato comunista contra Occidente. A la reunión, a la que han sido "invitadas" todas las confesiones, concurrirán naturalmente los líderes de Moscú en cada una de las naciones oprimidas por el comunismo. Han sido convocados los clérigos "patriotas católicos" de Checoslovaquia, Polonia, Hungría y China y las representaciones protestantes, asimismo comunistas, de algunos otros países situados tras el "telón de acero". La dirección del Congreso se halla nominalmente en manos de la Iglesia ortodoxa rusa que después de sufrir prolongadas persecuciones desde el comienzo de la revolución comunista ha sido transformada ahora en un há-

bil instrumento de la propaganda bolchevique para hacer creer a los occidentales en la supuesta tolerancia de cultos y creencias que existe en el seno de la Unión Soviética.

Este Concilio ha sido convocado después de las reuniones de ortodoxos y protestantes comunistas en Praga durante el pasado mes de junio. Tras las sesiones de esta conferencia se acordó enviar invitaciones tanto a los países comunistas como a los del mundo libre, particularmente a los de los países protestantes, donde la escisión en diversas sectas facilitará también la diversidad de opiniones sobre el Concilio. Los comunistas esperan que acudan algunos representantes protestantes no comunistas engañados por la campaña pacista preparatoria del Concilio.

Guillermo SOLANA

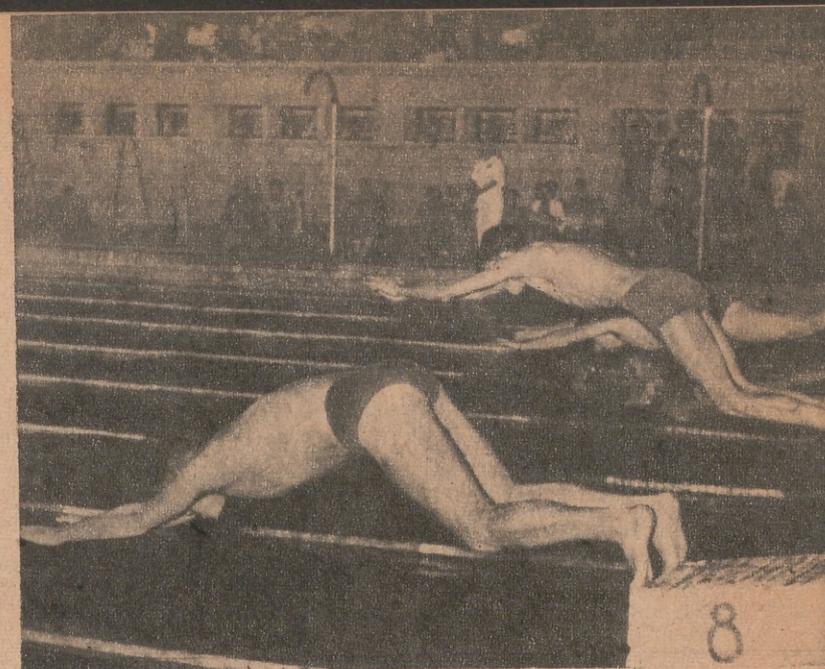
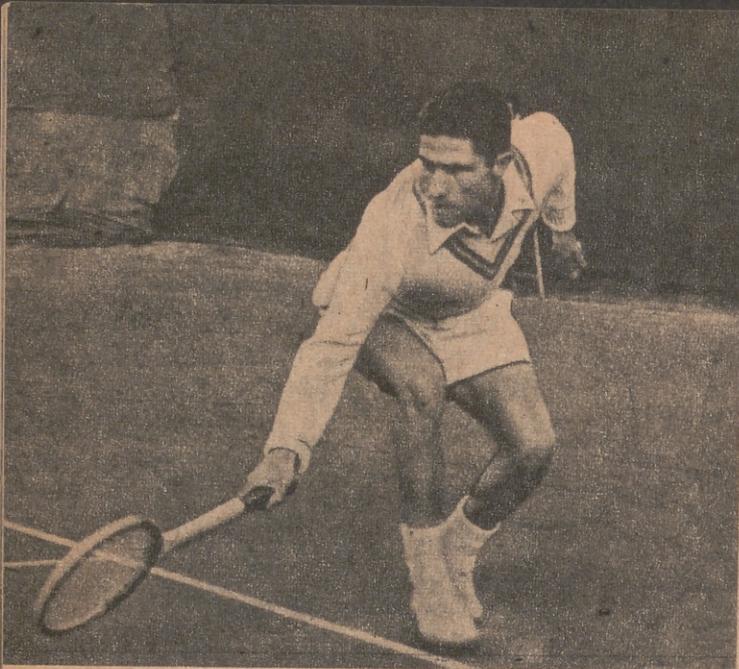


DZIS i JUTRO

KATOLICKI TYGODNIK SPOŁECZNY
AUJOURD'HUI ET DEMAIN

L'ESPRIT CRÉATEUR **PROBLEMES ESSENTIELS**

Facsímil de una de las publicaciones «católicas», amparadas por los comunistas y que fueron condenadas por el Vaticano.



PARA EL ESFUERZO, LA CIENCIA

UNA MODERNA ESPECIALIDAD CLINICA: LA MEDICINA DEPORTIVA

NO ES CONVENIENTE PRACTICAR UN SOLO DEPORTE

El deporte, que renació a fines del siglo pasado como juego, se ha convertido en los tiempos que corren en una necesidad biológica sentida por las multitudes, y cada día participan en sus entrenamientos y competiciones con mayor entusiasmo, estimulados no sólo por una meta de gloria, sino también por el convencimiento de que tales ejercicios acabarán repercutiendo en la salud del individuo y en el mejoramiento psicofísico de la especie humana.

Los que han ensanchado el deporte hasta estos horizontes insospechados y magníficos han sido los médicos, que habiendo entrado un poco por la puerta falsa, se han adueñado de todos los resortes de la vida deportiva, desde la selección del aspirante, pasando por su orientación, hasta la reglamentación de todas sus actividades, llenando con sus consejos lo que pudiéramos llamar trayectoria biológica (vital) del deportista.

El médico que empezó interviniendo modestamente en las competiciones deportivas para asistir a los lesionados en caso de accidente, y que más tarde se encargó de los reconocimientos previos y periódicos, denegando la práctica y algún ejercicio a los que no estuvieran en condiciones de realizarlo, ha ido ganando de día en día prestigio y consideración en las sociedades

y campos deportivos. El hecho concreto de que se haya pagado una elevada prima por el traspaso de un médico de un equipo a otro, transacción hasta, ahora reservada a los deportistas, pone de relieve cuánto se aprecian ahora los doctores en el mundo del deporte.

En realidad, ha nacido una nueva especialidad médica: la Medicina deportiva, que representa una garantía para los profesionales del deporte. Pero hay que entender bien en qué consiste esta nueva disciplina y quiénes son sus verdaderos expertos. No puede considerarse como especialista en Medicina deportiva a aquellos traumatólogos que saben tratar perfectamente las lesiones que surgen durante las competiciones, como esguinces, roturas de fibras, distensiones articulares y fracturas. Tampoco pueden considerarse como tales especialistas a los doctores encargados de ficha médica y de los reconocimientos. Dominan, sí, una rama de la especialidad, que se limita en negar la aptitud al inútil y en curar a los accidentados. Todo esto estaba hace cincuenta o treinta años, cuando el médico era un personaje de cuarto orden en el campo. Sin desvalorizar el eficiente auxilio de estos médicos de emergencia, lo que más interesa en la actualidad en los medios deportivos es una medicina que

Cree salud, que sea eminentemente formativa, que salga al paso del accidente previniéndolo con sus científicas medidas, y no que corra tras de él, en fin, que haga deportistas de todos los hombres incluso de los incapaces y mutilados, rehabilitándolos por este procedimiento para la vida activa y del trabajo.

La Medicina deportiva no es sólo la que busca, selecciona y exalta al individuo bien dotado físicamente. Con ser éste uno de sus principales cometidos, no es el único ni el principal. Está en una rama del arte médico que se encuentra en sus días fundacionales, es sobre todo biológica y dedica sus máximos esfuerzos al mejoramiento de la salud de todas las personas, procurando cuidadosamente que este ideal de perfección no sea motivo de un accidente deportivo de fatal desenlace. Así, en virtud de la nueva ciencia, el deporte, sin dejar de ser un juego, se convierte en un arma terapéutica.

ESTUDIO DEL DEPORTISTA

El especialista empieza estudiando la forma física, la morfología de cada presunto deportista, porque cada deporte exige unas determinadas constantes corporales. En este sentido el médico aconsejará el deporte de lanzamiento de pesos (jabalina, disco y martillo) a aquellas per-



El esfuerzo físico en todos los deportes debe estar convenientemente vigilado por el médico

sonas de gran masa corporal, y a los hombres ya maduros, atletas congénitos, de gran desarrollo muscular, especialmente de brazos y tórax, le prescribirá el levantamiento de pesos, la lucha grecorromana y la lucha libre. Al mismo tiempo analizará cada uno de los aparatos del deportista, en busca de posibles fallos y de su corrección. Serán revisados cuidadosamente los ojos, los riñones, el abdomen, el aparato nervioso y, sobre todo, el aparato cardiorrespiratorio, de cuyo perfecto estado y rápida respuesta depende el porvenir del jugador y de los que le rodean.

El aparato cardiovascular es el "motor" del organismo deportista. La Medicina del deporte exige que se le haga a los deportistas una exploración basándola en tres factores fundamentales: en la auscultación detenida, de los tonos del corazón en reposo y después del esfuerzo; en la radioscopia de este órgano, y en las pruebas de recuperación funcional, entre los que destaca por su sencillez la de Cobet.

El deporte intensivo conduce a una hipertrofia o agrandamiento del corazón, al llamado corazón del deportista, cuyo tamaño pasa del límite normal. Este desarrollo no indica una enfermedad. Cuando el corazón de un deportista fracasa se debe a trastornos anteriores producidos por infecciones, anemias u otras dolencias, o a que se ha llegado a un agotamiento de las reservas de glucógeno. No es probable que el corazón del deportista se vea afectado por una dilatación aguda antes que el corazón de cualquier otra persona. Nadie puede dudar de la salud de un fuerte bíceps, producido por el trabajo. Tan absurdo es prohibir su trabajo al gimnasta, porque el desarrollo de sus bíceps sobrepasa el volumen normal, como sería igualmente absurdo prohibir el deporte a un deportista porque el tamaño de su corazón adquiera un volumen superior al normal.

LOS PELIGROS DEL "DOPAGE"

Respecto al uso de drogas, en estos tiempos se ha hablado corrientemente del "dopage". Se admite que say "dopage" cuando al aumento de las posibilidades del cuerpo sigue, después, un decaimiento extranormal. En resumidas cuentas, el "dopage" presuppone siempre un intoxicación, ya que ésta disminuye hasta límites peligrosos el estado normal del individuo.

La sustancia clásicamente empleada en el "dopage" es la estricnina, empleada, naturalmente, en su justa medida; pero son también sustancias de este tipo algunas de uso corriente tales como el café y la nuez de cola, que empleadas de modo abusivo pueden llegar a constituir un serio peligro para la salud del individuo una vez pasados sus efectos.

Una nueva forma de "dopage" está constituida por el uso de las anfetaminas. Todas estas sustancias tienden al estímulo del sistema nervioso del individuo pero el músculo es al fin y

al cabo el que realizará el esfuerzo material y con lo que al término del efecto de la droga vendrá un tremendo estado de depresión notoriamente perjudicial.

El proporcionar una mejor alimentación al deportista, tal como azucar antes de empezar el ejercicio no es "dopage" sino alimentación mejor y más adecuada con lo que evidentemente el músculo y en definitiva la acción del hombre podrá ser realizada en mejores condiciones físicas sin tener que sufrir luego las reacciones extranormales de las drogas.

La moderna Medicina deportiva sostiene que no basta conocer a los jugadores un reconocimiento más o menos completo. Se imponen además las pruebas que permiten estudiar sus reacciones en el ambiente que los rodeará durante las competiciones. Así hay que observar al nadador debajo del agua, mediante la prueba de "apnea" o supresión total de aporte de oxígeno. El montañero se debe investigar su actitud en un medio en que escasea el oxígeno, que es lo que ocurre en las alturas. Con el ciclista hay que analizar la temperatura ambiente, la humedad de la atmósfera, las radiaciones solares. En él, no basta con dar el visto bueno a su aparato cardiovascular, sino también es conveniente analizar su sistema neurovegetativo y la delicada sensibilidad de su sistema termorregulador.

En síntesis, la Medicina del deportista se rige por las mismas leyes que la de todos los demás mortales. Y aun sin estar iniciados en los secretos deportivos, el mejor especialista será, en último extremo, el que mejor conozca toda la Medicina. No olvidemos que tanto los padres de los jugadores olímpicos como el padre de la Medicina, buscaban siempre lo mismo: la salud y la armonía del ser. Ahora que las multitudes se echan ansiosas al campo de los deportes, no pongamos vallas a la mayoría, sino ayudemos, por medio de esta nueva especialidad, a saltarlas, superando todas las contradicciones y dificultades, que incluso existen ciertos enfermos del corazón que pueden y deben practicar algunos deportes suaves. Tampoco rindamos un culto excesivo a un determinado deporte ni desorbitemos la importancia del mismo en la vida del hombre. En este orden de ideas, considerando que el fútbol es el deporte con más adeptos, la presencia de un médico especialista en cada equipo, sería un inapreciable factor de éxito, pues se encargaría de controlar la salud de los deportistas, vigilando su género de vida y alimentación y rectificando sus defectos. Los médicos han sido los primeros en darse cuenta de que el futbolista no es una máquina de dar patadas, sino un ser que tiende a la armonía, la que debe favorecerse por todos los medios. Si en estos meses veraniegos de descanso y de entrenamiento permaneciese vigilante y aleccionador un médico al lado de cada equipo de Primera y Segunda línea, sin duda alguna disminu-

rían los fallos durante las competiciones del año que se inicia en septiembre.

EL DEPORTE DE LA BELLEZA

En esto de buscar la suprema perfección hay médicos tan virtuosos que para el ejercicio de cada deporte obligan a los aspirantes a poseer determinada cualidad biológica. Así exigen que los corredores de medio fondo sean sujetos altos y de reacción psíquica rápida, y que los corredores de fondo sean flacos, bajos y ligeros. En esta ordenación de figuras atléticas exigen que los nadadores posean un tipo armónico y aun perfecto, puesto que en ellos todos los músculos del cuerpo entran en actividad. Si esto fuese así, y puestos a eliminar a unas por gordas, a otras por flacas, aquellos por zanjilargos y a estos por patituertos, dejaríamos a las playas y a las piscinas semidesérticas. Pero si procediéramos a la inversa, admitiendo en los maldos del agua dulce y del agua salada, a todas aquellas personas que, sin contraindicaciones médicas, desearan convertirse en unos magníficos nadadores, es probable que en el transcurso de unos años, siempre que la natación se practicase como mandan los entrenadores acuáticos, los chicleos renacuajos acabarían convirtiéndose en unos apolíneos y tarzanescos Johnny Weismuller y las chavalas enleques en unas espléndidas Esther Williams. No es mi intención hacer literatura ni citar los nombres al azar. Es un hecho comprobado que Weismuller era de pequeño un muchacho enfermizo, casi desahuciado por los médicos. La natación salvó su salud y le convirtió en uno de los actores más cotizados de Hollywood.

Libreme Dios de inventar el "slogan" de "Por la natación al estrellato". Unicamente intento demostrar la benéfica influencia del deporte metódico en el mejoramiento de la salud. Y justamente, entre todos los deportes, no hay otro más completo que la natación. Como cultura física es un ejercicio excelente, sano y muy recomendable. En esto de las recomendaciones hay quien llega incluso a reclamar un curso de natación a los alumnos de la enseñanza primaria, aducen que en los veranos habría menos ahogados y se verían mejores tipos en traje de baño. Se ha comprobado que los niños y los jóvenes nadadores, mejoran su morfología, sin sufrir deformaciones de ninguna clase, enderezando además la natación la columna vertebral, ya que obliga al trabajo a los músculos del espinazo.

El estudio del régimen alimenticio del nadador debe tener en cuenta algunos importantes factores peculiares de este deporte, como es el medio en que se desenvuelve y en el que no vive el hombre habitualmente. Este ambiente es el agua, sea dulce o salina. Si se considera la gran pérdida de calor que sufre el organismo al ponerse en contacto con un líquido que, en el mejor de los casos, se halla a una tem-

peratura 15 grados más bajo que la del cuerpo.

Para luchar contra la pérdida de calor ocasionada por las inferiores temperaturas del agua, y al mismo tiempo, para mantenerse mejor a flote, entre los nadadores se produce un fenómeno que pudiera considerarse paradójico. En todos los deportes se considera a la grasa corporal como un molesto enemigo que hay que eliminar. En cambio, para los nadadores constituye una coraza protectora y flotatoria. Que un nadador tenga una cierta capa de pániculo adiposo pueda serle útil, porque le facilita el mantenimiento del calor orgánico interno, disminuyendo su dispersión mientras se nada. Esta grasa, proporcionalmente distribuida por todo el organismo a consecuencia de los ejercicios natatorios, es la que proporciona a estos deportistas esas formas y líneas suaves. En este sentido, la natación se convierte en uno de los deportes embellecedores, no sólo beneficiosos para el desarrollo corporal, sino también para el mantenimiento, sobre todo en las mujeres de las formas bellas.

LA RACION DEL DEPORTISTA ACUATICO

Con estos fenómenos ya puede uno explicarse esas desaforadas hambres que acometen a los veraneantes de las playas. Es un hambre fisiológico, por la que instintivamente el organismo busca el perdido equilibrio calórico. Como este recortaje no va dirigido a los deportistas profesionales, sino a los que ocasionalmente practican la natación durante el verano, al hablar del régimen dietético sólo me referiré a la sobrealimentación. Para aprovechar mejor el tiempo debe hacerse el desayuno a las ocho de la mañana, añadiendo al alimento habitual un huevo y aumentando la cantidad de manteca. El entrenamiento natatorio puede iniciarse a las diez y media, durante cerca de una hora y media, que se distribuirá intercalando varios ejercicios y descansos. La comida se efectuará a las doce y media. Los platos habituales se enriquecerán con mantequilla y aceite, especialmente en las verduras. Es conveniente tomar fruta cocida con azúcar, o sea, compota. Después del reposo para hacer la digestión, el entrenamiento puede reanudarse a las cuatro y media.

No se debe olvidar que es dañosa la inmersión inmediata a la comida, aunque el excesivo reposo no favorece una buena natación. Se considera como más propicio un descanso de tres a cuatro horas, a cuyo término la digestión gástrica ya ha terminado, y el sistema circulatorio se encuentra en mejores condiciones de temperatura que origina la inmersión.

LOS PELIGROS DEL BUCEO

En los últimos diez años, el buceo se ha hecho un deporte popular. En todas las partes del mundo se practica como diversión, ya sea para pescar o con



El ciclismo debe ser compensado también con la práctica de otros deportes

finés de exploración submarina.

En las costas españolas, especialmente en las mediterráneas, se ven durante los veranos cada vez más buceadores. Aproximadamente un tercio de estos buceadores va provisto de los llamados "aqualug" o depósito de aire para respirar dentro del agua. Como el buceo no está exento de peligros y enfermedades, es necesario familiarizarse con sus problemas.

Al nivel del mar el aire ejerce sobre el cuerpo una presión de una atmósfera, incrementándose esta presión en una atmósfera más por cada 10 metros por debajo del nivel del mar. De esta forma, al aumentar la presión debajo del agua, el volumen del aire que tienen los buceadores se va reduciendo. Por tanto, a 90 metros bajo el agua la presión habrá aumentado a 10 atmósferas, y el volumen del aire se habrá reducido a la décima parte de su valor inicial. Esta reducción impide el aprovechamiento del aire que llevan los buceadores para respirar. La falta de oxígeno debilita las facultades del buceador, que puede perder la conciencia antes de que se dé cuenta de lo que le sucede. Al nivel del mar el nitrógeno sólo sirve para diluir el oxígeno. Pero debajo del agua ya es otra cosa. A unos 30 metros de profundidad produce una borrachera similar a la intoxicación alcohó-

lica, y a 90 metros ejerce una acción narcotizante que impide todo trabajo.

Para practicar el buceo es indispensable, por lo tanto, gozar de buena salud. La obesidad constituye un peligro, así como el agotamiento y cualquier enfermedad crónica. La nerviosidad y el pánico producen un aumento de metabolismo, e impiden la claridad de juicio en ocasiones en que es tan necesaria para prevenir accidentes. Los buceadores no deben fumar ni beber, ni sufrir resfriados de las vías respiratorias altas. Las enfermedades de los buceadores pueden sobrevenir al disolverse alguna cantidad de nitrógeno en los tejidos, y producirse una descompresión rápida. Se forman entonces burbujas, que obstruyen los vasos sanguíneos. Los síntomas moderados de este accidente son puritos y dolores articulares o musculares que se presentan después de producido la descompresión brusca. A veces estos síntomas se presentan antes de que el buceador haya llegado a la superficie. En los casos graves, los síntomas son mareos, vómitos, trastornos visuales y parálisis. En estos casos graves puede producirse pérdida de conocimiento e incluso la muerte. El tratamiento consiste en la aplicación de medidas inmediatas para combatir el colapso, la administración de sedantes e introducir al paciente en una cá-

mara de recompresión tan pronto como esto sea posible.

Las enfermedades de los buceadores rara vez se presentan cuando las profundidades alcanzadas son menores de los 12 metros. El peligro de hacer diversas inmersiones en el mismo día, estriba en el hecho de que después de una inmersión pueden quedar disueltas en el organismo cantidades pequeñas de gas que no produzcan síntomas, pero que se van sumando al hacer nuevas inmersiones, dando tiempo a que se formen las burbujas.

Las embollas gaseosas son otro de los peligros que corren los buceadores. Surgen cuando se asciende a la superficie, llevando un aparato de respiración submarina y que retiene el aire pulmonar en lugar de expulsarlo. El tratamiento de estas embollas consiste en el reposo absoluto con la cabeza hacia abajo, tratamiento contra el colapso y recompresión tan pronto como sea posible.

Por último, las cámaras de oxígeno utilizadas en las inmersiones submarinas son peligrosas, pues pueden provocar un envenenamiento por este gas, que se reconoce porque produce náuseas, mareo, trastornos emocionales, calambres musculares y convulsiones.

EL DEPORTE DEL ACU-CHILLADOR LOCO

Cuando empezaron a rodar por España las primeras bicicletas, el baturro inventó aquel chascarrillo del afilador que se había vuelto loco y transformó su rueda de afilar navajas en una "draisiana", aquella romántica bicicleta integrada por una rueda mayúscula y otra minúscula que actuaba de satélite y mantenía el equilibrio. Desde entonces, los velocípedos se han ido transformando, a la vez que ganando adeptos. Se calcula que en España las "bicis" tienen más de

medio millón de admiradores, que han convertido estas dos ruedas, no sólo en un medio de locomoción, sino también en un deporte que atrae a grandes multitudes, que tan pronto adoran a Bahamontes como le desdeñan.

El deporte de la bicicleta, el ciclismo, se ha definido y clasificado de muy diversas maneras. Con un tóxico pedante, se puede definir como un deporte mecánico, incompleto, pedestre y rítmico. Es mecánico, porque requiere una máquina: la bicicleta. Es pedestre, porque el pie actúa como principal transmisor del movimiento. Es rítmico en lo funcional, y es incompleto en lo anatómico, porque el ciclista adopta posiciones favorables en un sentido y desfavorable en otro, ejecutando movimientos con ciertas partes del cuerpo casi exclusivamente.

Estas especiales características obligan al ciclista a adoptar una postura poco armónica durante las carreras y competiciones. Es de sobra conocida su silueta, con el cuerpo bajo, pegado al manillar, para dar mayor punto de apoyo a las piernas. Así corre hecho un ovillo, con la columna vertebral combada y el pecho totalmente hundido. En esas condiciones, tales deportistas tienen una situación desfavorable, no sólo para estimular el desarrollo armónico, sino para mantener el correcto funcionamiento del corazón y los pulmones, que en los esfuerzos sostenidos durante las carreras, sufren demasiado, por lo que son víctimas no sólo de la fatiga, sino de la resistencia de aire que origina una respiración dificultosa.

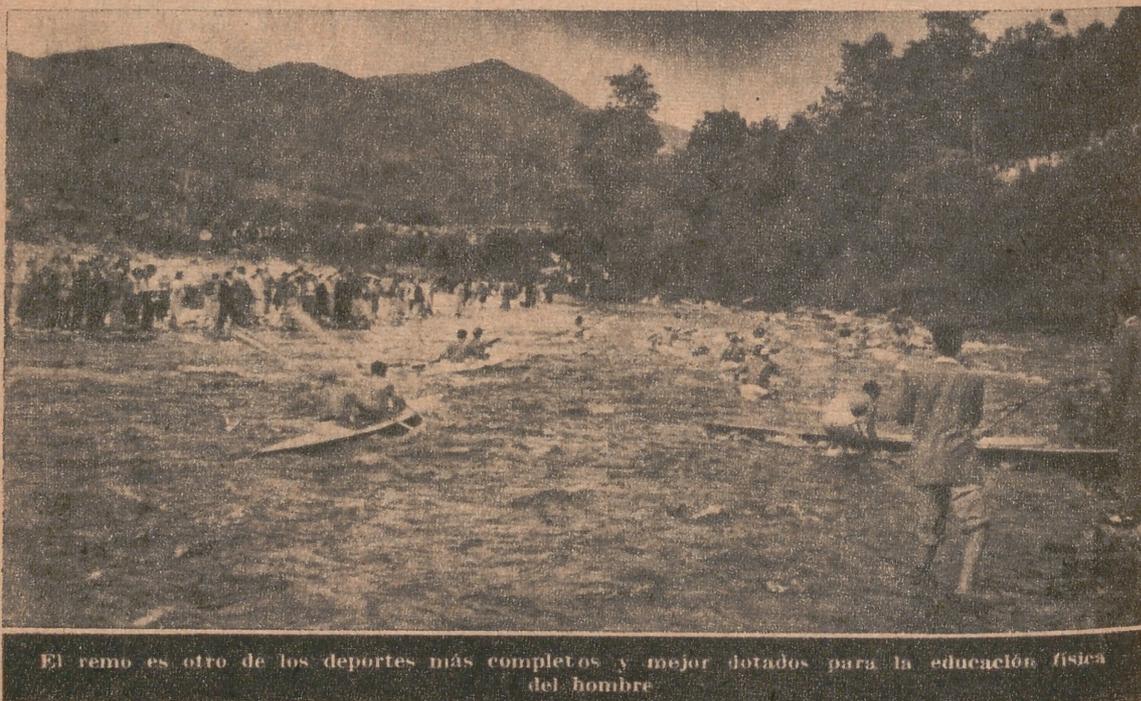
Los peligros a que están expuestos los ciclistas son muy diversos. Unos son generales y propios de todos los deportes, y otros son exclusivamente, aunque todos ellos están estrechamente ligados a las especiales características dinámicas y estáticas de este deporte. El afán de continua

superación en las competiciones, especialmente en las largas carreras llamadas de fondo, aceleran el ritmo pulmonar y cardíaco, creando condiciones desfavorables para esos órganos, que pueden culminar en una enfermedad de corazón o en una tuberculosis pulmonar. El esfuerzo obtenido en las grandes carreras puede también conducir al agotamiento físico y al psíquico, que en la actualidad, en vez de ser tratados convenientemente, se suele recurrir a su enmascaramiento mediante las drogas.

Por su calidad de deporte incompleto, localizado funcional y anatómico casi exclusivamente en los miembros inferiores, el uso y abuso del ciclismo ocasionará a la larga una mayor destreza de dicha parte, pero también un máximo desarrollo de la misma, que puede ser origen de malformaciones, tanto de miembros inferiores como de la columna vertebral, pudiendo producirse gibosidades.

Pero no sólo hay enfermedades. También surgen accidentes. Se use la "bici" por un motivo u otro, el resultado es que de cada cien ciclistas, siete son víctimas de algún accidente de tráfico al cabo del año. Afortunadamente, las lesiones no tienen mayor importancia, pues en un 90 por 100 de los casos son de pronóstico leve. Tan sólo por cada mil accidentes se producen dos muertes, en las que la causa de defunción se debe, en general, a fracturas de la base del cráneo.

Las lesiones más graves que sufren los ciclistas son las que se originan del choque de la bicicleta con otro vehículo. De cada cien de estos accidentes, la mitad surgen a consecuencia de algún encontronazo con un automóvil, y la cuarta parte se deben al choque con un camión. La costumbre de agarrarse los ciclistas al primer vehículo que encuentran sus locas velocidades cuesta abajo, son responsables



El remo es otro de los deportes más completos y mejor dotados para la educación física del hombre

del mayor número de este tipo de accidentes.

Pero no se crea que el ciclista es siempre la víctima. A veces no es él el atropellado, sino el atropellador. Una tercera parte de todos accidentes por bicicleta corresponden a atropellos por este vehículo. El doctor Luis del Campo, de Zaragoza, que ha estudiado detenidamente esta clase de accidentes, afirma que no existe plano anatómico que pueda quedar indemne en el choque de una bicicleta. Si el encuentro ha sido intenso, con caída o atropello a cierta velocidad, los vestidos y heridas aparecen manchados de polvo, barro o détritus del lugar el accidente. Con frecuencia se observan heridas incisas producidas por esquivar o trozos de los pedales, radios y otras partes de la bicicleta. En los casos leves, las lesiones son superficiales, sin localización precisa, extensas, irregulares, múltiples, con incrustaciones en la piel del herido, de piedras, barro y otras partículas de la carretera. Por lo general no se aprecian señales de neumáticos ni en la ropa ni en la piel.

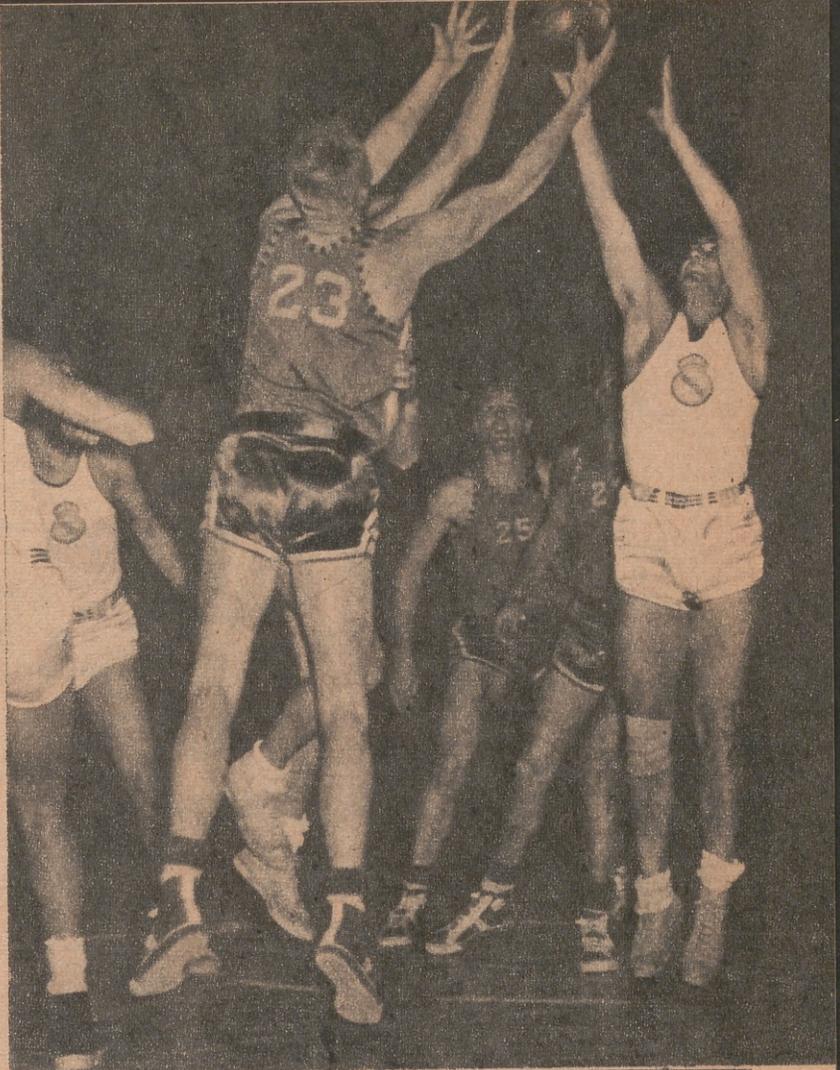
Pero no se crea que pretende recargar las tintas para hacer impopular el deporte de la bicicleta. Todo lo contrario. Denuncio los peligros para que destaque la necesidad de una buena orientación deportiva previa, del entrenamiento constante, de la cultura física complementaria y, sobre todo, de la conveniencia de practicar un deporte antagónico.

ANDAR Y CORRER

Aunque la marcha es el medio natural de locomoción en el hombre, hay quien la ha convertido, por añadidura, en un deporte. Practicándolo es como mejor se ve lo adelantado de cada uno en la carrera de la civilización, pues hay personas por ahí que por sus andares cualquiera diría que acababan de bajarse de un cocotero.

El tipo de individuo más apto para la marcha es el de talla mediana, que oscila entre los 1,65 de altura y pese entre 60 y 70 kilos. Como ya no se trata de nadar, sino de correr, tendrá las menos grasas posibles y los músculos de sus miembros inferiores estarán más desarrollados que los superiores. De manera que quien no tenga ese tipo ya puede ir solicitando un "Fiat 600". Pero si reúne todas las condiciones necesarias para la marcha, empezará ésta antes de irse de veraneo, adiestrándose en los campos que rodean a su pueblo o ciudad. La mejor marcha es la de flexión, que es la que usan los montañeses, y que reúne en sí las características de una marcha de velocidad con otra de resistencia. Créo que la descripción sobra. Cualquiera veraneante puede observarla en el indigena de Gredos, de Somosierra, de los Pirineos o de la Penibética.

Eva Tay nos recuerda que casi todos los atletas practican, conjuntamente con su especialidad, otro deporte, hábito bastante acertado, porque el atleta que no lo hace, no puede considerarse como un deportista completo. Igual le sucede al veraneante, que lo mismo se baña en un río



El baloncesto precisa de elasticidad y rápidos reflejos en los jugadores

o en el mar, como trepa al picacho más alto que divisan sus ojos. Practicar año tras año, verano tras verano, exclusivamente un deporte, cansa y aburre.

Hay todavía, además, un factor mucho más interesante, que se opone a una unilateralidad deportiva. Este factor es la ley del cambio en las fuerzas del rendimiento funcional. Las fuerzas del rendimiento orgánico no se encuentran siempre a la misma altura durante el año. Como en todos los fenómenos de la naturaleza, existe un ritmo eterno que exige que después de un momento culminante, suceda una relajación o un descenso pasajero. Esta es una protección natural que evita el exceso. En este período de descenso, el deportista, el veraneante, no debe forzarse. Es absolutamente natural que después de una extraordinaria etapa de trabajo, después de una temporada de competencias, el organismo disponga de tiempo suficiente para recuperarse. Es en estos períodos cuando deben dedicarse a los deportes de compensación.

Es indispensable para cada atleta saber el deporte de compensación que le conviene más. En este punto el atleta no debe guiarse esencialmente por aficiones, sino, sobre todo, por reflexiones. Desde luego, no es recomendable elegir un deporte

demasiado fatigoso que pudiera dañar su especialidad. El sentido común servirá de guía fácil aquí. Es lógico, por ejemplo, que el atleta cuya especialidad sea el disco, bala o jabalina, no deberá elegir como deporte de compensación la gimnasia de barras o paralelas, porque éste endurecerá el tórax y los hombros. Tampoco debe levantar pesos, porque entorpecerá la musculatura y favorecerá la insensibilidad y los defectos de la coordinación. El "sprinter" nunca deberá hacer fútbol, porque las articulaciones de las piernas se le pondrán rígidas y toscas. El boxeo sería mucho más recomendable. La natación sirve muy bien en todos los casos.

Al contrario, el atleta pesado haría bien en elegir un ramo que fortificara el corazón y los pulmones descuidados en su trabajo. Aquí la carrera sirve en forma admirable, porque desarrolla especialmente estos órganos. También la bicicleta reportará muchos beneficios al atleta pesado.

El atleta nunca debe practicar el deporte de compensación con el fin de competir en éste. Al exagerar la práctica del deporte de compensación, le costaría mucha fuerza y no permitiría el descanso del organismo.

Doctor Octavio APARICIO



EL PRODIGIO

NOVELA

Por Alejandro NUÑEZ ALONSO

DE vuelta del cementerio, el único que le acompañó hasta el portal de la casa fué Pepe. Cuando le extendió la mano no supo si debía darle las gracias. Y antes de resolverse se limitó a escuchar: «Bueno. Ahora, acuéstate...» Le oprimió el brazo. «En fin...» Pepe hizo un gesto extraño, una mueca al estrangular con una expresión de aflicción la sonrisa que se le escapaba. Era la sana sonrisa de la solidaridad, pero quizá impropiciente en ese momento. Fué él, Carlos Díaz, quien sonrió. Porque la sonrisa, ciertas sonrisas, van bien con el duelo. Como las flores en las coronas.

Pepe no se decidía a irse. Pensaba que le faltaba la palabra, la frase con que justificar su marcha, su huida. En esas circunstancias, toda despedida

tiene algo de fuga. Y Pepe no quería dejar esa impresión cobarde en Carlos Díaz. La palabra no era resignación. Las mujeres podían decir resignación sin quebranto de la sinceridad. Al fin, volviendo a oprimirle el brazo, Pepe dijo: «Estamos en la vida y tú eres hombre, Carlos.» Súbitamente dió la vuelta y se fué. A unos cuantos pasos respiró aliviado. Pensó que, como siempre, como todos los días, los amigos lo esperaban en el bar. «Quita d'ahí. Hoy tuve entierro...»

Carlos Díaz no se hubiera mostrado de distinto modo a su amigo Pepe. Al hombre le falta experiencia para morir y también para verse morir en los suyos, pues Carlos Díaz, que acababa de dar sepultura a su mujer, se sentía un poco muerto en ella.

La portera le sonrió. Con una infinita condolencia. Carlos llevaba viviendo doce años en la casa, y viviría doce más, y la portera nunca había tenido ni volvería a tener para él aquella sonrisa, ni una centésima parte de su comprensión.

«No funciona.» Desde hacía tres días. Los tres días del sudor y las lágrimas. Subió con una clara sensación zoológica de las articulaciones, los cuatro pisos. Se buscó en los bolsillos la llave. Abrió y se recostó en la puerta, sin fuerzas, sin ánimo para dar un paso más. No, no era la casa vacía lo que le atemorizaba, sino la casa llena. Porque el piso había quedado lleno de voces y pasos extraños, de movimientos intrusos, de imágenes desordenadas. Pocos muebles estaban en su lugar. Todo, puertas, cajones, sillas, vasos, platos... se quedaron en el abandono de las últimas manos, las ajenas manos abandono de las últimas manos, las ajenas manos que habían acudido a la casa con premuras de auxilio, con prisas de alivio durante los últimos tres días. Y él tendría que entrar en esa atmósfera densa a poner cada cosa en su sitio, a desenrascar el ambiente, a vaciarlo de las huellas de la condolencia de los demás. Para que la casa se quedara vacía. Auténticamente vacía. Sin Ella. Entonces podría hacer la incorporación de Ella al vacío, creando su propio y natural vacío... que no era éste preñado, grávido desorden de los demás. Hasta el olor de la casa era distinto. No olía a Ella. Ni olía a su muerte. La vida de los demás, su sudor y su aliento habían dejado una fetidez que no era precisamente la de la muerte...

Pero Carlos Díaz respiró. No olía a muerte, no; ni al olor de la vida intrusa de los otros. Olía a primavera. Nunca hasta entonces supo si la primavera tenía su olor especial, su aroma juvenil, florido. Pero en ese momento tuvo la revelación de haber descubierto que la primavera olía, y que éste, el que estaba olfateando, era su olor. Un aroma que tenía el alboroto de una brisa, la suavidad de un pétalo, la tibieza de un rayo solar y la música de esa nota perdida, suelta, que no tiene sinfonía ni canción. Eso era la primavera. Y con ese «arom.» se sintió con ánimos para despegarse de la puerta y avanzar por el pasillo.

Las cosas parecían haber vuelto a su orden, al orden de Ella, al orden vital que los dos les habían impuesto en su cotidianidad: las puertas cerradas, las sillas en su sitio, la cocina en su lugar. De todas las piezas de la casa, la cocina había sufrido mayor alteración. En los tres últimos días fué farmacia, bar, escritorio, cafetería, tertulia... todo menos cocina. Por ella pasó el médico, el practicante, el agente de la funeraria las vecinas, los parientes. Se calentaron paños, se desinfectaron

agujas hipodérmicas, se extendió la esquila mortuoria, se hizo café para las visitas, se despachó co. se charló con palabras desvaídas y cansadas de madrugada llena de ueño, de suspiros, de tópicas lamentaciones...

Mas la cocina estaba ahora como si Ella viviera. Como a las siete de la tarde. La hora perfecta. Cuando él regresaba de la oficina y la encontraba leyendo cualquier revista, o zurciendo o cosiendo... «¿Qué tal, chata?» Ella, si acaso, sonreía, y él, después de estar sentado todo el día, se dejaba desplomar en el sillón. En el auténtico descanso. Pues el otro, el de la oficina, por ser descanso asalariado, fatigaba con la obligación. Y sentados frente a frente pasaban unos minutos, a veces muchos, mi-



rándose sin codicia, sin otras apetencias que las que suscitaba el aburrimiento, blanco y sabroso aburrimiento diario que, no por repetido, como el pan, deja de masticarse con igual unción. Y el aburrimiento —que era el gran creador de los pequeños festivos—, al fin, los hacía levantarse para dar una vuelta por el bulevar, para ir al cine de barrio, para entrar en la tasca de la esquina y tomarse unos chatos... ¡Qué aburrimiento tan generoso, tan noble! Es la levadura que prodiga, multiplicándolas, las alegrías de los lunes, de los martes, de los miércoles...

Carlos Díaz tuvo el presentimiento de que alguien estaba en la casa. No podía ser de otra forma. No olía a cadaverina, sino a primavera. Olía igual que antes de acostumbrarse; como cuando eran novios. Pero ese perfume no lo había descubierto Carlos hasta ahora...

Pasó al comedor con curiosidad. Nadie. Abrió la puerta del baño. Todo en su orden. Hasta las toallas que los últimos tres días tenían huellas, manchas disparatadas. Volvió sobre sus pasos. La puerta del dormitorio estaba cerrada. No se atrevió a abrirla. Pero la mano, como si respondiera a otra voluntad, cogió el pasador y lo hizo girar. Encendió la luz. Fue la misma impresión que tuvo hacía cinco años, cuando Ella se fué a veranear con su hermana, que vivía en Gijón. Al año siguiente que se les murió Lina. De haber vivido, Lina tendría ahora... Tendría entre los nueve y trece años. No podía concretar. Era demasiado esfuerzo, y la cabeza, el pensamiento, fatigados durante tantos días, se habían dormido.

En la sala estaba una muchacha. Estaba colocando un visillo. Carlos Díaz recordó que ese visillo se había caído días antes de que Ella... Sí. Y la muchacha lo estaba colocando. Tenía la ventana abierta y entraba esa fragancia de primavera que no tenía aroma, sino algo de brisa, de pétalo, de luz y de música. Mientras alzaba los brazos para maniobrar en la varilla de arriba, se le subía el vestido y enseñaba las corvas. La muchacha debió notar su presencia, pues súbitamente se volvió a decirle: «Buenas tardes».

Correspondió con un movimiento de cabeza:

—Sigue, sigue.

Y volvió la espalda. Dió unos pasos y regreso a la puerta para asomarse y decirle a la muchacha:

—Por favor, no cierres la ventana.

Tuvo la aprensión de que si la chica cerraba la ventana, la casa se quedaría sin su aroma de primavera.

Se fué a la alcoba. Se tumbó en la cama. Ahora sí era tiempo de llorar. Pero el llanto estaba endurecido. Se había enquistado. Se quedó dormido como un tronco.

II

A medio camino se dió cuenta de que ir a trabajar no era procedente. Se lo criticarían. Lo tomarían a mal. Además, el jefe, en el momento de darle el pésame, le había dicho: «Resignación, amigo Díaz, y tómesese los días que estime necesarios.» Era cosa de estimación, de valoración. Si al menos le hubiese dicho «que sien'a necesarios»... No, no

podía ir a la oficina. Sin embargo, tomó el autobús el mismo de todos los días.

Había dormido catorce horas seguidas. El despertador, todavía en el orden de los demás, no sonó. No fue al despertarse, sino cuando entró en el cuarto de baño, que recordó conscientemente que estaba viudo, que ése era su primer día de viudez. Porque en el dormitorio y hasta en el mismo sueño, sólo sintió constante, como una presión e, i, dérmica, la sensación de que Ella estaba muerta. Pero cuando se vió en el espejo recordó que Ella no estaba muerta, sino que había muerto. Se afeitó y luego se metió en la ducha. Se acicaló, se vistió como todos los días. Sabía, porque la había oído, que allí estaba la otra, la chica. Sí. Y la taza de café humeaba.

—¿Cómo te llamas?

—Paz... Pacita.

Estuvo por preguntarle si había dormido en la casa, pero un escrúpulo escasamente determinado le cohibió. Temió decir una simpleza; que Paz-Pacita le dijera: «¿Dónde quiere usted que durmiera?»

No estaba muy seguro, pero ahora, en el autobús, creía recordar que Ella le había dicho los primeros días de caer en cama: «Vendrá una chica para lo de la casa.» Y Paz-Pacita seguramente era la chica.

Se bajó del autobús en la parada de siempre, como si fuera a la oficina. Recapacitó sobre ello y llegó a la conclusión de que era lo más conveniente. No se atrevió a arriesgarse a ir más allá de la parada consabida. Por lo menos, en el autobús. A pie podía recorrer todo Madrid sin extraviarse y sin contrariarse. Pero el autobús solía dejar a la gente en paradas tan raras, tan poco apetecibles... Desandar una o dos paradas le resultaba más pesado y molesto que hacer a pie todo el recorrido.

Tomó la resolución de ir en sentido contrario al de la oficina, pues no quería que alguien lo viese merodeando el lugar en que se asentaba la obligación hecha costumbre. Y se puso a andar por una calle del barrio de Argüelles hacia Rosales.

La mañana era tibia y luminosa. La única gravedad que sentía, era la del llanto enquistado. No sabía dónde se le había quedado, pero pesaba como plomo. Seguramente estaba en uno de esos órganos cuya situación escapaba a su conocimiento somático. Fuera de esta vaga sensación de molestia, en lo demás se sentía ligero, ágil, juvenil y con una cierta y pueril petulancia de estreno. Pero su traje era el de entretiem po, que ya tenía un año. Y su corbata... Sí, estrenaba su viudez. Era su primer día de viudo. Y el dolor no resultaba tan fúnebre como decían. Alguna vez Ella le había dicho bromeando: «No esperes, Carlos, que yo guarde mucho luto cuando te mueras»... Quizá tenía razón. Pero él sí se pondría luto. No el brazalete y la corbata que ahora llevaba, sino el traje de riguroso luto. La tintorería había quedado en entregárselo el viernes. Para entonces quizá ya el llanto se le hubiese soltado. Porque él quería, deseaba llorarla; porque mientras no la llorase tenía la aprensión de que Ella no estaba definitivamente muerta. Y no es que

le agradara, ni mucho menos, su muerte, pero creía necesario dejar las cosas lo antes posible en orden.

Pensaba en el futuro. Cuando la mente se le iba hacia atrás, arrastrada por el recuerdo, se sacudía la cabeza y miraba al futuro. No se encontraba todavía con ánimos para enfrentarse a esa escueta, brutal realidad de que Ella había muerto. Era como entrar en un dédalo en que no le esperaban más que gritos de susto en cada recodo del laberinto. No. Todavía no quería enterarse de que había muerto. Era mejor así. Con la conciencia embotada, disfrutando de esa ligereza juvenil que sentía en sus miembros. Mirar al futuro. Y en el futuro estaba el verde profundo del Parque del Oeste. Ya tendría tiempo para recordarla. El sol doraba con un amarillo agrío el verde profundo del parque.

El césped, las flores, los árboles, el mismo sol le parecieron con otra consistencia y con otro colorido. Sí, eran los mismos verdes y amarillos, los mismos dorados, los mismos pardos, pero más finos. Más netos. No es que fueran más delicados, no, sino más precisos, más definidos. Y se le antojó que en esta precisión todas las cosas armonizaban más entre sí e integraban con mayor justeza el paisaje. Esto se debía, seguramente, a que sus ojos miraban con esa sabiduría, esa pericia que sólo da la experiencia. Y cuando el dolor hinca en el hombre joven, la experiencia se hace de viejo. Sus ojos, los ojos de su primer día de viudo, estaban aprendiendo a ver. Esta era otra de las cosas que le debería a Ella. Además de los recuerdos. Pero los recuerdos ahora trataban de venirsele amontonados, grosera, atropelladamente. Y no. El los contenía. Los rechazaba. Dejaría sueltos a los recuerdos cuando su espíritu adquiriese esa sabiduría que tenían sus ojos.

Por el paseo vió venir hacia él un anciano vestido de negro. Se notaba que hacía mucho tiempo frecuentaba la viudez. ¡Qué aire tan distinguido! Tal como recogía el brazo, se le antojó que el anciano llevaba prendido de él la sombra de la difunta. Cuando se le acercó, y al observarlo más detenidamente, Carlos Díaz experimentó un escalofrío. No. no llevaba ninguna sombra de esposa; al contrario, era él, el anciano, el que parecía ser arrastrado por la muerte. Llevaba la boca entreabierta y respiraba asmático, a espasmos; los ojos acuosos, grises, con un pálido reflejo de agüilla, pero sin luz propia. Y lo que le pareció distinción no era más que impotencia física para moverse con vigor, con genuino impulso. El anciano aspiraba y absorbía sol, aire, clorofila con terrible codicia. Ese hombre jamás había sido joven. No era posible que lo hubiese sido. Los viejos mueren siempre con algo juvenil en el corazón o en la mente, en los ojos o en los labios. Y ése no llevaba sino una senectud pacientemente elaborada desde la infancia. Y su luto, si no era un luto postizo, usurpado, era un luto fósil.

El parque, a esa hora, estaba francamente hermoso. Justo en la hora. Una hoja más en un árbol sería excesiva. Carlos Díaz pensó que, a pesar de vivir tan cerca del parque, Ella y él nunca habían



venido a pasearse. De novios, sí. Con frecuencia. Pero, después de casados... ¿Por qué? Dicen que hasta los criminales vuelven al lugar del crimen... ¿Por qué de casados...? Por lo menos, ni Ella ni él volvieron al Parque del Oeste.

De súbito, sintió prisa. Eran las doce y media, y pensó que Paz-Pacita ya tuviera dispuesta la comida, la mesa... ¿Acaso sabía cocinar? Era impropio llegar tarde el primer día de viudez... ¿Era correcto comer? El sentía apetito. ¿Y si la chica no sabía cocinar? La difunta le había dicho, creía haberse oído: «Vendrá una chica para lo de la casa.» ¿Y si era la hija de una vecina? Porque siempre las mujeres, a la hora de morir, son iguales: hacen recomendaciones, comprometen a promesas, obligan a juramentos... Las mujeres que van a morir y las comadres llegan a unos misteriosos pactos...: «Muy poco almidón a los cuellos. No los soporta duros...» Sin embargo, hacía mucho tiempo que a los cuellos no se les ponía almidón.

Tan preocupado estaba por llegar a casa que tuvo la idea de tomar un taxi. Nunca tomaba taxi, excepto en las horas de asueto o en los días festivos. Pero tomarlo para ir al trabajo o regresar de él se le antojaba malgastar el dinero. Como si su condición de hombre a sueldo no mereciera el despilfarro de ese gasto. ¿Por qué iba a tomar ahora un taxi, cuando a pie podía llegar a la casa a buena hora? Lo mejor sería subir a Princesa y allí esperar el autobús. Y así lo hizo. Mas en la parada había varias personas y se impacientó. Tomó un taxi.

Nueve cincuenta. «No funciona». Pero al llegar a la casa olía a primavera. Paz-Pacita. En el comedor, la mesa estaba servida. Con un detalle no frecuente: en un búcaro, tres claveles.

—He llegado muy temprano, ¿verdad?

—Es la una en punto.

Sonó el despertador. Había vuelto al orden de la casa. Puso una cara tan extraña que la chica le aclaró:

—Lo puse para que no se me pasara sacar el pastel del horno...

Sólo en los onomásticos pudo haber oído unas palabras semejantes. En esas ocasiones ella creía un deber elaborar con sus propias manos el pastel. No quería decir que sólo esos días se comiera pastel en la casa, no. Cuando no era el santo, ella prefería comprarlo. Y él, Carlos, también.

III

Pasados los doce meses, un día la chica le dijo:

—Dese prisa, que hoy es la misa de aniversario. Y después tendrá que ir al cementerio...

—Atiza... murmuró Carlos Díaz.

Se había olvidado. Desde que se murió Ella se había olvidado de que era viudo. Claro, la misa... ¿Pero...?

—No se preocupe, que yo arreglé la misa. Y las flores para la sepultura.

Era de agradecer, pero no extraño. Los servicios, la atención a los mil detalles, eran tan corrientes, tan naturales y rutinarios que ya nada le causaba sorpresa.

Ese día fué a la misa de aniversario de su mujer. Y en la tarde, al cementerio. Sólo cuando regresó a la casa pensó que algo extraño, muy extraño, estaba pasando en su vida; que su persona había entrado en un mundo misterioso...

«No funciona». Esto, claro está, no era una coincidencia. Lo raro fué que Carlos Díaz al subir las escaleras sintiera la misma sensación zoológica en las piernas que el día del entierro. Como si sus pies reptaran por los peldaños. Y al abrir la puerta, la misma fatiga, la misma pesadez en los miembros, el mismo embotamiento en la cabeza. Sin duda, el llanto no llorado, las lágrimas no vertidas se le habían enquistado. Se recostó en la puerta. Y sintió que todo se vivificaba súbitamente con la sensación de primavera. Corrió a la sala. La chica estaba a la ventana en la misma posición, pero ahora no colgaba el visillo. Limpiaba el vidrio. También el vestido se le subía y dejaba al descubierto las

corvas.

¿Quién era? No supo decirse lo claramente. Intentó encerrarse a su cuarto, para preguntar: «¿Quién es? ¿Quién es?». Y se le caía la carne de gallina. El primer mes se olvidaba. Estaba ya avanzado el segundo mes. «Le daré los dos juntos». Pero también. Al tercer mes se encogió de hombros. Iba con malicia: «Paz-Pacita me sisea lo



para no preocuparse de su sueldo. Pero a los cinco meses tuvo que desechar la sospecha. Paz-Pacita sugirió: «Debe comprarse un abrigo. ¿No tengo dinero suficiente. Aguantaré otro invierno más con el que tengo». Paz-Pacita le dijo: «Tengo setecientas pesetas que he ahorrado».

Se compró el abrigo.

Pero ¿dónde dormía Paz-Pacita? ¿Cuándo se acostaba? ¿Cuándo se levantaba? ¿Tenía familia? ¿Quiénes eran sus parientes? ¿Y sus amigas?

Era indudable que Paz-Pacita dormía en la casa. Y sólo había una habitación para ello: la de Lina. Desde hacía años no había querido entrar en ese dormitorio. Pero ahora tenía que hacerlo. Tenía que encontrar huellas materiales de que esa chica vivía en la casa, comía y se cansaba como cualquier otro ser humano. Esa chica tenía que dormir.

Fué al cuarto. Intentó abrir. Estaba cerrado con llave.

—¡Paaaz!—gritó.

La chica acudió a la llamada.

—¿Dónde está la llave?

—Aquí—dijo entregándosela.

Carlos Díaz abrió. Encendió la luz. El dormitorio de Lina estaba igual que hacía años. Pero limpio. Los mismos cuadros, el mismo Niño Jesús, la misma muñeca colgada de la pared... Abrió el armario: las ropas, los sombreros, los zapatos de Lina.

—Lo conservo todo igual... No quise mover nada de su sitio...

—¿Y tú dónde duermes?
—Aquí. No hay otro sitio...

—¿Y dónde guardas tu ropa?

—Aquí—dijo Paz Pacita echándose al suelo y extendiendo el brazo bajo la cama... Y mirándolo con una sonrisa que era al mismo tiempo un reto, le preguntó—: ¿Quiere verla?

—No, no quiero verla, Paz. Me basta con tu palabra.

Se puso en pie en seguida. Quizá porque también ella, la muchacha, no quería romper el encanto en que se encontraba. O muy orgullosa de que fiaran de su palabra.

—¿Puedo quedarme con la llave?—le dijo ella extendiendo la mano.

—Sí, quédate con ella.

El resto de la tarde lo pasó desasosegado. Bajó al bar. Se encontró con unos vecinos. Aludió a Paz-Pacita esperando que alguno de ellos dijera algo alusivo a la chica... Después sacó el tema del servicio doméstico. Nadie se dió por enterado. Y, sin embargo, Paz-Pacita existía. No sólo arreglaba un visillo o limpiaba un vidrio. Iba al mercado todos los días y hacía la comida. Despachaba las faenas de la casa. Cuidaba de su ropa... Paz-Pacita existía... Vivía en un mundo material y hacia cosas materiales. No era un fantasma, no.

Abandonó el bar y volvió a la casa. La portera al verle ir hacia la escalera, le dijo:

—Ya funciona el ascensor, señor Díaz.

Aprovechó para preguntarle:

—¿Ha visto usted a la chica?

—¿A Pacita? No. Ha de estar en la casa.

Respiró. Pacita existía y era un ser perceptible a los sentidos de la portera.

Cuando entró en el comedor, la mesa ya estaba puesta. Se asomó a la cocina. Allí estaba Paz-Pacita. Con su delantal de plástico, pegada a la cocina de gas. La examinó detenidamente. Se preguntó si la bata no era la misma que llevaba desde hacía un año.

Cenó. Después le dijo:

—Me voy al cine, Paz.

—Hoy es el aniversario...

—Es cierto...

Optó por acostarse. Pero no durmió. Se acabó una novela policíaca. A las dos de la mañana se levantó de la cama y descalzo se fué al cuarto de Lina. Trató de abrir, de ver si allí estaba Paz-Pacita. No pudo averiguarlo. La puerta no cedió.

A la mañana siguiente, mientras desayunaba, le planteó:

—Hace un año que estás en esta casa...

—Desde que usted se quedó viudo.

—Exacto. Y no has cobrado un solo céntimo por tus servicios ¿Cuál es la causa?

—Descuento mi sueldo del dinero que me da para el gasto del mes.

—¿Ah, sí?—se extrañó con retintín.

—Sí—dijo la chica imperturbable.

—Y encima ahorras setecientas pesetas en cinco meses para que yo pueda comprarme un abrigo...

—Así es. Y ahora me sobran mil pesetas...

—Eso te ocurre a ti cuando todo el mundo dice que la vida está encareciendo día a día...

—Sí, eso dicen...

—¿Tú no?

—Yo sé arreglármelas...

Y en seguida, con tono y gesto de desafío, preguntó:

—¿Es que le molesta...? Si nó le agrada mi comportamiento...

—¡No, no!—se precipitó a cortar Carlos Díaz—. Estoy muy contento contigo. Lo que sucede... A veces, temo no corresponder contigo como quizá te merezcas... como realmente te lo mereces.

Temió pecar de impertinente. Y otra vez por cobardía cedió.

IV

Dos aniversarios más, oportunamente recordados por Paz-Pacita, sumaron demasiados meses de convivencia para que Carlos Díaz no supiera a qué atenerse respecto a la chica. No sólo comía y digería, sino que aumentaba de estatura. De esto se dió cuenta por las bromas, un tanto indecorosas, que le gastaban los contertulios del bar. Hasía la portera en dos ocasiones muy recientes aludió con marcada intención al desarrollo de la muchacha.

—¿Cuántos años tienes, Paz?

—Dieciséis.

—¿No tienes novio?

Paz-Pacita se puso pálida, intensamente pálida. Su piel se hizo transparente y Carlos Díaz le vio

los músculos, las arterias y los huesos. Creyó que se iba a evaporar!

—No lo tomes así, mujer.

Cuando se subió al autobús cayó en la cuenta que nunca había podido rehacer en la memoria las facciones de la muchacha. Ni era bonita ni fea. Ni simpática ni antipática. No tenía facciones o por lo menos la mínima expresión necesaria para dar al rostro un gesto capaz de ser retenido en la memoria. Siempre que él mentalmente se refería a Paz-Pacita o que la recordaba la veía como la primera vez, pegada a la ventana y componiendo un visillo. Rodeada de la luz del atardecer como de un bisel luminoso.

Desde ese momento Carlos Díaz inició otra estéril, inútil investigación:

—¿Qué te parece mi chica?

—Bonita.

Otros dijeron que fea. Otros se encogieron de hombros. Unos que era chatita, éstos que era narizona, los de más allá que era una belleza. Pluralizó las preguntas y no pudo formarse una idea concreta de cómo era Paz-Pacita para los extraños. Lo único que sacó en limpio fué una cantidad de guiños de ojo, de preguntas capciosas y de frases de doble sentido que le dejaron un profundo malestar.

Tomó la determinación de liquidar el asunto Paz-Pacita fuera como fuese. Aunque le daba horror pensar que iba a quedarse solo. Que tendría que buscar una pensión o una criada que le gruñese y le sisase, y que todos los días le dijera: «Con el dinero que usted me da no se pueden hacer milagros.» Porque la verdad es que Paz-Pacita hacía milagros.

Durante muchos días la observó atentamente. Todas sus facciones eran armónicas, correcta y el conjunto perfecto. Por tanto, debía ser bella. Y no lo era. A todas sus facciones le faltaba algo: espíritu o gracia. La sal o la pimienta. O ambas juntas.

Y resuelto a concluir, se le ocurrió casarse. Precisamente con Charo Méndez, la secretaria del gerente que, entrada en años, se le pegaba siempre que se le ofrecía la ocasión.

Una tarde abordó a Charo a la salida de la oficina.

—¿A dónde vas?

—A casa.

—¿No te gustaría dar un paseo?

—Si me llevas al cine, mejor.

Fueron al cine. Vieron una película muy a propósito, porque, a la salida, Carlos Díaz tuvo oportunidad de referirse a lo inútil que es la vida del viudo. A él se le habían malogrado el matrimonio y la paternidad. Y debía de pensar en casarse pronto, pues todavía era joven. Después, se adquirían mañas...

Charo Méndez lo escuchó atentamente. Pareció comprender su caso. Pero al final, como resumen, comentó:

—Piénsalo mucho antes de casarte. La vida está muy dura... Y con los sueldos que nos dan en esta oficina...

—Con dos sueldos...

—No sumes dos sueldos, sino dos necesidades.

Carlos se quedó helado. ¿De dónde había sacado que Charo Méndez andaba muerta por casarse? Sin embargo, cuando la dejó en el portal de la casa una cierta complacencia de Charo Méndez le hizo sentirse optimista.

Llegó a la casa. Paz-Pacita no se había acostado. Dormía en la mesa de la cocina. La despertó. La chica dijo que se sentía enferma.

—¿De qué?

—No lo sé.

Y fué empeorando. Precisamente en los días que sus relaciones con Charo Méndez se normalizaban. Una tarde Carlos y Charo discutieron por una banalidad cualquiera y se separaron sin despedirse. Como en una ruptura. Se fué a la casa furioso, pensando además que tendría que ponerse a hacer una mala cena, porque Paz-Pacita continuaba en cama. La asistía la portera. Todo eran gastos. La portera gastaba tres veces más que Paz-Pacita y él comía tres veces menos. El médico que vino a ver a la chica, recetó calcio y diagnosticó que era cosa del crecimiento, de la edad.

Esa noche, cuando llegó a la casa, Paz-Pacita estaba de pie. Y toda la casa en orden. Y la mesa puesta. Y la cena lista.

—¿Qué ha sucedido?

—Que me he curado repentinamente...



—¿Pero tú qué sentías?

—Que me faltaban fuerzas.

Carlos Díaz cenó. Después le dijo a la chica:

—Oye, Paz, si yo un día me casara...

—Usted ya no necesitaría de mí...

Fué la primera vez que Carlos Díaz notó en el rostro de Paz-Pacita una expresión dolorosa. El pensó, por su parte, que siempre, siempre la necesitaría. Por lo menos mientras no tuviera un mejor sueldo.

Volvió a contentarse con Charo Méndez y Paz Pacita cayó de nuevo enferma. Era un caso insólito. Y cuando más acaramelado andaba con Charo, el médico le dijo: «Avisa a los familiares de esta chica. Tiene una anemia que le ha aniquilado. No pasará de dos o tres días.»

Rompió definitivamente con Charo Méndez y definitivamente Paz-Pacita sanó. Y la casa volvió a su orden de siempre. Pero Charo Méndez era mano derecha del gerente y podía influir en él. Desde entonces el gerente comenzó a mostrarse quisquilloso, molesto, chinche con Carlos Díaz y su trabajo. Hasta que pasó el tiempo y el gerente olvidó y Charo Méndez perdonó. Tan lo perdonó que en visperas de casarse con el gerente de ventas, habló a favor de su compañero y ex novio y ascendieron a Carlos Díaz a jefe de Agentes. Ese día, el de la notificación del ascenso, Carlos

Díaz lo celebró permaneciendo más tiempo en el bar. Y subió a la casa con dos amigos. Gran sorpresa. La mesa estaba puesta para cuatro personas, adornada con flores. En el aparador, un pastel.

Los amigos felicitaron a Carlos Díaz por lo bien puesto que tenía su pisito. Uno de ellos, que lo conocía desde antes de quedar viudo, comentó: «¡Qué diferencia!»

Carlos Díaz se dió cuenta entonces que, en efecto, todo estaba cambiado. Poco a poco, imperceptiblemente, Paz-Pacita había ido renovando cortinas, visillos, alfombras, marcos... Hasta los mismos muebles parecían otros, por la pintura, por el barniz o por los objetos que había puesto en ellos; otros los candiles y las lámparas. Todo, todo, sin cambiar de sitio, sin perder su viejo orden establecido, fué renovado o superado. Mas esta labor de enriquecimiento, efectuada durante cuatro largos años, Carlos apenas si la había notado.

—¿Y por qué cuatro platos?

—Es que me equivoqué...

Cuando se despidieron los amigos, ya en la madrugada, Carlos fué al dormitorio de la chica. Llamó. Nadie contestó. Golpeó entre temeroso e impaciente. Hasta que oyó a Paz-Pacita en la cocina:

—¿Se le ofrece algo?

—Sí, quería decirte que la cena ha estado muy bien. Y el pastel, exquisito... ¿Dónde aprendiste a cocinar?

—En la otra casa...

—¿Cuál otra casa?

Paz-Pacita se encogió de hombros. Carlos Díaz no insistió. Cuando la chica se encogía de hombros llegaba al *límite*, y él no era lo suficientemente audaz para traspasar el *límite*. Dijo con tono desvaído, como justificándose:

—Sabes... Tenía que celebrarlo. Hoy me han ascendido en la oficina.

—¡Qué casualidad!

Y como viera que Carlos Díaz la interrogaba con la mirada, agregó:

—Hoy cumplo diecisiete años.

Carlos Díaz sintió algo parecido al rubor. Comprendió entonces que el cuarto cubierto estaba destinado para ello. Sin embargo, ¿hubiera sido correcto que la chica se hubiese sentado a la mesa con los invitados?

—Felicidades, Paz.

—Enhorabuena.

Carlos Díaz se retiró a su dormitorio. Pero antes de entrar en él su vista topó con el calendario: 31 de julio ¡Qué casualidad! —se dijo como en un eco—. Si viviera Lina, cumpliría hoy diecisiete años.

V

Las cosas fueron a mejor. Y Carlos Díaz entró en malicia. Fueron a mejor porque en la oficina lo ascendieron a subgerente de ventas y en este puesto pudo desplegar toda su capacidad de trabajo, toda su inteligencia. El sueldo era bastante bueno, pero el capítulo más importante de ingresos lo obtenía por concepto de comisión.

Carlos Díaz entró en malicia porque quiso descubrir el secreto de Paz-Pacita. Hasta entonces cuando llegaba al *límite* se mostraba prudente y no daba un paso más, temeroso de darlo en falso; pero ahora seguro de sus fuerzas, convencido de su valer personal comenzó a buscarle los cinco pies al gato. Perdió ese pueril, inocente respeto a las cosas inexplicables y Paz-Pacita, que era todo

un misterio, dejó de intimidarle con sus prodigios. Quiso descubrir la razón de esos prodigios.

La chica había ganado en estatura y en gracias físicas. Y también en dignidad. Con su natural recato, pues siempre fué recatada, su belleza comenzó a inspirar admiración y como consecuencia respeto. Ahora, más que por la categoría social de Carlos Díaz por la respetabilidad de Paz-Pacita, los amigos dejaron de murmurar de ellos.

Carlos Díaz era de los que van a la iglesia por obligación no por devoción. Luego, cuando se encontraba dentro sentía la satisfacción rutinaria del deber cumplido. Pero todos los domingos era Paz-Pacita la que tenía que llamar a la puerta de su cuarto para decirle: «Son las diez.» Y si pasada media hora, Carlos Díaz no se levantaba, la chica insistía: «Son las diez y media y se le hace tarde para la misa.»

Le recordaba la hora de la misa, los aniversarios de Ella y todas aquellas fechas o asuntos que a Carlos Díaz se le iban de su Perezosa memoria. Un domingo, Carlos Díaz se levantó malhumorado:

—Llevo cuenta de los vestidos que tienes. No me importa saber de dónde sacas el dinero para comprártelos. Sólo quiero saber en qué armario, en qué lugar los guardas.

—En el cuarto de Lina.

—¡Vamos al cuarto de Lina!

Y como años antes, los dos se encontraron en el dormitorio. Todo en la casa había experimentado una transformación. Sólo el cuarto de Lina se conservaba igual. Carlos abrió el armario: las mismas prendas de siempre.

—A ver, ¿dónde guardas tu ropa?

Paz-Pacita se agachó y extendió la mano hacia la cama:

—Aquí. ¿Quiere verlas?

—Sí, quiero verlas.

—¿Ya no se fía de mi palabra?

—No, Paz.

Paz-Pacita recogió su brazo, dejó caer la cabeza sobre el borde de la cama y comenzó a sollozar. Carlos Díaz iba a preguntarle irritado: «¿Por qué lloras?», pero se contuvo, porque los sollozos de Paz-Pacita le causaban desazón y dolor. Sentía.



ALFA

domestica

Como en su hogar y en el de sus padres y abuelos, en otras tierras lejanas de Oriente, de América y de África, este modelo clásico, sólido y eterno cumple su función de ayuda a todas las mujeres. De sencillo manejo y gran rendimiento, es la máquina más apropiada para todos los hogares.



primera marca española

CENTRAL
PUBLICIDAD

transferida a sí mismo, la pena de la chica. Era una pena muy amarga.

La levantó y le dijo:

—Perdóname. Creo en ti...

Se fué a misa y cuando regresó Paz-Pacita no estaba. Seguramente andaba, en el mercado. Se dirigió al cuarto de Lina y lo abrió. Se agachó y extendió la mano por debajo. La movió de un lado a otro, sin que sus dedos tropezasen con ninguna maleta, paquete o envoltorio. Sin embargo, no se atrevió a mirar porque comenzó a sentir que su mano se le helaba y que el frío, un frío que congelaba la sangre, se le subía brazo arriba. Bruscamente sacó el brazo temeroso de que se le helase. Era un frío muy particular, nunca sentido hasta entonces, pues al mismo tiempo que le congelaba la sangre sentía también que le paralizaba el espíritu.

Salió precipitadamente del cuarto y se tumbó en la cama. El dormitorio ya estaba aseado, arreglado. Pensó lleno de perplejidades qué cosa sobrenatural le estaba pasando. Y las mismas preguntas: ¿Quién era Paz-Pacita? ¿Y de dónde había llegado? Recordaba muy bien el primer momento que la vio, al regreso del cementerio, arrimada a la ventana arreglando el visillo. Y ahora comprendía claramente que desde aquel instante su vida había cambiado. No lloró los duelos ni sintió los lutos. Aquella fragancia de primavera —que no era aroma precisamente—, que había entrado en la casa con Paz-Pacita, le había transformado; el dolor de la viudez por la alegría de existir. Había vivido alegre, felizmente. Pero la consciencia de esta ventura obtenida por vías que escapaban a su dominio y explicación le desazonaba.

Todas estas perplejidades se resumieron en una sola cuando a la una de la tarde observó que, por primera vez no estaba puesta la mesa, que en la cocina no había ningún indicio de comida y que Paz-Pacita no regresaba.

Y dos horas después, no pudiendo soportar la inquietud y la zozobra, salió de la casa a preguntar a la portera, a los vecinos, a todos los conocidos, si habían visto a la chica. Se fué al mercado que ya estaba cerrado. Anduvo deambulando por todo el barrio sin encontrar indicio, huella de Paz-Pacita.

Carlos Díaz, hasta entonces, había pensado que todo lo concerniente a Paz-Pacita se resolvía en el misterio; pero en ese momento su egoísmo le hizo considerar que la chica habría ido a ver a algún pariente, se habría extraviado y aparecería en la casa en el transcurso del día. Pedía una solución natural a un proceso de prodigios.

Se fué a un restaurante del centro a almorzar. Era tarde. Comió mal y aprisa. Se dió cuenta por enésima vez de lo bueno que comía en su casa. Luego salió con la intención de entrar en un cine. Pasó por un quiosco de la lotería y consultó varios billetes. ¡Uno estaba premiado! No pudo disimular la emoción, la euforia. Le habían tocado veinte mil duros. Sí, desde que se había quedado viudo, la suerte le rondaba. Ya en anteriores ocasiones estuvo por darle un buen pellizco al gordo. Y ahora...

La alegría de este suceso le hizo olvidar a la chica. Tenía la seguridad de que la encontraría a su regreso en la casa. Y si no volvía aparecer, allá ella. Ahora podía pensar en otra casa y en otra chica de servicio.

Pasó el resto del domingo contento y divertíndose con unos amigos. Con ellos se fué a cenar. Y ya en las primeras horas de la madrugada regresó a la casa.

«No funciona.» Tomaría un piso donde le garantizaran el servicio del ascensor. Al subir las escaleras volvió a sentir la sensación zoológica de reptar por ellas. Sacó la llave y abrió. Se recostó en la puerta. Cansado, con una fatiga de años. El piso estaba a oscuras y sintió una atmósfera pesada y densa, compuesta de rumores, de cuchicheos, de palabras ajenas, de sudor y de aliento extraños. Tuvo miedo. Alargó el brazo para encender la luz.

Ninguna puerta cerrada, ninguna silla en su lugar. Los ladrones o los duendes habían trastornado el orden de la casa. Y todas las cosas parecían viejas, abandonadas, aburridas. Todas las cosas parecían haber perdido su encanto. Llamó: «¡Paz, Paz!». Y la casa debía estar tan hueca, tan vacía, que el nombre resonó como en un eco.

Miró a la sala. Vió que un visillo estaba fuera de su sitio. Lo colocó y cerró la ventana. Paz-Pacita había regresado a la casa. No le cabía la menor duda. Y enfadada por algo, enojada con su desconfianza, vino sólo a ponerle la casa tal como la



había encontrado: en aquel espeso desorden de los demas. Tal como había quedado cuando se murió Ella.

Se encogió de hombros. Tenía veinte mil duros en un billete de lotería.

Pero se sintió viejo, cansado. Como si hubiera perdido los mejores años de su vida. Sin desnudarse, se tumbó en la cama. Quiso recordar cuáles eran las facciones de Paz-Pacita, sin conseguirlo. Quiso recordar en qué consistía aquella fragancia de primavera, sin lograrlo. Quiso explicarse por qué teniendo un premio de lotería se encontraba triste, desencantado...

Ni un minuto se había parado a pensar por qué le había tocado la lotería. Qué serie fantástica de casualidades se había encadenado para que su billete fuese premiado. No pensó que ese billete había sido impreso, sellado, contado y recontado, distribuido; que de unas manos pasó a otras, que millones de personas que vivían en la ciudad y que tenían como él opción a ese billete, lo dejaron para que él adquiriese. No pensó en el misterio que había conducido sus pasos. La matemática de la coincidencia. Porque si ese día no lleva dinero en el bolsillo no se compra el billete. Y si el vendedor da dos pasos más rápidos, hubiera doblado la esquina y no le habría ofrecido a él la serie... Este encadenamiento de casualidades, de prodigios, no le desazonó ni le perturbó un solo instante. Lo encontraba natural. Y, sin embargo, los pequeños prodigios cotidianos, sencillamente naturales, que provocaba Paz-Pacita lo habían inquietado e irritado hasta despertarle la desconfianza, el recelo y la malicia.

Se durmió.

VI

—No somos nada...

—No, no somos nada...

—Se fué en un soplo... En menos de tres meses... Mira tú...

—Sí, yo lo noté. Fué de un día para otro. Estaba como desencantado de la vida... ¡Y eso que le había dado un buen pellizco a la lotería!

—Sí... Mira tú... ¡Para lo que le sirvió la lotería!

—¡Hombre! Hasta para morir se necesita dinero... ¡Vaya entierro imponente!

La comitiva se puso en marcha. El duelo lo presidió un hermano del difunto que había llegado de Valladolid.

EL LIBRO QUE ES
MENESTER LEER

VACACIONES A TODA COSTA

Por PIERRE DANINOS



Si es cierto que el conocer tierras y países produce una cierta amplitud de conocimientos, no lo es menos que el desarrollo del turismo moderno corre siempre peligro de producir un estado muy próximo a la imbecilidad entre las personas que se creen autorizadas a los más caprichosos juicios por el simple hecho de haber salido durante algunos días de las fronteras de su patria. Con su acostumbrada ironía, el escritor francés Pierre Daninos ha escrito una divertidísima sátira contra este tipo humano en particular y en general contra el ansia de evasión que existe hoy en todo hombre moderno, deseoso de evadirse de su mediocridad ambiental, pero sin espíritu auténtico para no convertirse en vergonzosa huída esta separación del diario vivir. El libro que hoy resumimos es de los que no tienen desperdicio, resultando sabroso en cualquiera de sus páginas. Es una obra que conviene leer después de las vacaciones realizadas y que hará mucho bien a los turistas, sobre todo si no quieren ser incluidos en la categoría que ellos mismos consideran como tales. De su excelencia habla el hecho de que es uno de los volúmenes más leídos y comprados durante el presente año en Francia.

DANINOS (Pierre). — «Vacances a tous prix». Hachette, 1958, Paris.

GENERALIDADES

EPOCA de viaje.—Se vacila frecuentemente antes de emprender un viaje, preguntándose qué época será la mejor. Vacilación supérflua: la mejor época para la visita de un país se sitúa un poco antes, o inmediatamente después, de la que habéis escogido. «Es necesario venir —se os dice— cuando las mimosas (o los tulipanes, o los cerezos o los naranjos) están en flor. ¡No os podéis imaginar lo hermosos que son!» Algunas veces se trata de saberlo, pero la mimosa se ha retrasado —el florecimiento de la mimosa es de lo más traidor— y os quedáis sin enteraros.

Tarjetas postales.— Representación ideal de los lugares destinados a impresionar al destinatario y que hacen mentir al expedidor.

Lengua (del país).—La mayor parte de las guías están de acuerdo a este respecto: el turista pondrá el máximo interés, antes del viaje al extranjero, en familiarizarse con la lengua del país. Para esto nada como los pequeños léxicos de conversación corriente en los que se aprende a preguntar las cosas más extrañas y que os permiten conocer todas las expresiones corrientes, salvo las que se utilizan corrientemente en el país e incluso en los demás. Por mi parte, siempre he pensado que la mejor manera de aprender la lengua del país era marcharse al mismo país. Basta con saber cuál. El año pasado, por ejemplo, envié a una hija mía durante dos me-

ses a Inglaterra y ha vuelto hablando italiano. Me había olvidado simplemente de que a la institución a la que le envié estaba sin ingleses y era visitada por extranjeros. Mi hija había compartido su habitación con una muchacha romana, y como ésta le ha invitado a Roma, donde hay los suficientes americanos, espero que cuando vuelva no hable ya ni una palabra de italiano ni de inglés.

Conocidos.— Gentes cuya dirección se anota lo más cuidadosamente, así como su número de teléfono, a) dejarles el último día, y a los que se está seguro de no volver a ver. Siempre se dirá: «Y sobre todo, nada de perder el contacto». Si se permanece unido con todas las personas que se han conocido quince días en agosto, no se podría disponer de un minuto para uno. Aunque es cierto que cuando se tiene un minuto para uno es para dárselo a alguien.

Pescadores.—Personas a las que los veraneantes aman por barómetros y a los cuales se obstinan porque les digan el tiempo que va a hacer.

Turista.—Término empleado con un deje de desdén, algunas veces de desagrado, para designar a los otros turistas: «Eran turistas».

«ES LA PRIMERA VEZ...»

Trabando cogido un superavión directo Nueva York-París, acababa de pasar a toda velocidad la estación de Montelimar, en el «Mistral», cuando el revisor de la compañía ferroviaria entró en el departamento preguntando a la azafata del aeroplano dónde estaban los pasajeros de Abidjan. Alguien pensará que me he vuelto loco. Y ello es exacto en la medida en que los viajes de hoy pueden volver loco a un hombre razonable. Pero aquí no se trata de una alucinación. Habíamos cogido en Nueva York el avión directo para París, habíamos alcanzado Orly a la hora prevista, pero no a la suficiente como para que pudiésemos aterrizar. Una niebla demasiado espesa impedía el descenso. Reims, Tours, Lyon, Burdeos respondían: «Cerrados». Marsella sólo podía acogernos, en espera de que el techo de Orly se levantase. Aquel día no se levantó y fuimos dirigidos hacia la capital a bordo del «Mistral»... en compañía de otros viajeros, procedentes de Abidjan, y de nuestra azafata. Le pregunté a nuestra encantadora amiga si nuestro caso era frecuente.

«Es la primera vez en seis años de vuelo transatlántico con cerca de doscientas travesías —me respondió—, que me he desviado a la llegada».

«Estrañó!... Yo, que no he atravesado el Atlántico más que tres o cuatro veces, me había ocurrido lo mismo tres o cuatro veces también (la última había aterrizado en Bruselas: el personal de Orly estaba en huelga).

Hay momentos que me pregunto si yo soy el hombre de las primeras veces.

Un día, en Tejas, como llovía en Dallas (por primera vez desde hacía nueve meses, se me dijo, «aquí hace siempre bueno»), uno de mis huéspedes americanos me llevó a un rancho. Al fin iba a contemplar lo que sólo había visto en el cine: 35.000 cabezas de ganado en un rancho perteneciente a un solo propietario y tan grande como dos departamen-

tos franceses. Sólo que los ranchos americanos ofrecen un pequeño fastidio; son tan grandes que el ganado está siempre en otra parte. En cien kilómetros de recorrido automovilístico conte 35 caballos y 12 vacas —soberbias, debo decirlo, pero, después de todo, no eran más que 12—, por lo que me sentí algo solo.

—Es la primera vez, desde la gran sequía del 34, que este rincón se encuentra tan despoblado —nos dijo el hombre del rancho—. Si hubieseis venido la semana pasada habríais visto 6.000 toros.

—¿A dónde se han ido?

—Han partido hacia el Sur. Hacía sus cuarteles de invierno.

—¿Y los «cowboys»?

—Se han marchado al Norte, a la feria de Dallas.

Todo esto me recordó a las rosas, todas las rosas que yo he visto florecientes en todos los jardines de todos los amigos del mundo, que siempre se lamentan, cuando se les dice que son bonitas: «¡Ah! ¡Si las hubieseis visto cuando estaban los rosales en flor!»

Cuando regresé fui a buscar mi coche al garaje y fué la primera vez que llegué sin que oyese decir: «Tiene usted que esperar tres horas más». Ahora bien, el maestro vino hacia mí:

—No sé cómo justificarme, pero es la primera vez que yo he tenido que cambiar los amortiguadores después de 3.000 kilómetros.

Curioso, decididamente. Cuando hago alguna reflexión a la patrona de un hotel sobre una persiana que cierra mal o de un armario que no se cierra, es siempre la primera vez que se llama la atención sobre este particular. Muchas gentes, por lo visto, no ven, no oyen o no llaman la atención. Me ha ocurrido, pongo el caso, de ver cómo una mesilla de noche se ha desplazado sola a través de mi habitación seguida de mi cama. Siempre ocurre lo mismo, aunque se explique el fenómeno por el paso de un próximo Metro aéreo. Según la patrona, yo era el primero en darme cuenta.

Exactamente igual pasa con los mosquitos. Es muy raro que yo penetre en un hotel sin preguntar si hay mosquitos antes que nada. «¿Aquí mosquitos? ¡Jamás!» Y cuando a la mañana del día siguiente comunico que durante toda la noche he sido utilizado como estación-servicio por los mosquitos, es siempre la primera vez que se señala esto desde el comienzo de la temporada.

¿Debo decir que en el restaurant sufro la misma ley? Hace poco, en un local muy reputado me he permitido decir al dueño que si no tenía más plato especializado que el que me enseñaba, que me friese un huevo. Muy mosqueado, me respondió:

—Es la primera vez, señor, que se me hacen reproches a este plato.

¿Siempre la primera vez? No. En Londres, en el escaparate de un almacén de Maynard, se puede contemplar un zapato gigante sumido en un cubo lleno de agua. Impermeable garantizado, se moja desde 1907. Un día no pude resistir la tentación y me compré un par. Hice mis primeros ensayos en Sclogne, atravesando gustosamente los pantanos y charcos. Los calzados estaban perfectamente secos. Ocho días después se tragaban el agua como si fuesen zapatillas. Los llevé y el primer vendedor los examinó con desconfianza.

—«Very strange, Sir!» Y, sin embargo, es un artículo muy bueno.

Después pareció buscar otros zapatos como éstos en su cabeza, y con la inclinación inglesa por los precedentes, me dijo:

—Realmente, Sir, es el segundo par que se nos devuelve desde hace veintiséis años. Y la primera vez, debo decirlo, pertenecían también a un francés.

—¿El agua del Continente quizá?

—Pero éste por lo menos era sincero.

COMO PROBAR QUE SE HA VIAJADO

Escena registrada en el magnetofon de bolsillo del Sudexpres de Hendaya-Irún. Personajes: un señor y una señora (con bolso de cocodrilo), tipo bien acomodado, maletas cubiertas de etiquetas «Sche-weitzerhof», «Daniel» y otros «Excelsior», acompañados de una muchacha, de la cual sabremos, por que sabremos todo, que es su sobrina. Un viajero más modesto en el asiento del pasillo. El altavoz anuncia: «Los viajeros del Sudexpres que sale para Burdeos, Bayona, Hendaya e Irún, vía B, al coche, por favor. Les deseamos buen viaje.»

LA SEÑORA.—¡Oh!, Edgar, ¿has oído? ¡Ahora se

hacen cortesías! ¡Han necesitado tiempo! Cuando pienso que ahora hace tres años... te acuerdas de aquella pequeña estación de Dinamarca... se nos deseaba buen viaje en cuatro lenguas... ¡incluso en francés! En fin... así se empieza. Debe ser la única estación en que esto se haga... La última vez, en la estación del Norte, no he oído nada... ¡Qué estación más sucia! Indudablemente, la más espantosa de todas. ¡Y pensar que es por ahí por donde llegan los ingleses!... En fin... Partimos a la hora exacta, una treinta y cinco... Yo, bien. ¿Y tú?

EL SEÑOR.—Yo adelanto un poco... ¿Qué hora tienes?

LA SEÑORA.—Déjalo, es preferible que adelantes. Contigo (*dirigiéndose a la muchacha*) se llega siempre tarde. En Roma estuvimos a punto de perder el rápido de Nápoles... ¿Te acuerdas, Edgar? Gracias a Dios que yo me sé desenvolverse en italiano, si no... Yo lo he dicho siempre: es necesario hablar la lengua del país... Aunque sólo sea por las góndolas... ¿Te acuerdas, Edgar? Edgard había contratado una por tres mil liras; llegué yo, *discuti en italiano*... y la obtuve por dos mil quinientas... Mi pobre padre tenía razón cuando decía: «A partir de Avignon, es necesario comenzar a chalanear.» A propósito, Edgard, ¿qué hay de las divisas?

EL SEÑOR.—¿Cómo?

LA SEÑORA.—¿Has hecho lo necesario? Quiero decir por medio de P. P.

EL SEÑOR (*bastante bajo*).—Sí, pero...

LA SEÑORA.—¿Estás seguro de que nos lo enviarán a Granada? Cuando pienso que la mayor parte de las gentes pagan nueve cuarenta e incluso diez. Los Choton han pagado diez en Sevilla.

EL SEÑOR.—¡No saben viajar!

LA SEÑORA.—¡Ciertamente! En Florencia pagaban siete mil liras por una habitación en plena ciudad, que, además, no daba sobre el Arno, con mucho ruido y sin baño. Nosotros, por el contrario, estábamos fuera de la ciudad, en Fiesole, lo que hay de mejor, sólo que es necesario saber... un viejo palacio del Renacimiento transformado en hotel, pero sin tener el aspecto de un hotel... ¡Con unas vistas! Estaban precisamente allí dos suecos, dos viejas inglesas, dos americanos, dos holandeses y ningún francés, casi diría que afortunadamente. Naturalmente, yo amo mucho a los franceses, pero a los que se les encuentra en el viaje son imposibles... hablan tan fuerte... tan seguros de ellos... (*El viajero del pasillo, nervioso, hace crujir el periódico.*) ¡Oh, Genoveva! ¿Sabes lo que oí en Florencia? ¡Un francés que pedía un Botticelli en el restaurant! ¡Creía que era un vino!

EL SEÑOR (*nada descontento*).—«El nacimiento de Baco».

LA MUCHACHA.—¡Ji, ji...

LA SEÑORA.—Edgar y yo los evitamos lo más posible. No queremos vernos distanciados de los autóctonos por estas gentes...

(*El tren pasa por un túnel.*)

LA SEÑORA.—Afortunadamente, no hay excesivo número de túneles en esta línea. Por mucho que viaje, no me habitúo a los túneles.

EL SEÑOR.—Ha tenido que ir a ver un médico...

LA MUCHACHA.—¿Por los túneles?

LA SEÑORA.—Sí, me habló de claustrofobia. Claro es que yo regresaba entonces de Lucerna; habíamos pasado el San Gotardo, el túnel más largo del mundo...

EL SEÑOR.—Sí... uno de los más largos del mundo.

LA SEÑORA.—Te digo que es el más largo. Si supieras lo testarudo que es. Quince kilómetros de largo... ¡y helicoidal! Pero lo que os va a parecer extraordinario, Genoveva, es la línea de Gevennes: hay ciento diecisiete túneles... ¡terrible! (*Suspira.*) (*Pasa el revisor. La señora lo mira de arriba abajo. Se marcha el revisor.*)

LA SEÑORA.—No se puede decir, iba bastante limpio. De todos modos no se puede comparar con los suizos... ¡Si los vieras, Genoveva! Se diría que sacan brillo a su cartera todos los días. ¡Cómo relumbra! En fin, ya conoceréis esto algún día... Lo que es necesario es saber elegir el lugar y también tener suerte... Fíjate, por ejemplo, nosotros llegamos a Siena exactamente el día de la carrera del Palio, que se realiza con trajes de la Edad Media y solamente dos veces por año. Cuando veía a las gentes llegar al día siguiente... ¡sufría por ellos!... Qué se le va a hacer; es la suerte de las personas.

LA MUCHACHA.—Debe ser precioso...

LA SEÑORA.—De cuento de hadas. (*Vagon restaurante. El departamento respira. Vuelta.*)

EL SEÑOR.—No se puede decir; estaba bien servido y era abundante. El pollo era excelente.

LA SEÑORA.—¡Ah!, para mí no hay nada como el *poulet transat*.

LA MUCHACHA.—¿El *poulet-transat*?

LA SEÑORA.—Sí, en el «Ile-de-France», cuando íbamos a Nueva York. ¡Una maravilla! El de aquí estaba bien, ¡Pero sería el colmo que todavía no se comiese bien en Francia!

(La señora continúa desgranando sus recuerdos. Angulema le recuerda a San Giminagno—una se pregunta por qué—. En Burdeos evoca a los marqueses del Támesis—no se sabe por qué.)

LA SEÑORA.—Lo que me inquieta es el cambio de Irún. De los españoles desconfío. Allí no hay más que un visado... ¡Oh los visados!... Esto me recuerda siempre nuestro crucero a Egipto... Nos fueron necesarios seis o siete... ¿No es así, Edgard? Siria, Chipre, Israel, no sé cuántos más... Y encima todo estuvo a punto de fastidiarse a causa de Nasser... ¡No habría faltado más que eso!

EL SEÑOR.—Piensa que se nos habría devuelto el importe de los visados así como el de los billetes.

LA SEÑORA.—Taratata... las devoluciones es algo que yo me conozco muy bien...; no sé si te acuerdas de los coches-camas que anulamos para Roma... (El señor hace un signo con la cabeza: se acuerda.) ¡Entonces!... ¡Vamos! (Suspira de nuevo y tecleata con su mano izquierda sobre el bolsa de cocodrilo.) Cuando se decidirán a suprimir las aduanas... Lo verán nuestros nietos... y aun incluso. (Un silencio.) A propósito, Edgard...

EL SEÑOR.—¿Sí?

LA SEÑORA. (Muy bajo.)—Tu Legión de Honor.

EL SEÑOR.—¿Cómo?

LA SEÑORA.—No te has puesto la roseta en tu abrigo. (Volviéndose a Genoveva, siempre en voz baja.) Para la frontera, ya sabes lo que nos ha dicho M. Siburtin...

EL SEÑOR.—Es comendador.

LA SEÑORA.—¿Y qué importancia tiene? Impresiona a los aduaneros. Saben con quién se tratan. Dame tu abrigo y coge la roseta de la primera chaqueta de la maleta amarilla.

(El señor obedece y la señora pone la roseta de la Legión de Honor en el ojal del abrigo caquí. Lo que no impide que continúe hablando.)

LA SEÑORA.—Esto no significa nada...; daría un pequeño suplemento por estar ya en el tren de Madrid... Además, que queréis... las aduanas. Aunque nunca tengo nada que declarar me han dado siempre palpitaciones.

EL SEÑOR.—¡Oh!, a ti todo te produce bilis.

LA SEÑORA.—¡Afortunadamente! ¡Si fueses tú el único que tuviese que pensar en todo! ¿Tienes por lo menos dinero especial de bolsillo?

EL SEÑOR.—¡Qué falta nos hace si disponemos de un cheque en cuanto lleguemos!

LA SEÑORA.—Y según tú, con eso ya está todo arreglado. Piensa, Edgard, piensa...

EL SEÑOR (molesto primero y finalmente enfadado).—Pero... ¡está todo pensado!

LA SEÑORA.—Sí, ciertamente...; entonces, suponte que quiero mandar un telegrama, comprar un sandwich o telefonar... y sin hablar de los imprevistos. Y el taxi, ¿me quieres decir quién pagará el taxi de la estación al hotel?

EL SEÑOR (Edgard parece cogido definitivamente, pero encuentra siempre la respuesta).—¡El botones!

LA SEÑORA.—Sí, eso mismo... para que luego te cueste el doble... Se diría que no has viajado en tu vida... Los taxis concertados por el conserje se convierte en «Rolls» de categoría... ¿Te acuerdas la última vez en Nápoles?... ¿No? Pues bien, te voy a decir quién pagará el taxi.

—EL SEÑOR.—...

LA SEÑORA.—Yo, ¡por mi vida!... Por suerte he conservado 150 pesetas del último viaje en un pequeño sobre. Es un consejo que te doy, Genoveva. Si sales al extranjero, no te prives nunca de la calderilla y de los cambios. Uno se siente contento de volver a encontrarla en la próximo viaje, por ejemplo...

TO SKI OR NOT TO SKI

Me gusta la nieve cuando no está acerada, ni costrosa, ni escasa, ni fresca, ni pegajosa, en resumen, cuando está en polvo, con una subcapa lo

suficientemente consistente como para que no se hunda y con una superficie lo suficientemente mollida como para que se pueda uno caer sin hacerse daño. Al esqui de invierno, que hace helar pero limita los riesgos al reducir el día, prefiero el esqui de primavera, aunque es necesario que sea una primavera lo suficientemente invernal para que la nieve no se transforme en unas gachas y lo bastante cálida para que no se sienta frío. Dicho sea de paso que una lluvia tenaz o los chaparrones que permiten encerrarme en mi habitación sin tener que dar explicaciones no me desagradan. Si debo esqui para hacer como todo el mundo, me gusta el cielo azul, no excesivamente puro, sino aquel en el que unas nubes vienen a eclipsar el sol puramente algunos instantes para atenuar sus efectos.

Me encanta surcar la nieve virgen, pero conociendo sus bañeras traidoras, prefiero una pista trazada, surcada de indicadores, lo bastante señalados como para que los distinga de lejos y lo suficiente discretos como para que no me los lleve por delante al tomar una curva. No me satisface ni mucho menos encontrarme solo durante una puesta le sol a 2.800 metros de altitud, frente a un pasadizo vertiginoso que cada vez ganan más las sombras. Por el contrario, siento horror de sentir a mis espaldas a todo un grupo de esquiadores excitados por el *Schuss* que lanzan sobre mí en medio de un tumulto de nieve rechinante, de chasquidos secos, de agujas destrozadas, que al pasar me absorben con una tromba, sacudiéndome como la estación de Noisy-le-Sec cuando transcurre por ella el «Oriente Express». Mis preferencias son para una pista poco frecuentada, por esquiadores tranquilos lo suficientemente rápidos como para venir a ayudarme si tropiezo, pero no lo bastante para poder o querer detenerse. Es entonces cuando yo adelanto a mis anchas a los principiantes llenos de dificultad y les grito mientras me deslizo: «¿Qué tal? ¿Nada roto?» Esperando en mi fuero interno que no me van a responder: «Sí, rápidamente, préstame vuestro anorak, me hielo... ¡Id a buscar socorro!»

No me gusta nada, cuando estoy en la estación del teleférico, la presencia de los trineos de socorro que esperan al sol el momento de ser utilizados. Su ausencia total, tampoco es cosa que me tranquilice: Un mínimo de dispositivos de seguridad es deseable. Por ejemplo, un cartel confirmándose de vez en cuando que me encuentro en el buen camino es algo siempre bien acogido. Sin embargo, la vista de carteles demasiado numerosos anunciando: *Pista peligrosa... Paso de avalanchas... Pendiente: caída mortal*, me incita más bien a volver a casa.

Por lo que respecta a los esquís, cuya importancia no escapa a nadie se trata de escoger entre los largos y los cortos. Después de haber vacilado mucho tiempo, no he llegado todavía en esta cuestión a decidirme.

Me gusta la soledad en la inmensidad alpina y el silencio de las cimas, pero como hay que obedecer a la regla número 1 que estipula que no se debe partir nunca solo a las alturas, las condiciones anteriores requieren que mis compañeros se mantengan a distancia, lo que es molesto o que les suprima en ruta. La elección de un buen compañero es, pues, esencial. Me inclino por el esquiador experimentado, mejor que yo, pero no excesivamente, para que no hiera mis complejos. Dos, si es posible, el uno que partirá delante para ver si llego y el otro que marchará detrás para que no me quede rezagado. Aunque me gusta que mis compañeros no hablen demasiado, el tipo montañero taciturno no me complace ni mucho menos. Gustosamente acepto de los expertos algunas sugerencias que me permitan adelantar, pero prefiero evitar el género de profesor que me acosa con consejos y sarcasmos («¡Soltaos! ¡Si os vieseis!...»), y desde su puesto de observación a cien metros por encima de mí, me lanza cosas que el viento se las lleva. Me gusta, finalmente, que mis compañeros no se sientan poseídos por la idea, de descender a toda costa y lo más rápidamente, sino que prefieran hacerlo poco a poco, preferentemente al mismo tiempo que yo, experimenten la necesidad de recogerme ante la naturaleza o de detenerse por cualquier otro motivo.

No desespere de encontrar todas condiciones reunidas un día, quizá incluso dos y mientras tanto me habitúo a esqui en las condiciones normales.



"CHOCALÁ", CASA DE ESPAÑA EN LIEJA

UN HOGAR PARA EL RECUERDO Y LA PRESENCIA DE LA PATRIA

TEATRO, FUTBOL, MUSICA, VINOS Y COMIDAS ESPAÑOLAS EN LAS TIERRAS DE BELGICA

La presencia de España en las tierras belgas es constante y múltiple; se encuentra por todas partes y en los rincones más inesperados, y no nos referimos ahora a los millares de españoles que han invadido alegremente Bruselas con motivo de su Exposición Universal; además de esta presencia temporal y turística existe otra más permanente y perdurable que puede compro-

bar cualquier observador. Son muchos los españoles que trabajan en tierra propicia, pero ninguno de los cuales olvida a su Patria, y en la lejanía sin sol el nombre de España adquiere una dimensión gigante y rabiosamente querida. Lo hemos confirmado infinidad de veces y según muy varios y opuestos motivos; hasta cuando el español recurre a la violencia se manifiesta así porque en el

fondo de su alma es la pasión española la que alienta.

UNA VIDRIERA DEL
EMPERADOR

La catedral de Santa Gúdula es el principal templo de Bruselas, una iglesia del más bello gótico situada en el centro vital de la ciudad, a un paso de la estación central, de las termina-

les de las líneas aéreas, de la «Grand Place» (corazón artístico e histórico de la ciudad), de las calles más concurridas. El interior de Santa Gúdula ya no es tan bello, sobre todo para los acostumbrados a los ricos interiores de las catedrales españolas. Pero en este interior el español recién llegado a Bélgica puede encontrar una de sus primeras comprobaciones de la presencia española. Está justo en la cabecera del crucero del lado del Evangelio, en una gran vidriera de gusto renacentista que encaja sus vidrios coloreados en la filigrana gótica de la piedra. La luz que se filtra a través ilumina al Emperador Carlos V arrodillado en un sitial, que mira al altar mayor de la iglesia; tras el Emperador, su esposa Isabel y los altos dignatarios de la Corte; encima, los escudos de España y los Padres Bajos; en la parte inferior de la vidriera, una leyenda en latín que nos indica que los españoles siempre han sido familiares en las tierras de Bélgica. La leyenda dice así: «Carlos, el Emperador romano siempre augusto Rey de España y las Indias, dominador en Asia y África, príncipe belga clementísimo.»

No hay que olvidar que Carlos V nació en Gante, ciudad cercana a Bruselas, tan vinculada a la Historia común de dos siglos de españoles y belgas. Como decíamos, la presencia de España tiene los más egregios antecedentes personales en las antiguas provincias flamencas.

UN HOGAR ESPAÑOL EN LIEJA

La rue Sainte Marie de Lieja

es una calle más de la ciudad, ni mejor ni peor que otras, más bien de las modestas. Pero si uno transita a la altura del número 34 no le será difícil escuchar por una ventana abierta algo parecido a lo que yo oí una tarde de domingo veraniego en correcto español.

—Esta es mi única casa, mi casa de verdad; no tengo otra.

Era una mujer la que hablaba. Miramos a la casa con más detenimiento, y en un balcón, sobre un cartel blanco, con letras negras, escrito este sorprendente letrero: «Chócala. Hogar del Trabajador Español». Ya se sabe que en el rincón más inverosímil del mundo uno encuentra siempre a un español; pero que está organizado ya es más difícil, y que además tenga un hogar para todos los españoles sin excepción ya raya en lo prodigioso. Merece la pena que veamos qué es este hogar.

Un portal estrecho. Carteles turísticos de diferentes aspectos españoles, con una leyenda muy acertada: «España es diferente»; a la derecha del portal, un bar, una sala de reunión, más carteles de toros, algunos periódicos españoles sobre las mesas.

Subimos las escaleras; otra sala de reunión y baile, mesas de juego, despachos. Todo nuevo y recién pintado, sin alardes de riqueza, como podía ser un hogar un poco grande en el que se ha procurado que todo sea alegre y sencillo.

En la sala, junto al bar, juegan a las cartas tres mujeres y un hombre. Es una baraja española, de las de Furnier, Vitoria.

La misma voz que oímos por la ventana abierta habla con sus compañeros de juego; corresponde a una mujer madura de gesto risueño, que, según nos dice, vive en Huy (a 39 kilómetros de Lieja) con dos hijos varones.

—Yo soy de Vitoria y llevo viviendo muchos años en Bélgica, pero todos los domingos vengo aquí porque este hogar me da una inyección que me dura para toda la semana. Mire, no teníamos baraja española, pero a unos turistas de Bilbao que pasaron por aquí en un coche se la pedí y me la dieron. ¡Estoy muy contenta!

—Vamos, chica, juega ya y déjate de charla.

Van llegando nuevos trabajadores españoles con sus trajes de domingo; viene toda la familia, padres e hijos pequeños, algunos de ellos nacidos en Bélgica. Saben que allí está un rincón de la Patria, sus paisanos, sus conocidos; pueden hablar de sus problemas materiales y espirituales. Y el hogar está abierto para todos; todos encuentran la misma mano cordial, la misma comprensión por parte de quien es un poco y un mucho el organizador del hogar.

UN NAVARRO SENCILLO Y ALEGRE

—Mire usted, si habla del hogar, por favor, a mí no me mencione. Yo soy aquí uno más que pone su mejor voluntad en que todo salga bien; pero sólo uno más.

Aun contrariando al padre Javier Iturgalz, no hay más remedio que hablar de él. Es de justicia, pues no se trata de uno más, como su modestia le dicta, sino del organizador en todos sus aspectos de «Chócala», el hogar para los trabajadores españoles en Lieja.

No se trata de una sociedad recreativa más, sino de un centro donde el trabajador español en el extranjero puede encontrar solución a todos sus problemas. El padre Javier busca la palabra justa, el gesto amistoso, y todos los españoles de buena voluntad encuentran en el padre navarro un amigo fiel dispuesto a ayudarles en lo que sea.

Por eso los españoles acuden al Hogar de Lieja como a su propia casa, casa recién estrenada, pero de la que ya no pueden prescindir ningún domingo.

Es el padre Javier el que me explica la génesis del Hogar del Trabajador Español, que por primera vez tiene en Bélgica un Hogar propio y exclusivo de españoles.

—Sin la ayuda de todo género y el impulso de la Agregaduría Laboral de la Embajada española, no hubiese sido posible montar todo este tinglado en menos de un mes. Se alquiló la casa, se pintó toda de arriba abajo, se arreglaron los muebles, se compraron otros nuevos...

El resultado ha sido este «Chócala» acogedor y simpático, a donde pueden dirigirse con toda confianza los españoles que llegan por primera vez a la ciudad lo mismo que los que viven allí desde hace bastantes años. Muchos trabajadores españoles contribu-



Las Informadoras sociales solucionan todos los problemas de las españolas que llegan a Bélgica



El Cardenal Primado y el Ministro José Solís, el día de la inauguración del Hogar para los españoles de Lieja

yeron con su prestación personal a que el Hogar estuviese listo en la fecha prevista para su inauguración oficial, 26 de julio, un día después de la festividad de Santiago Apóstol, Patrón de España.

El cardenal arzobispo de Toledo, doctor Pla y Deniel, se trasladó desde Bruselas para bendecir el nuevo Hogar. El Ministro señor Solís también quiso compartir la emoción de la nueva casa, que se abría para que todos los españoles encuentren un eco de sus tierras lejanas.

La visita del Ministro tuvo la significación que supone que un miembro del Gobierno español se interesase personalmente de las condiciones de vida de los obreros españoles en el extranjero y también de su visita el Hogar saldrá beneficiado con un aparato de televisión.

MISA, A LAS SEIS Y MEDIA DE LA TARDE

Los vecinos de la calle Sainte Marie, cuando vieron colocar el letrero con el nombre de «Chócala», pensaron que lo que iban a instalar allí era una fábrica de chocolates. El «chócala» español a lo único que lo asociaban en francés era a «chocolate»; luego se enteraron que no, que lo que allí se iba a fabricar eran cordialidades y asistencias de todo género para los trabajadores españoles de Lieja.

«Chócala» no ha hecho más que empezar, y hasta la fecha sólo ha podido organizar bailes, reuniones en las fechas tradicionales, pero sus metas son más amplias: creación de un Cuadro artístico que



Un grupo de españoles reunidos con el Agregado Laboral de España, Clemente Cerdá, en «Chócala»

realice representaciones teatrales, conferencias de tipo cultural aprovechando el paso de personalidades españolas por Bruselas, conciertos y recitales, aparte de su labor asistencial.

También los españoles han encontrado una misa para ellos a las seis y media de la tarde de los domingos. La misa se celebra en la capilla de la Escuela de Bellas Artes que los Hermanos de las Escuelas Cristianas tienen establecida al lado del Hogar español. Los Hermanos ceden con toda generosidad sus locales para que los trabajadores españoles puedan asistir al santo sacrificio en un ambiente español por excelencia. Allí el Evangelio se comenta en español, los cánticos litúrgicos son españoles, y al final de la misa las gentes se quedan a la puerta de la iglesia, charlando según costumbre de todos los lugares españoles.

—Señora, ¿qué tal sus vacaciones en España? No nos ha dicho nada.

—Muy bien, muy bien, pero, hijo, ¡resultan tan cortas...! Uno no se cansa de aquel sol.

EL SOL ALIMENTA TAMBIEN EN LA NIEBLA

Pocos españoles son los que se acostumbran a aquel clima de lluvias y de nieblas permanentes. Con el cielo casi siempre encapotado, los españoles sueñan en el momento de pasar sus vacaciones en España, junto a los suyos, y recogiendo sol para tantos meses sin verlo apenas.

—Aquí, sí, se gana más dinero, pero también los precios son muchísimo más caros. Yo cuando tenga ahorradas unas pesetas, al Madrid de mi alma; a mí que no me busquen más por Bélgica.

Habla una morena con unos ojos oscuros así de grandes. Hace unos meses que ha llegado de España, pero ya está pensando volver. Y es que una cosa es oír desde lejos que se gana tanto y cuánto, y otra enfrentarse con una dura realidad. Los mireros tienen que trabajar en terrenos muy difíciles y peligrosos, que hacen más penoso aún el duro trabajo de la mina. Las chicas del servicio doméstico se encuentran con una faena continuada y muchas veces desconocida para ellas, como es el lavar los automóviles, fregar las aceras de las calles, etcétera. Esto, unido al desconocimiento del idioma y a las duras condiciones del clima, hace que muchas se desengañen nada más llegar y ya estén pensando en el regreso a sus ciudades de origen.

A los que trasladan a su familia entera les es más difícil volver por completo de nuevo, y éstos se contentan con pasar sus vacaciones en algún lugar español donde tienen familiares.

MINEROS ESPAÑOLES EN BELGICA DESDE 1928

El trabajo de los españoles en las minas belgas no es nada nuevo; parte de 1928, fecha en que un ingeniero belga de visita por la zona minera del norte de España, bien impresionado por la laboriosidad de los mineros españoles ofreció contratos de trabajo para las zonas hulleras de Charleroi y Limburgo.

Desde aquella fecha y por diversas circunstancias de todo género el número de mineros españoles en Bélgica ha sido variable, pero siempre de gran importancia numérica. Ahora son unos 8.000 los españoles que trabajan en las minas, a los que sumando sus familiares hacen una población española de no menos de las 15.000 personas.

Las principales zonas mineras de Bélgica se encuentran situadas en Namur, la más grande cuenca minera de hulla de Bélgica, que se extiende sobre unos 900 kilómetros. Otra muy importante es la de Lieja, que alcanza 540 kilómetros de extensión. Para tener una idea de la importancia de las cuencas hulleras de Bélgica baste saber que suponen la veintea parte de la superficie total del país.

Para tan gran extensión minera, Bélgica ha tenido siempre necesidad de mano de obra extranjera y por ello son numerosísimos los trabajadores italianos principalmente, seguidos de griegos, polacos, húngaros y de otras muchas nacionalidades.

El utillaje de las minas belgas no siempre es de una gran perfección y esto, unido a la naturaleza difícil de los terrenos, hace que las catástrofes sean tan voluminosas como la reciente, en que murieron más de 400 mineros italianos, conmoviendo al mundo entero.

PROTECCION LABORAL INDISPENSABLE

Esta masa de trabajadores españoles no siempre ha estado todo lo protegida que debería, y por el contrario, expuesta a toda clase de fraudes de desaprensivos. Es de hace pocos años a esta parte cuando el Gobierno español concertó los Tratados precisos para la salvaguardia de sus trabajadores en Bélgica. Hoy los españoles gozan de iguales derechos que los trabajadores belgas y se está en vías de conseguir el Convenio cultural con Bélgica, mediante el cual en los núcleos de gran contingente de españoles se darán clases en las escuelas públicas varias veces por semana de Historia, Geografía, Lengua y Literatura españolas.

Con dicho Convenio se conseguirá que los niños de españoles que nazcan en Bélgica y que forzosamente tienen que asistir a las escuelas belgas, conozcan lo indispensable de su Patria.

También está en vías de conseguirse la instalación de cantinas españolas en los principales núcleos de mineros. Las cantinas son una institución en la mina, donde el trabajador soltero encuentra habitación y comida, pero no siempre están regentadas por personas competentes o de honradez, buscando más su propio provecho que el del trabajador.

Para evitar estos abusos, España instalará en los principales centros hulleros de fuerte contingente español, sus propias cantinas, lo que supondrá un enorme gasto inicial, pero compensado a la larga por los enormes beneficios que en ellas obtendrá el trabajador que tiene que permanecer fuera de su Patria.

Hemos dicho que después de los mineros, el segundo contingente de trabajadores españoles en Bélgica lo constituyen las muchachas del servicio doméstico. Para éstas también ha sonado la hora de la organización y protección.

Hasta hace poco era muy frecuente el caso de la muchacha que llegaba a la Estación Central de Bruselas o de París, sin tener la menor noción del idioma ni a quién tenía que dirigirse. Ello daba lugar a tristes espectáculos y a veces a graves consecuencias. Para evitar en lo posible ambas cosas se le ocurrió al padre Antonio Hortelano organizar los Servicios de Información española en las estaciones de París, donde las muchachas españolas que llegaban encontraban unas amables informadoras que les enteraban de todo lo que tenían que hacer hasta llegar a su destino.

En 1955 a varios españoles estudiantines de Sociología en la Universidad de Lovaina, y ante la creciente afluencia de españolas a Bélgica, se les ocurrió montar idénticos servicios informativos en Bruselas y en Lieja. En esta última ciudad los Servicios de Información se han instalado ahora en «Chócala», y allí encuentran las muchachas solución a todos sus problemas laborales, gracias a la ayuda de las asistentes sociales españolas Marichu Gutiérrez, Mercedes Guasch y Tere Iturgaiz, que ayudan en su labor a Linette Cloes, una chica belga que habla perfectamente español y que de su experiencia con las muchachas de servicio españolas está realizando una Memoria para la Escuela Social de Lieja.

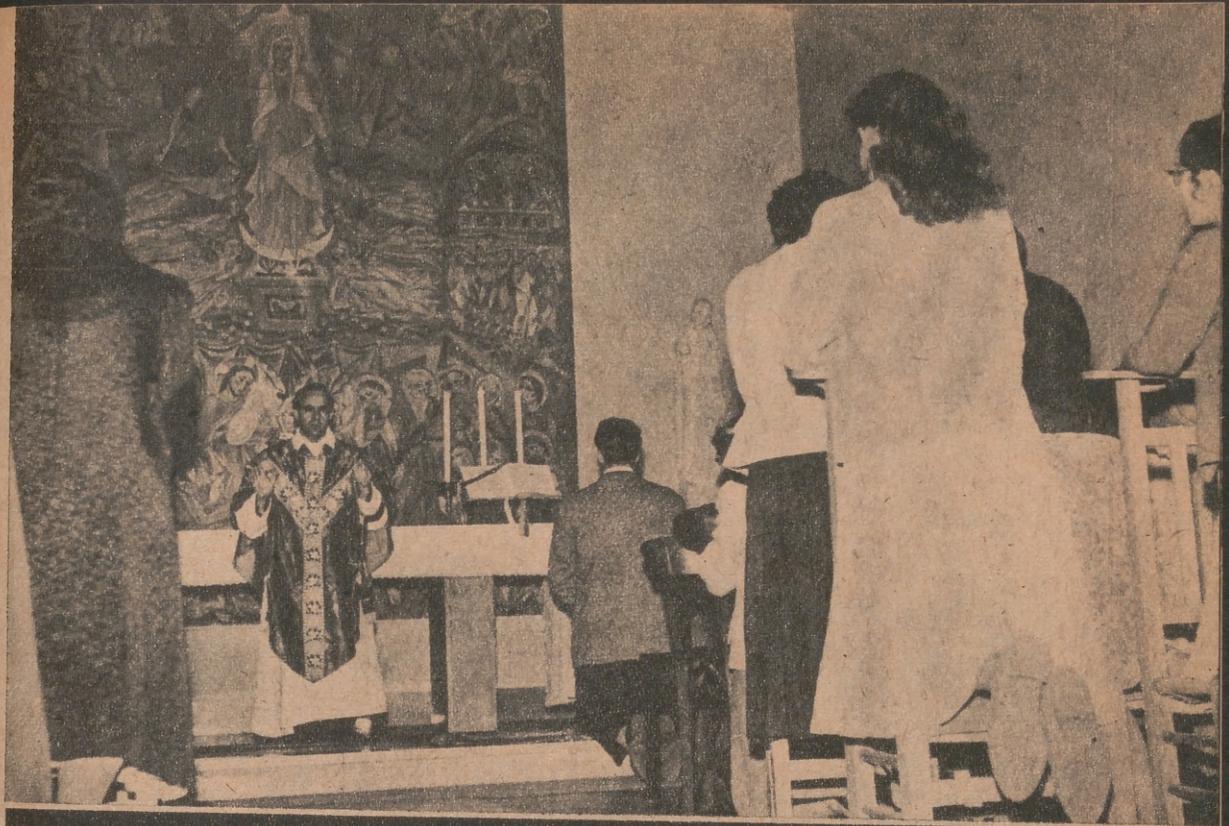
Las condiciones de trabajo de las muchachas del servicio doméstico son muy rigurosas y sólo tienen un día a la semana libre. Los sueldos son buenos, pero hay que tener en cuenta el coste de la vida en Bélgica, donde un par de zapatos no se encuentra por menos de 700 pesetas, y el billete del tranvía cuesta cerca de cinco pesetas, y un café en un local corriente, no de lujo, unas 10 pesetas, y una caña de cerveza unas siete. Y todo por el estilo.

MAS PRESENCIA DE ESPAÑA EN BELGICA

No es sólo personificado en los trabajadores españoles donde se percibe la presencia de España en las tierras belgas. En muchos otros detalles bien reveladores puede apreciarse también...

«Quince días de sol en España: Baleares, Costa Brava, Canarias, Andalucía.» Esta es la propaganda de las agencias turísticas de viajes que invitan al sol español desde muchos escaparates y esquinillas belgas.

Para los que ya conocen España existen sus tentaciones, como el restaurante «Costa Brava», regentado por un catalán apellidado Domenech, que vive desde hace años en Bruselas. El catalán se gasta sus buenos dineros en los principales diarios de la capital belga con anuncios como



Misa para los españoles de Lieja, todos los domingos a las seis y media de la tarde

te o parecidos: «Recuerde sus bellos días españoles comiendo la paella en el restaurante «Costa Brava». El restaurante es de los de lujo y clasificado entre los mejores de Bruselas.

El mismo negociante catalán tiene otra tienda en el centro de Bruselas que con idéntico nombre de «Costa Brava» ofrece al comprador los más variados productos españoles como vino de Jerez, coñac, turrone, aceite de oliva, conservas vegetales, mermeladas, sardinas y otros pescados en conserva, etc. Hasta los garbanzos «para el cocido madrileño» pueden encontrarse.

Otro restaurante-club nocturno, llamado «Carabela», que se encuentra en las inmediaciones del Palacio de Justicia de Bruselas, ofrece a sus clientes por 150 francos belgas (algo más de 150 pesetas) el cubierto de las especialidades españolas gastronómicas, y en su patio, «todo el folklore de España», esta última afirmación evidentemente muy exagerada.

«La viva y apasionante España» es el título de una conferencia con proyecciones que la revista «Exploración del Mundo» anuncia para su curso 1958-59, a celebrar en el palacio de Bellas Artes de Bruselas próximamente. Estas conferencias son pagadas y por abono, y junto a la dedicada a España figuran otras de títulos tan sugestivos como «El país de las mujeres jirafas», «Singular Japón», «A través de la China sin murallas». De donde se deduce que España sigue teniendo el mismo interés exótico que en la época de Dumas o de Merimé.

CAFES PARA ESPAÑOLES EN BRUSELAS

Bruselas no ha sido invadida

aún por la moda de las cafeterías, como ha sucedido en Madrid. La capital belga conserva sus cafés «antiguo régimen», donde a uno le sirven el café «filtré», que cae gota a gota, con una lentitud desesperante, desde el recipiente metálico al vaso de cristal que lo sustenta.

Dos de estos cafés de viejo estilo están visitados especialmente por españoles. El «Valencia», situado en las inmediaciones de la estación del Norte, y que cuenta con la clientela fija de los fruteros españoles en Bruselas, muy numerosos, y casi todos ellos mallorquines o valencianos.

Los fruteros españoles tienen siempre sus tiendas en las cercanías de los grandes mercados y están especializados en frutos tempranos, que reciben antes que ningún otro. Los tomates invernales de Canarias, las naranjas y las cebollas valencianas, los albaricoques murcianos, el pimentón de Extremadura, los limones levantinos forman pilas multicolores en los escaparates de estas fruterías, que casi siempre se llaman «Jardín español», con todas las variantes que pueden admitir estas dos palabras.

El otro café de Bruselas para uso de españoles es el «España» (escrito así, en español, en la puerta del establecimiento), y se encuentra frente a la Bolsa, en pleno centro de la capital.

EL TEATRO ESPAÑOL. EL FUTBOL

Grandes carteles multicolores anuncian en todas las calles de Bruselas el ciclo de teatro que se desarrollará en el palacio de Bellas Artes durante la temporada 1958-59. Entre las obras de Giraudoux, Fabbri, Pirandello, Molière, Anouilh, Cornielle, Racine,

Marivaux, Chejov, figura «La Celestina», de Fernando de Rojas,

En la otra vertiente de lo cultural nos encontramos con un equipo de fútbol compuesto por jugadores españoles, que a la vez son mineros en el sector de Lieja. Unión Deportiva Española se llama el flamante equipo, que figura entre los de su categoría regional e interviene en los Campeonatos de la Liga.

Los jugadores españoles visten los mismos colores que el equipo nacional español cuando éste juega en el extranjero, o sea, camiseta encarnada y pantalón negro. La Unión Deportiva Española ya ha ganado varias copas y se encuentra asistida por el entusiasmo de todos los españoles residentes en Bélgica, que se desplazan donde sea con tal de ver jugar a su equipo.

No obstante ser más numerosos, lo que no han conseguido organizar los italianos es algo similar al «Chócala» de Lieja. Me lo decía con admiración, que no excluía la envidia, un italo-belga.

—Todos dicen que los españoles son unos desorganizados, pero resulta que siempre nos dan lecciones a los demás. Lo que nosotros los italianos no hemos conseguido en muchos años lo han hecho los españoles en unos meses.

Para contestarle lo mejor hubiese sido colgarle delante de alguno de aquellos carteles del Hogar del Trabajador Español en Lieja, en los que bajo la fotografía en vivos colores de algún rincón de Andalucía, Castilla, Cataluña, Galicia o Extremadura se puede leer bien claro: «España es diferente.» En todo.

J. RAMIREZ DE LUCAS
(Enviado especial.)

Fotos: Henecé.



IX FERIA DE MUESTRAS DE BILBAO, VENTANA INDUSTRIAL AL EXTERIOR

MIL CIENTO CINCUENTA "STANDS"
JUNTO A LA RIA DEL NERVION

BILBAO termina allí. Los últimos edificios dejan sola a la ría, que se alarga hasta el mar ayudando a la industria. A la derecha se alzan los artilleros «Euskalduna». A la izquierda, la arquitectura nueva de la Escuela de Ingenieros Industriales. A la espalda, el deportivo estadio de San Mamés, con media circunferencia de cemento armado sosteniendo el alero de tribunas. A lo lejos, los montes siempre verdes con una siembra de casitas menudas por las faldas. Y en la exacta mitad se levantan las construcciones de la Feria de Muestras, los grandes pabellones-escaparates de la industria norteaña. Amplios jardines cercando un amplio estanque, donde el agua da un salto de más de 30 metros. Junto a los cien caminos ocupan su lugar, al aire libre, las máquinas gigantes. Y a la entrada de piedra, ondean las banderas como un símbolo de las realizaciones españolas que dentro se presentan.

LA INDUSTRIA NACIONAL, EN ALZA

Ha dicho un experto economista que las Ferias de Muestras vienen a representar lo que las vitrinas rutilantes de los joyeros, que exhiben su preciosa mercancía con gracia y estilo capaces de estimular y decidir la remota intención adquisitiva del anónimo cliente. Son, en todo caso, estos certámenes pregón jubiloso que la industria y el comercio de un país, de una región, lanzan a los cuatro vientos para estimular el interés y la sorpresa de cuantos puedan sentir curiosidad por los progresos alcanzados en el vasto y trascendente campo de la productividad. No obedecen las Ferias de Muestras exclusivamente a una idea utilitaria y propagandística, sino que responden también al propósito de subra-



Un aspecto del pabellón de la industria pesada en la Feria de Muestras de Bilbao. En la fotografía de abajo, el Ministro de Comercio, señor Ullastres, inaugura el Certamen



El señor Ullastres con el Presidente de las Cortes y otras personalidades, recorren los «stands»

yar con la elocuencia de las realizaciones el enorme interés de las grandes obras que valoran y prestigian la potencialidad industrial de una nación.

España se transforma, vibra, recupera su pulso como consecuencia de una política eficaz y práctica a la que sirve con inteligencia y nobleza una técnica, en un momento de la vida del país en que se unifican designios y voluntades bajo el denominador común de servicio y engrandecimiento de la Patria. Esta transformación es la que viene a poner de relieve con datos, cifras y guarismos y, sobre todo, con realizaciones materiales y tangibles que las gentes perciben y contrastan hasta obtener la medida de lo exacto, los certámenes que en materia industrial y comercial se celebran periódicamente en diversas regiones del país.

La IX Feria de Muestras de Vizcaya acaba de ser inaugurada solemnemente. El gigantesco escaparate permanecerá diariamente abierto desde las diez a la una y media de la mañana, y por la tarde, de cinco a nueve y media.

Toda la potencialidad industrial de esta región laboriosa y fecunda está representada en el marco magnífico de la Exposición ya que la grande y la modesta industria se han afanado por conseguir que sus instalaciones respondan dignamente al rango de Certamen nacional que, por primera vez este año, ha otorgado el Gobierno a esta magnífica exhibición de la actividad fabril vizcaína. El cielo plomizo de la capital norteña, el humo denso de sus fábricas, la estampa clásica de su ría ajetreada y palpitante, la descomunal hoguera de los Altos Hornos que puebla de vivas llamaradas la noche estival y serena, sintetizan el esfuerzo laboral de Bilbao y cons-

tituyen un claro exponente de su desarrollo industrial y mercantil a lo largo de más de dos siglos.

Existe, por otra parte, una relación estrechísima entre esta realidad de la Feria y el «Gran Bilbao», la organización jurídico-administrativa creada, promovida e impulsada por el Alcalde de la capital vizcaína, don Joaquín de Zuazagaitia. Los planes de esta institución se relacionan con todo lo referente al urbano embellecimiento de la ciudad y su comarca y al acomodamiento de las nuevas industrias en las orillas de la ría bilbaína. Esta Corporación Administrativa, regida por un Consejo General, estudia las ideas ordenadas a este fin, encauzándolas bajo un previo plan técnico, que tiende a resolver los problemas presentados por el continuo crecimiento demográfico.

El «Gran Bilbao», que cuenta con personalidad jurídica propia, estudia todos los asuntos relacionados con actividades portuarias, industriales, férreas, urbanas y las que se refieren a saneamiento y espacios verdes.

Desde el mirador formidante de la Feria, el tiempo hará posible una visión fantástica de toda la ciudad.

UN CERTAMEN TECNICO Y COMERCIAL

Quienes hemos asistido a la celebración de los primeros certámenes de este carácter en la capital de Vizcaya podemos emitir juicio directo sobre la importancia adquirida por la Feria en los últimos años. Fué en sus orígenes una modesta, tímida exhibición de la actividad fabril de la región, en el marco decente e inadecuado de un edificio escolar que visitaban escasos grupos de

curiosos sin finalidad preconcebida ni interés verdadero por las manufacturas y productos que allí se alineaban con el sello inequívoco de una Exposición de fin de curso. Vizcaya es una región esencialmente industrial y tradicionalmente laboriosa, factores ambos cuya significación y trascendencia contrastaban con aquella pobre y modesta representación del trabajo y la productividad del país. Pero la importancia de la Feria de Muestras bilbaína ha adquirido un auge inusitado. Pronto le prestaron su colaboración decidida no solamente la gran industria, notablemente representada por Altos Hornos de Vizcaya, Babcock, Firestone Hispania, Papelera Española, Unión Resinera, Aurrerá, Unión Española de Explosivos, etcétera, sino también la mediana y pequeña industrias, y hasta la que podríamos llamar industria artística, cuya representación genuina corresponde a las extraordinarias y admiradas filigranas de Elbar.

La facultad creadora del obrero especializado no tardó en hallar un lugar destacado en el marco de este certamen ni en atraerse la atención de los visitantes, cuyo número aumentaba en proporción geométrica cada año. Se estimulaban así las dotes singulares de aquellos productores cuya originalidad e inventiva son dignas siempre de especial observación para no correr el riesgo de que puedan perderse en la indiferencia y en el olvido nobles afanes creadores que, indudablemente, llegarían a encauzarse hacia iniciativas de eficaz aplicación. Se prestó la debida atención

al alto significado didáctico de las Escuelas de Aprendices en el vasto campo de la producción industrial. La observación directa de los trabajos ejecutados por los alumnos de dichos centros lleva al ánimo de los visitantes de la Feria al convencimiento de que el aprendizaje de los jóvenes obreros se realiza mediante métodos y sistemas que los convertirán en futuros trabajadores de sólida y eficiente preparación profesional.

En esta IX Feria de Muestras de Bilbao se ha cumplido ya el propósito inicial de que el certamen tuviese un doble carácter, técnico y comercial, con pluralidad de transacciones y de relaciones mercantiles. Se pretende que los industriales de las provincias limítrofes, y aun los de toda España, acudan a la llamada de Bilbao, donde encontrarán novedades en el campo de la técnica industrial y un fácil terreno abonado para la expansión de los productos y manufacturas de las diversas regiones. Bilbao, por otra parte, considera esta Feria de Muestras como «un servicio público» y éste es el motivo de que ciertas Corporaciones provinciales y locales como la Diputación y el Ayuntamiento, hayan sumado su esfuerzo y prestado su colaboración valiosísima a la actividad desplegada por la Cámara de Comercio, Industria y Navegación.

SE TRIPLICA EL NUMERO DE «STANDS»

No ha terminado el esfuerzo bilbaíno, pues en años sucesivos se piensa desarrollar un programa más amplio y ambicioso. Sin embargo, la Feria que acaba de inaugurarse acusa ya su mayoría de edad, la madurez y perfección de unas instalaciones que en nada se parecen a aquellas elementales y bisoñas de los primeros años. Esta etapa de la Feria es un exponente del claro afán de superación que la informa, y que se traduce en la inversión de más de 16 millones de pesetas para la creación de nuevos pabellones. Al triplicarse el número de los «stands» al aire libre se cuenta con doble cantidad de metros cuadrados de recinto en relación con las instalaciones existentes el año anterior. Como emplazamiento y fábrica, la Feria de Muestras de Bilbao se ha desarrollado notablemente, hasta llegar a convertirse en un gigantesco pabellón de la actividad permanente de la provincia, que nace en los talleres Euskalduna y se proyecta hasta el Cantábrico por Sestao. Pero, como alguien ha observado certeramente «con mucho más color y mucho menos humo; con multitud de arables ciceros y perspectivas de jardín en

tecnicolor; un hormiguero más en el complejo laboral del Nervión». Los jardines que tan excelente impresión causaron ya el pasado año han sido ahora mejorados y embellecidos, para lo que hubo necesidad de modificar el trazado del camino de La Ventosa, que atraviesa la parte posterior de los terrenos de la Feria. Otras novedades presenta el recinto ferial en lo que se refiere a puestos de degustación de diversos productos, servicios de bar y restaurante y otros atractivos que constituyen motivo de amenidad y descanso para el visitante del certamen.

Tiene este año la Feria mil ciento cincuenta «stands» y en todos ellos se han esforzado los expositores en presentar decorosamente sus productos. Destaca la participación de la industria catalana y la novedad técnica de diversas máquinas eléctricas.

Dentro del pabellón de la industria ligera se ofrecen al visitante las mil variadas realizaciones últimas que abarcan desde un simple aparato para coser zapatos hasta el complicado mecanismo que pone en marcha toda una instalación.

UNA CASA PREFABRICADA

Ha sido objeto de explicable curiosidad la presentación en la Feria de una casa prefabricada, cuyo precio es de cuarenta y cinco mil pesetas. Como la ayuda del Estado en concepto de vivienda es de treinta mil pesetas, no puede llamar la atención el interés que ha despertado en los visitantes esta curiosa casa, original y acogedora, cuyo montaje en la Feria no ha durado más allá de quince días.

Llaman asimismo la atención del público que visita la Feria los modelos de automóviles y demás vehículos utilizados en la agricultura y en la tracción de las grandes industrias. El valor del muestrario recogido en el catálogo se eleva a cientos de millones de pesetas; lo invertido en obras accesorias de la Feria asciende a más de cincuenta y siete millones de pesetas.

EL «GOGGOMOVIL». NUEVO COCHE UTILITARIO

Una de las curiosidades del Certamen es el «Goggomóvil», vehículo utilitario de patente alemana, con cuatro plazas, tres caballos de potencia y menos de 50.000 pesetas de precio.

Se presenta este nuevo modelo de automóvil en sus dos variantes de «coupé» y furgoneta, y muy en breve comenzará su construcción en serie en Munguía, pueblo situado a 15 kilómetros de

Bilbao y cuya industrialización aumenta rápidamente.

También ocupan lugar destacado en la Feria de Muestras bilbaína el camión «Babcock» y las furgonetas «micro», «ambulancia» y «bar», que se construyen en Alava. La furgoneta-bar se encuentra ya en servicio en las calles bilbaínas, con extraordinario éxito de público, que acoge con simpatía esta «barra» ambulante porque le asiste oportunamente en la hora de la merienda o del aperitivo, y apaga su sed en plena calzada en los días calurosos del estío.

En la sección de maquinaria industrial se presentan novedades impresionantes, que ponen de relieve hasta qué punto la industria de Altos Hornos y metalurgia de Vizcaya ha conseguido un alto nivel. Destacan aquí varias máquinas gigantes, en especial la de industria eléctrica, y una variada colección de equipos para toda clase de aplicaciones.

La exhibición, en cierto modo monótona, de determinados productos de la industria secundaria, la inevitable utilización del lenguaje frío de los gráficos o la rígida presencia de muestras inanimadas de la riqueza ferrífera regional se combinan inteligentemente en el recinto de la Feria con la nota curiosa o el dato sorprendente que fija y atrae la atención del visitante...

UN MILLON DE VISITANTES

Medio millón de personas visitaron el pasado año la Feria de Muestras de Bilbao. No sería pecar de exagerados al afirmar que esa cifra se duplicará en el actual certamen, dado el extraordinario interés que ha suscitado en toda España. Coincide además la celebración de la Feria con las fiestas bilbaínas de Nuestra Señora de Begoña, acontecimiento religioso de singular relieve en la vida de esta laboriosa ciudad cantábrica.

Se alza en el recinto de la Feria una torre de treinta y tres metros de altura que domina todas las instalaciones y los terrenos que rodean el certamen. Desde allí podrían divisarse dos establecimientos benéficos que, aparentemente ajenos a las actividades industriales y mercantiles de Bilbao, se hallan íntimamente vinculados a su realización. Se trata de la Santa Casa de Misericordia y el hospital del Generalísimo, situados cerca del recinto de la Exposición, y que constituyen las instituciones benéficas del más rancio abolengo bilbaíno. Entre la Feria y la ría se encuentra también a nueva Escuela de Ingenieros Industriales, que seguirá aportando la valiosa contribución de sus técnicos, sus laboratorios y sus investigaciones al esfuerzo continuado que realiza Vizcaya para conservar y aumentar el justo prestigio de su economía y de su industria, consecuencia natural del trabajo, el tesón y la firme voluntad de unos hombres que dedican su existencia a una labor continuada y agotadora en favor del engrandecimiento de la Patria.

Francisco RODRIGUEZ
BATLLORI

SUSCRIBASE A «EL ESPAÑOL»

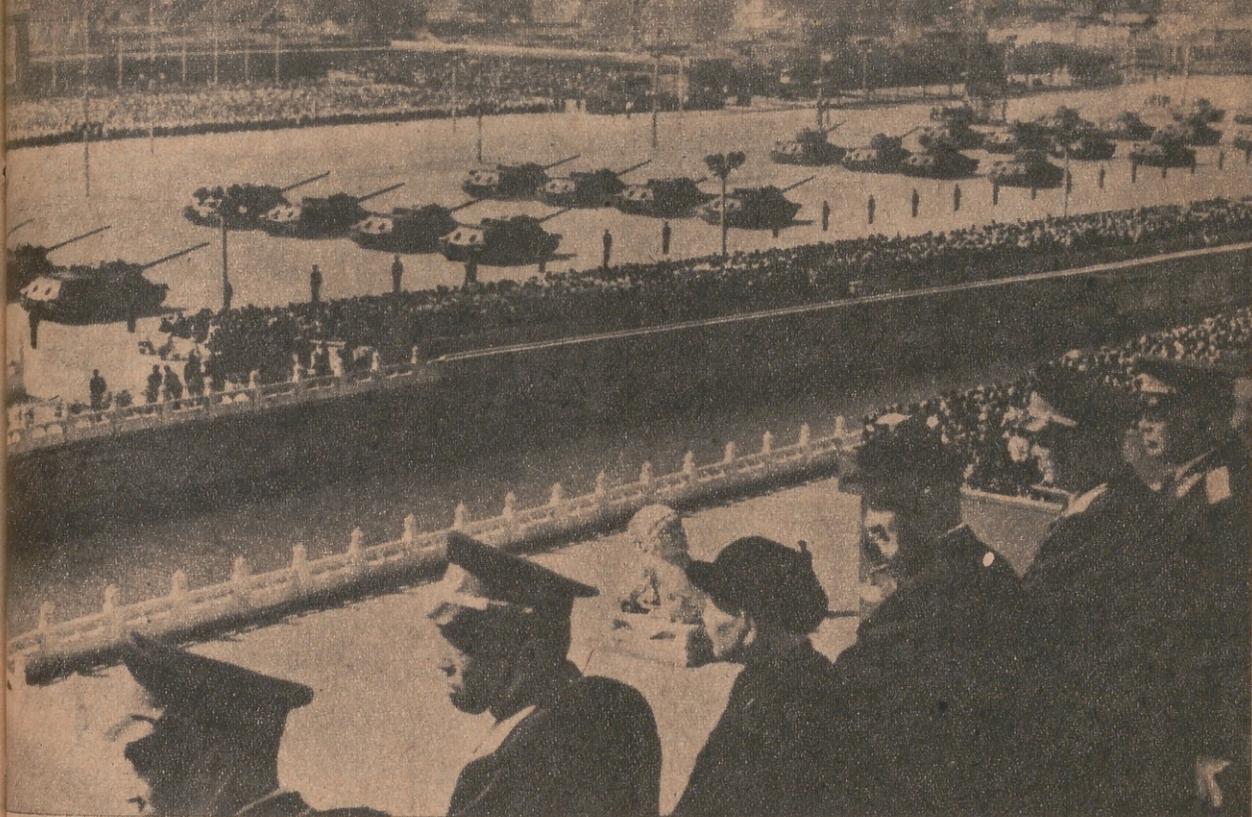
Tres meses 38 ptas.

Seis meses 75 "

Un año 150 "

Administración: PINAR, 5 :: MADRID

Desfile militar en Pekín. El segundo por la izquierda es el mariscal Peng Teh Huaí, ministro de Defensa.



CONFERENCIA EN PEKIN

KRUSTCHEV Y MAO-TSE-TUNG PREPARAN LAS TACTICAS DE LA NUEVA OFENSIVA COMUNISTA

LA AMENAZA DE LOS "MIG" SOBRE LA CHINA NACIONALISTA

EL día 3 de agosto se supo, transmitida desde Estocolmo, la noticia de que el jefe del Gobierno soviético, Nikita Krustchev, había celebrado en Pekín una serie de entrevistas con el Presidente de la República comunista china, Mao Tse Tung. Estocolmo no había hecho sino tomar la noticia de los boletines informativos lanzados al aire por Radio Moscú. Como en otras ocasiones, los movimientos de los gerifaltes comunistas se habían rodeado de misterio para aprovechar la sorpresa de su revelación inesperada como elemento eficaz con que desconcertar a Occidente.

La primera noticia del inesperado viaje de Nikita Krustchev la dió Radio Moscú el mismo día 3 en una información muy breve, casi sin otras palabras que las que se hubieran empleado al redactar la noticia en un telegrama: «Se ha celebrado una reunión entre Krustchev y Mao Tse Tung. Como resultado de la misma ha sido facilitado un comunicado.» Lo único importante de la noticia estuvo en



Mao Tse Tung durante una reciente asamblea del P. C. chino

que los rusos concretaron en ella que las reuniones de los dos jefes comunistas había tenido lugar entre el 31 de julio y el 2 de agosto.

Inmediatamente después de su boletín de noticias, y como ampliación a las facilitadas sobre las entrevistas en Pekín, Radio Moscú dió un comunicado que contenía la siguiente información: «Las dos partes completaron una perfecta unidad de puntos de vista en torno a los más importantes problemas de la actual situación internacional, así como en los asuntos que se refieren al futuro fortalecimiento de las relaciones, amistad, unidad y ayuda mutua entre la U. R. S. S. y la República Popular China. También estuvieron de acuerdo en las cuestiones que se refieren a la necesidad de una fuerte unión en la lucha por una solución pacífica de los problemas internacionales y la defensa de la paz con carácter mundial.»

Naturalmente, apenas se supo en Occidente que la entrevista de Pekín había tenido lugar se especuló sobre la posibilidad de que el dirigente ruso hubiese querido consultar sus puntos de vista con los del dirigente chino antes de decidirse a tomar una resolución sobre los asuntos que la Conferencia de «alto nivel» plantearía. Los especialistas en asuntos internacionales, particularmente los expertos en la conducta y propósitos de la Unión Soviética, hicieron cábalas alrededor de las personalidades que hubieran ido acompañando al dictador bolchevique a Pekín.

Más tarde se sabía que tales dirigentes habían sido el ministro de Defensa, mariscal Malinowski; el viceministro de Asuntos Exteriores, V. V. Kuznetsov, y otros funcionarios auxiliares y expertos en materias concretas. Llamó la atención el hecho de que hubiese ido el viceministro y no el ministro de Asuntos Exteriores, como habría parecido natural. Por parte de la China comunista intervinieron en las conversaciones, además del Presidente Mao, el jefe del Gobierno, Chu En Lai; el ministro de Defensa, vicepresidente del Consejo, mariscal Peg Tah Han, y el ministro de Asuntos Exteriores, también vicepresidente del Consejo, Chen Yi.

Nos imaginamos a Krustchev huésped de la capital china, que por otra parte no se llama oficialmente Pekín, sino Peiping, una de las más viejas ciudades del mundo, en un cruce de caminos sugestivos para un ruso, ya que todas las vías que enlazan y en-

lazaron siempre a la China, la Mogolia y la Manchuria por allí pasaron y siguen pasando. Krustchev y sus acompañantes en la excursión que tanto ha sorprendido a los occidentales confanzudos y poco expertos en reacciones y trapisondas rusas y comunistas, habrá paseado por la doble ciudad tártara y china haciendo recuento mental del inagotable materia humano que el Comunismo, con mayúscula, podría obtener de una amistad firme con Mao Tse Tung.

Naturalmente, el comunicado oficial facilitado al término de las conversaciones de Pekín está plagado de los consabidos tópicos. Tras los que los comunistas pretenden encubrir sus verdaderas intenciones. El texto del documento fué radiado al mismo tiempo en ambas capitales, dándose así a la publicidad y conocimiento de mundo con perfecta unidad de métodos de campaña, con el fin de influir en los miembros de las Naciones Unidas que más tarde habrían de reunirse en la sede de la Organización mundial para estudiar los problemas últimamente planteados en el mundo.

Krustchev y Mao hacen en el comunicado de referencia protestas de sus intenciones de paz, si que ello sea óbice para que en aquellos mismos momentos se estuvieran preparando numerosos trenes militares, que serían enviados luego al puerto comunista de Amoy, a dieciséis kilómetros de la isla nacionalista de Quemoy, con tropas, artillería antiaérea pesada, tanques y carros blindados, ni para que ya estuvieran listas, quizá en camino las bombas atómicas que Rusia ha entregado a China, cuya circunstancia sería denunciada días más tarde en el «Sunday Times» londinense.

El comunicado de la conferencia confiesa paladinamente que ambos jefes comunistas acordaron continuar su línea de conducta política «que les ha permitido un gran éxito en la lucha para que disminuya la tensión internacional». Se hace en el texto oficial un recuento de cuáles son esos pueblos «amantes de la paz» que con Rusia y China se han esforzado y se esfuerzan en disminuir la tensión internacional: la India, Indonesia, la República Árabe Unida «y otros países de Asia, África, América y Europa». Cualquiera podría reseñar tales países con sus nombres y circunstancias, porque sus características están en el ánimo de todos.

A continuación, el texto del documento se hace copia de otros

anteriores y lanza su consabida acusación contra el bloque que los comunistas llaman imperialista. Acusación manida y tópica que confirma tanto la falta de imaginación de los creadores del lenguaje polémico comunista como su constancia y pesadez, dignas de mejor causa. Según Krustchev y Mao, hay un bloque agresivo imperialista «dirigido por los grupos monopolíticos de los Estados Unidos» que se opone a la coexistencia pacífica y disminuye los esfuerzos comunistas por consolidar la paz... (¡Qué cinismo!) Así sigue la acusación en los consabidos términos ya manidos, que no es necesario reproducir porque son los mismos de siempre.

En este caso concreto los acusadores han incluido en el comunicado de la conferencia una especial mención de la presencia de fuerzas militares de los Estados Unidos e Inglaterra en el Líbano y en Jordania, considerando el hecho como «agresión armada». Acusan también a Estados Unidos de amenazar la paz en Iraq y la R. A. U., y aseguran muy serios que tal conducta de Occidente ha merecido la protesta y la condena de todos los pueblos del mundo. Si no estuviéramos ya acostumbrados al lenguaje reiterativo de los gerifaltes comunistas, tomaríamos en serio algo de lo que dicen con tanta seriedad. Pero están ya tan desacreditados que sus acusaciones sólo sirven para acusarse ellos mismos, ya que en Occidente se vuelven sus oraciones por pasivas y se sabe de cierto que de lo que ellos acusen, es de lo que en realidad han de ser acusados.

Para remachar su punto de vista dicen con toda claridad que la Unión Soviética y la República Popular China dan su apoyo total a las justas aspiraciones de los pueblos de la República Árabe Unida, República del Iraq y otros países árabes, así como a los movimientos nacionales de independencia de diversos pueblos de Asia, África y América del Sur. Más adelante afirman que los últimos acontecimientos políticos del mundo demuestran que los movimientos nacionales de liberación son irresistibles y que la era del colonialismo toca a su fin.

El lenguaje es tan conocido que parece mentira que haya gente que se empeñe en seguir ciega y sorda, sin querer comprender que es el mismo lenguaje usado por los comunistas de todo el mundo, más o menos viejos, más o menos encubiertos tras aparentes colores

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Una publicación especializada en temas de información

Precio del ejemplar: 10 pesetas. Suscripciones: Semestre, 50 pesetas; año, 80.

Números atrasados a 15 pesetas

GACETA DE LA PRENSA ESPAÑOLA

Administración: Pinar, 5. - Teléfono 355640 - MADRID

de nacionalismos no comunistas. Los pueblos recién nacidos a la independencia tienen los oídos muy abiertos para esta clase de propaganda y el comunismo está sembrando en ellos desde hace tiempo semillas a veces invisibles, porque están bajo tierra, pero que allí están germinando para aflorar a la superficie en el momento oportuno. La mala hierba comunista prende pronto, mejor cuanto más podrido esté el suelo en que se la siembre.

Por fin, los dos gerifaltes declaran sin sonrojarse que sus principios políticos están montados sobre ciertos puntos fundamentales. Parece una broma, pero ellos lo dicen en serio y sin miedo a que Occidente pueda ir colocando junto a tales principios políticos una serie de nombres de personas y pueblos destruidos por ellos precisamente, desmintiendo ese deseo de paz y de libertad que sólo existe en el lenguaje propagandístico, pero no en la realidad del régimen comunista. Según ellos, sus deseos son que cada pueblo elija su propio sistema político y social (¿y Hungría?); que los países con distinto sistema político puedan practicar la coexistencia pacífica (¿y Polonia?); que todas las disputas internacionales sean resueltas por medio de negociaciones pacíficas (¿y Corea?).

Para que el comunicado acabase bien, los comunistas lanzan el último número de la función: hay que reducir los armamentos, hay que suspender las pruebas atómicas y de bombas de hidrógeno; hay que prohibir el uso de ellas, hay que eliminar todos los bloques militares y todas las bases, hay que firmar pactos de seguridad colectiva... Si no estuviésemos ya acostumbrados sería cosa de reírse ante tanto cinismo. Mejor dicho, si no estuviésemos ya acostumbrados y si no resultara todo tan trágico cuando pone la mano sobre algo el sembrador tenaz y sin escrúpulos del virus destructor del comunismo.

SECRETO A VOCES

Aunque muchos observadores occidentales hayan insistido en las diferencias de criterio entre Krustchev y Mao conviene señalar que éstas son más aparentes que reales. Krustchev, que atacó el stalinismo se ha revelado después tan stalinista como el propio Stalin. Otro tanto cabe decir de Mao, que durante los últimos meses ha llevado a cabo en China una nueva y sangrienta purga.

Las diferencias que hayan podido ventilarse entre ambos jefes rojos quedan inmediatamente soslayadas por el objetivo común, el dominio comunista de todo el mundo.

Puede también, y así lo creen algunos comentaristas norteamericanos, que el viaje de Krustchev envuelva una velada amenaza a Occidente, esgrimiendo el argumento de los seiscientos millones de chinos que el comunismo tiene a sus espaldas mientras Mao permanece fiel a Moscú y consideración que ello influirá algún día para que la China roja sea admitida en las Naciones Unidas. Claro que la China roja está fuera de la ley y amenaza constantemente con atacar a Formosa, miembro efectivo del mundo libre.



El analfabetismo es una de las mayores plagas de China. Los viejos memorialistas tienen siempre encargos abundantes

De todos modos, la maniobra de Krustchev yendo a Pekín y lanzando inesperadamente al mundo el comunicado de su entrevista con Mao, clamando por la paz, por la coexistencia y por las buenas maneras quizá justifique el nombre con que el humor norteamericano ha bautizado a la Conferencia «cumbre» que tanto anhelaban los pueblos en peligro. La llaman «de las tres pes», es decir, en el peor instante, en el peor sitio y con el peor tema.

CARTAS A LA VISTA

De regreso en Moscú tras su entrevista con Mao, Krustchev contestó a Eisenhower con una carta cuyo texto está en la línea de todos los documentos y declaraciones comunistas. Sus teorías son las de siempre: Rusia es amante de la paz; la China roja es la China auténtica; aunque no se le reconozca no dejará de ser la gran potencia que es; los pueblos de la Europa oriental han elegido su régimen político y no lo cambiarán por nadie... Se ve con claridad que en la redacción de esta carta han influido las conversaciones sostenidas dos días antes en Pekín, y que la dialéctica es la misma que la del comunicado de aquella entrevista.

El mismo día 6 el delegado soviético presentó al Consejo de Seguridad la carta pidiendo la celebración de la sesión extraordinaria, renunciando así a la Unión soviética de que se celebrara una reunión de «alto nivel». Cuando esto se supo, los comentaristas políticos dedujeron que el cambio de conducta de Krustchev no podía tener otra razón que su entrevista con Mao, y que el amo del Kremlin podría haber sufrido una derrota en Pekín que le hubiese obligado a cambiar de táctica en Occidente. Dicen los expertos que el viaje a la China comunista pudo haber sido un intento desesperado de convencer a Mao Tse Tung, lo que probaría una previa desavenencia o negativa china a las pretensiones rusas. En cualquier caso está claro que el dirigente chino comunista ha alcanzado una notoriedad y una influencia en el mundo comunista que hasta ahora nadie se

había atrevido a esgrimir frente a los dirigentes rusos.

Por si esto fuera poco, el mismo día 6 informaba al mundo el Gobierno de la China nacionalista que los aviones comunistas estaban a sólo veintidós minutos de vuelo de Taipéi y que por ello había ordenado la inmediata y total movilización de sus tropas, que estaban dispuestas para entrar en acción en cualquier momento. Aquel mismo día las baterías comunistas bombardeaban la isla nacionalista de Quemoy. El propósito de estos actos de agresión comunista puede estar resumido en el hecho de que Mao quiera hacer patente su independencia de Moscú. Incluso, después del comunicado oficial de la entrevista de Pekín, la radio comunista china continuó con su cantinela de que fuese convocada una Conferencia de «alto nivel» en la que estuviese representada la China roja, tema ya abandonado por Krustchev. Mao es un hijo demasiado díscolo que le ha salido a Rusia y los rusos empiezan a estar preocupados con él. Quiere opinar por su cuenta, exige explicaciones, se niega a dadas cuando le conviene callar y anda jugando a la guerra en el estrecho de Formosa.

Inmediatamente que comenzó el bombardeo de la isla de Quemoy, que los «Mig» volaron sobre Formosa, que los trenes comunistas empezaron a transportar material de guerra hacia los puertos chinos, el órgano de la Marina soviética, «Flota Roja», publicaría un artículo acusando a los Estados Unidos de intensificar sus preparativos militares en la China nacionalista. En esto Mao y Krustchev se parecen mucho. En todos los documentos y discursos que los dos dirigentes comunistas lanzan al mundo o se reservan para sus súbditos, encadenados o no, sale a relucir el tópico de culpar a los demás de cuanto ellos hacen. Imperialistas, colonialistas, emprendedores de agresiones armadas, amenazadores de la paz y otras expresiones semejantes son aplicadas a los Estados Unidos y otras naciones de Occidente a cada momento, por los periódicos comunistas.

Domingo MANFREDI CANO

LA HIERBA, NUEVO ALIMENTO PARA EL HOMBRE

INVESTIGACIONES GASTRONÓMICAS EN EL CENTRO EXPERIMENTAL DE ROTHAMSTED

LA COCINA ESPAÑOLA VISTA DESDE INGLATERRA

La repercusión que tiene el simple hecho de desayunarse con un tazón de café con leche y unos churros o, en su lugar, con unas lonchas de tocino ahumado y un huevo frito es mucho más importante de lo que a simple vista parece. No sólo afecta a la salud, sino también a la manera de ser de todo un país. Esta es la conclusión del británico Alan Walker, que desde Madrid ha escrito al periódico «The Daily Telegraph» reivindicando las excelencias del desayuno a la inglesa.

Las características del temperamento latino son el resultado, ni

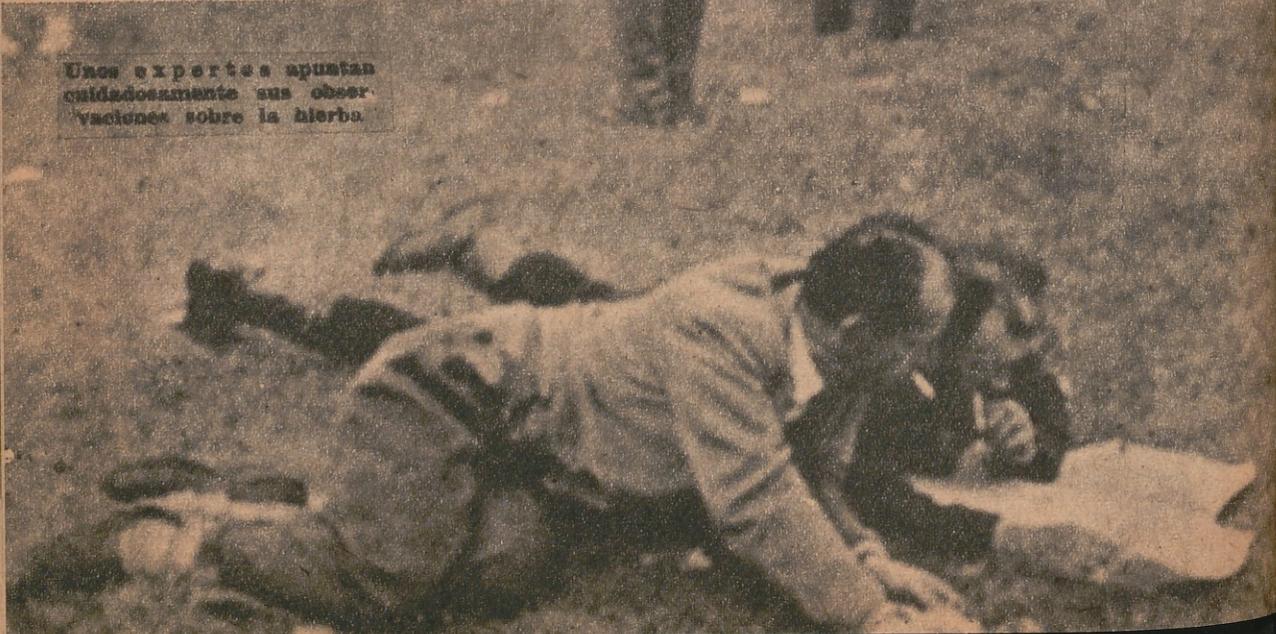
más ni menos, de la ausencia de unas tajadas de «bacon» a la hora de tomar el primer alimento del día, dice el experto señor Walker. «Usted necesita hacer una comida sólida por las mañanas para aguantar el calor del verano de España —sigue escribiendo el británico—. Empezar la jornada con una sola taza de café con leche es tanto como decir que para la hora del almuerzo estará usted en un estado de ánimo próximo a la demencia.» Afortunadamente para la buena salud mental de los turistas que nos visitan, Alan Walker reconoce que los españoles



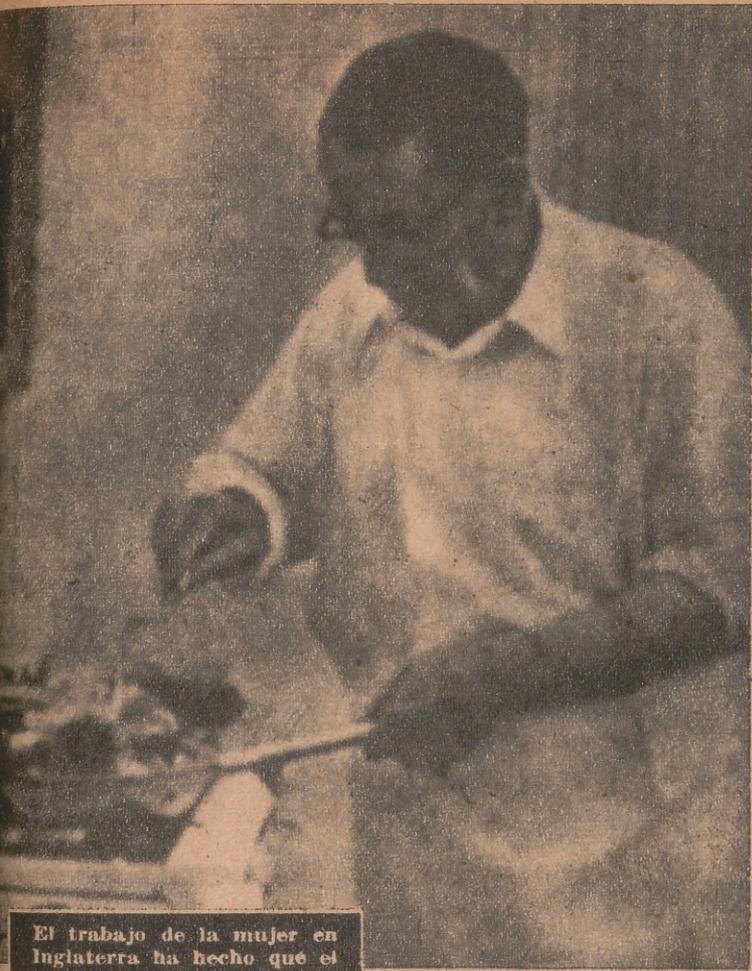
En las flores parece ser que se encuentran importantes sustancias alimenticias muy nutritivas para el hombre

son muy corteses y de muy buenas intenciones y facilitan los medios para que los ingleses que circulan por nuestro país puedan iniciar el día con un completo desayuno estilo inglés.

Sin duda para estar a la recta, los españoles que se mueven por el Reino Unido encuentran actualmente amplias facilidades para ingerir un desayuno a la española, aunque sea sin churros. La verdad es que aquella tra-



Unos expertos apuntan cuidadosamente sus observaciones sobre la hierba



El trabajo de la mujer en Inglaterra ha hecho que el hombre tenga que ocuparse del cocinado de sus propios alimentos

dicional primera comida del inglés, con pescado o huevos, tocino, tomate, mermeladas, pastas, «cereales» y otra gran variedad de golosinas es hoy un recuerdo histórico para la generalidad de las familias británicas. La última guerra, con sus severos racionamientos, rompió el hábito, y la posguerra, con la creciente alza de precios de los artículos alimenticios, consagró casi definitivamente la desaparición de esa histórica comida entre la mayoría de los hogares ingleses. Hoy en día un par de tostadas y una taza de café con leche o de té suelen constituir el menú de la primera hora de la mañana. De cumplirse las teorías del señor Walker, pronto se verá a los habitantes de estas islas bulliciosos y comunicativos como las gentes que viven a orillas del Mediterráneo. No será entonces el sol ni será la luz los responsables de la transformación, sino la ausencia del «bacon» y de los huevos a la hora del desayuno.

LA COCINA, UN ARTE OLVIDADO

La mujer inglesa, a pesar del aparato de televisión que pueda tener y de la refrigeradora, es de las mujeres más atareadas y sacrificadas. Los gastos generales de la casa son tan elevados que la mayoría de ellas se ven en la necesidad de seguir trabajando aun

después de contraer matrimonio.

El capítulo de la renta del piso desequilibra poderosamente el presupuesto familiar. En Londres, como en todo el país, hay gran escasez de viviendas para arrendar, y las que se encuentran suelen ofrecerse amuebladas y a precios por encima de las posibilidades medias. Por un cuarto de estar, dos dormitorios, cocina y cuarto de baño se vienen a pagar cifras superiores a las seis libras semanales en la capital. El sueldo que gana un empleado del Metro o de los ferrocarriles no suele sobrepasar las nueve libras, y de esta can-

tividad hay que deducir los impuestos y las contribuciones para los seguros sociales. Haciendo otras cuentas, supone esto que para el resto de las atenciones familiares quedan libres poco más de dos libras.

Esta realidad de los números obliga a una severa disciplina en los gastos, y más aún exige un complemento a los ingresos. La solución entonces está en realquilar la habitación que queda libre o en buscar trabajo la mujer. Muchas veces también se recurre a las dos soluciones. En Gran Bretaña, a pesar de su fama hogareña y de la predilección del inglés por su casa, son infinidad los que tienen que compartir la suya y los que tienen que vivir en la ajena.

Si la mujer por imperativos económicos se ve en la necesidad de levantarse a las siete de la mañana y no regresar a su hogar hasta pasadas la cinco de la tarde, nada tiene de extraño que la cocina se haya simplificado y reducido a la atención de las necesidades mínimas. Hoy en día es ya tan raro encontrar una buena cocinera como una muchacha que estudie piano. Este abandono del arte de guisar ha trascendido de los fogones caseros a muchos de los fogones, de los restaurantes y hoteles. Son frecuentes los artículos en los periódicos con lamentaciones por el olvido de las reglas básicas de la cocina, incluso en los establecimientos de fama. Hasta en el condimento de las carnes, que fué orgullo de la mesa británica, parece ser que ha alcanzado ese abandono.

Con esos antecedentes fácil es adivinar que la cesta de la mujer inglesa cuando va a la compra se llena principalmente de latas, de alimentos refrigerados, que precisan únicamente un poco de fuego para ser ingeridos, y de verduras que se comen en crudo, regadas con una salsa mahonesa también prefabricada. Cuando estos alimentos se llevan a la mesa, el ama de casa sólo ha tenido que añadir la sal y el vinagre, si es que estos artículos no van incluidos en el contenido de la lata.



La mujer inglesa ahora la cocina española al regreso de sus vacaciones

EL LIBRO PRECISO

EL maestro, ese maestro de las primeras letras, es el firme ingeniero constructor de los caminos futuros de un pueblo. El ciemta cada uno de los días, poniendo hora tras hora la infinita paciencia, el cuidado exquísito, la delicadeza sin tacha en explicar a sus niños alumnos los cuatro puntos cardinales de su propia y futura actuación humana. Mas para que esta misión se cumpla en ese grado excelso que nos maravilla, el maestro ha de recibir el don de la vocación nata engendrada en sus afeanes acrecidos con el ejercicio de cada día, y la severa, la exigente, la serena formación que, para aquel ejercicio, se requiere anticipadamente.

Si ya tenemos el maestro en la vía franca de una confianza formativa, después, ¿qué podría ser asimismo estrictamente necesario y útil? El texto limpio, exacto, depurado que, sirviendo de apoyatura a la tarea vocacional, sea fuente de inagotable enseñanza para el alumno y si para el profesor, el maestro, pareció aconsejable seleccionar los textos que habria de emplear mientras se hacia apto para el desarrollo de la enseñanza, y autorizar aquellos que habria de emplear posteriormente en sus consultas y dudas, más justo parece que para la proyección de las lecciones sobre los niños en grado de escolaridad los textos asimismo permitidos lo fueran tras una exigencia didáctica rigurosa de cara a la historia limpia y sin fronda de adjetivos, de ayer, a los hechos que hacen historia de hoy, y, por fin, el aprendizaje de métodos y sistemas que

permitan al niño —habiéndolo conocido ya el maestro—, vivir la realidad de su país en un sentido de eficacia educacionalmente aleccionadora.

Sobre este aspecto, el Ministerio de Educación Nacional, cumpliendo una de las misiones que le son propias, ha dispuesto que antes de ser utilizados en las Escuelas del Magisterio los libros de texto, y los de texto y lectura en las Escuelas de Enseñanza Primaria, y todavía más, los que el maestro haya de emplear para sus consultas habituales, serán previamente examinados para su aprobación por ese Departamento. Con ello se advierte no sólo el afán de cumplir uno de los fines propios del organismo que orienta y dirige la política educacional del país, sino el de que tenga un sentido de unidad para recabar los necesarios y adecuados hitos de la enseñanza pública. Misión de unidad, repetimos, signo que actualiza y preside el pensamiento creador de esta época española, evitando confusiones quebradizas de afeanes para que esos centros cumplan las normas que se dictan, en cuya consulta están asimismo presentes los diversos organismos a quienes de uno u otro modo se confían parcelas en la formación de la juventud de nuestro país. Con ello podrán cumplirse los dos fines esenciales que se persiguen: adaptación a los cuestionarios nacionales y normas dictadas por el Ministerio, sin olvidar nunca el espíritu que informa la Ley de Educación Primaria.

LA HIERBA. ALIMENTO PARA EL HOMBRE

Las latas y los alimentos refrigerados para su conservación están a punto de quedarse tan anticuados como el comprar en la pollería un ave y asarla en el horno casero. En el Centro Experimental de Rothamsted se siguen los pasos para perfeccionar un descubrimiento que supondrá en breve una auténtica revolución culinaria. Según los expertos que trabajan allí, el cliente de un restaurante que pide un buen filete de vaca, exponiéndose por este capricho a una severa cuenta a la hora de pagar, lo hace simplemente porque hasta ahora no se había descubierto el sistema adecuado para obtener las proteínas necesarias para la vida humana directamente de la hierba. Al igual que la vaca, por ejemplo, se alimenta según un estricto régimen vegetariano, el hombre puede llegar a los

mismos resultados sin necesidad de ingerir aquellas proteínas a través de la carne del animal. La hora de la hierba para la alimentación humana ha llegado o está a punto de llegar.

El Centro Experimental de Rothamsted no está instalado en un sombrío edificio de ladrillo ennegrecido por los rigores del clima inglés en combinación con los humos de las fábricas. El Centro funciona en una atractiva construcción inspirada en clásico estilo «regencia», rodeada por campos de hierba atendidos con esmero y por bancales de flores. Los técnicos que trabajan en este poético lugar visten sobre sus batas blancas delanteras de goma, y botas altas del mismo material. En las mesas de laboratorio y ante las lentes de los microscopios se apilan infinidad de manojos de hierba.

—Nuestras investigaciones son para conseguir extraer las protef-

nas necesarias para el hombre partiendo de los vegetales. Se tratan en este Centro, principalmente, la hierba, las hojas de la patata y los desperdicios de las fábricas de conservas—explica uno de esos expertos mientras manipula unas retortas.

En pocas palabras, y precisando de términos científicos, en estos laboratorios ingleses se transforman los vegetales en una pulpa, mediante presión. Eros jugos pasan por fases de recalentamiento y filtraje hasta resultar un líquido de densidad media cargado de las ricas proteínas, tan vitales para la existencia humana. El producto puede ser obtenido sin sabor o con gusto a patata, carne u otro alimento. Se puede tomar a cucharadas o mezclado con cualquier otra sustancia.

—El descubrimiento de estos laboratorios de Rothamsted permite extraer de las plantas cinco veces más proteínas que las que obtiene una persona comiendo los platos habituales de carne. Y lo que también es muy importante, no hay que gastar tiempo ni emplear conocimientos culinarios. Con nuestros jugos, sobran las cocinas en la casa.

Pero hasta que Rothamsted no lance al mercado sus fórmulas y se puedan desmantelar las cocinas, continúa siendo una necesidad hacer la compra y echar números en los mercados. Una compra que se hace ahora, hoy por hoy, en los almacenes de «autoservicio», donde todo está empaquetado y envuelto en plásticos, desde las zanahorias a la chuleta de cordero.

PATATAS EN BOLSAS DE «PLEXIGLAS»

La tendencia a presentar todos los artículos alimenticios en estuches, bolsas cerradas herméticamente con infinidad de precintos, latas y celofanes alcanza actualmente su apogeo. Las simples patatas, por ejemplo, ya no se exhiben en los acostumbrados sacos que se amontonan por los rincones de las tiendas, sino en bolsas de «plexiglas» de diferentes colores, precintadas y recosidas. Con ello no cae ni una pizca de tierra en la bolsa de la compra, pero tampoco puede saber el ama de casa la calidad del género que adquiere ni el estado en que se conserva el artículo. Y sobre todo ello, esa bolsa o ese envase no se puede dar gratis, como es lógico, y su costo recarga el precio de las patatas.

Esta moderna tendencia de envasar todos los productos obedece más que a razones de comodidad del comprador a imposiciones del vendedor, que de esta manera se ahorra jornales de dependientes. La ciencia de la compra, que tan esencial venía siendo para una buena cocina y que tanto cuidaba el ama de casa, ha caído en desuso por falta de posibilidad de practicarla. Cuando en lugar de adquirir una coliflor o unas fresas se compra un paquete envuelto ya y cerrado herméticamente, todo el arte de la elección se cae por su base. Resultado de toda esta labor de pesar y envasar previamente en los grandes almacenes para la venta posterior al detall es que el cubo de la basura de una familia inglesa se llena rápidamente de papeles, de plásticos y de latas, a costa del bolsillo del comprador.

La labor de los servicios de recogida de basuras, gracias a la fiebre del envase, es abrumadora e inagotable.

Contra esta tendencia se vienen levantando ya fuertes argumentos de protesta. Las autoridades médicas y sanitarias señalan el peligro que hay para la salud pública en el exceso de conservar y mixtificar los artículos antes de su presentación al comprador. Los alimentos, así, llegan al mercado llenos de componentes químicos, habiendo perdido en tales manipulaciones el sabor natural y su riqueza nutritiva. En Norteamérica, donde estos excesos están aún más extendidos que en Gran Bretaña, las autoridades que cuidan de la alimentación de las Fuerzas Armadas han dado la orden de poner freno enérgico a la práctica innecesaria de la conservación de alimentos.

EL ACEITE DE OLIVA, DE VENTA EN LAS FARMACIAS

Una vez que el ama de casa ha llenado su bolsa de la compra en la tienda de «auto-servicio» de la esquina, llega el momento de preparar la comida. Generalmente, en un cuarto de hora está lista, y la mitad de ese tiempo se ha invertido en arrancar precintos, en rasgar papeles y en abrir latas.

Sin embargo, este breve espacio de tiempo dedicado al condimento de la comida parece excesivo, y se desarrollan encuestas y certámenes en los periódicos para dar a los lectores fórmulas prácticas que permitan cocinar dos veces a la semana y guardar los guisos para los días en que no procede gastar tiempo ante el hornillo de gas.

El fin inmediato de tales manipulaciones es que la nevera se convierte en instrumento necesario e imprescindible y que los alimentos, cuando llega la hora de consumirlos, están aún más deslabazados e insípidos. Bien por esta falta de sabor o bien por la costumbre de hacer comidas ligeras, el inglés no puede pasar dos horas seguidas sin tomar algo. En todas las oficinas y fábricas, en las obras mismas, hay un empleado cuya misión más importante es cuidar de la tetera y de la lumbrera para hacer té. Los obreros que trabajan arreglando las calzadas se sientan en los bordillos de las aceras y esperan pacientemente la taza del brebaje para acallar por otro par de horas las manifestaciones de desconuelo de sus estómagos, que agradecerían, sin duda, un poco más de sustancia en los alimentos y un poco menos de química y de conserva en los mismos. Tal vez si el aceite de oliva dejara de venderse en las farmacias y se pusiera al alcance del consumidor a precios razonables, la alimentación en estas islas ganara en gusto y en vitaminas.

CIENTO CINCUENTA PESETAS LA BOTELLA DE JEREZ

Sólo gracias a una vida ordenada y de ahorro puede la familia inglesa costearse las dos semanas de vacaciones anuales y pagar los plazos del aparato de radio o de televisión. Quiere esto decir que a diario no se hace ningún gasto superfluo, y que, por tanto, después de dejar el trabajo se enfila el



Para ganar tiempo, no hay más remedio que emplear aparatos veloces y alimentos concentrados

camino más corto para llegar a casa. El ir a tomar una bebida en un bar constituye un hecho desacostumbrado en la mayoría de los casos, y los cines atraviesan ahora una aguda crisis que se manifiesta en la infinidad de locales cerrados por falta de clientela.

Este régimen de vida, que prescinde del rato de esparcimiento en el bar, viene impuesto más que por los hábitos morigerados de los ingleses, por los precios que el tabernero cobra por la consumición. Por una copa de vino hay que desembolsar cerca de las quince pesetas, y una botella de cerveza pequeña cuesta alrededor de los dos duros. Estas tarifas rigen en establecimientos que no son de lujo, en lugares donde el cliente ha de acercarse al mostrador para recoger la botella y los vasos y luego llevarlos por sí mismo a una mesa.

Tan severo es el Fisco británico en materia de bebida y tanto aprieta la mano con los impuestos, que la botella de vino de Rioja no se puede poner a la venta por menos de cuarenta pesetas, y una botella de Jerez se despacha en la tienda a precios por encima de las ciento cincuenta pesetas. Los vinos de Tarragona han conquistado en estas islas un amplio mercado, tanto por la calidad del género como por la habilidad de nuestros productores catalanes en algo tan difícil como acreditar un nombre en esta clase de bebidas, en las que Francia venía ejerciendo una especie de monopolio por nadie discutido. Con lo que no han podido luchar nuestros vinateros es con los rigores de la Hacienda inglesa; la botella de Tarragona vale alrededor de las cincuenta pesetas.

Manejando el arma de los impuestos el Gobierno inglés ha dictado prácticamente una tajante Ley Seca para todo el país. Si alguien ha olvidado a qué sabe el whisky es precisamente el habitante de este país. Como sustitutivo de nuestra clásica botella de vino para las comidas, la mujer inglesa echa a la cesta de la compra los consabidos paquetes de té, que se consumen a toda hora y en toda ocasión hasta los límites

máximos de tolerancia del organismo humano.

EL COCIDO ESPAÑOL VISTO DESDE INGLATERRA

Si la renta del piso absorbe la mayor parte de los ingresos del cabeza de familia, luego viene el London Transport, los autobuses y el Metro, para llevarse otro importante capítulo del remanente. No hay trayecto de «bus» que cueste menos de las dos pesetas, pero por este precio el recorrido es muy corto, una distancia muy reducida medida a la escala de las proporciones de esta capital. Lo normal es que desde un barrio cualquiera hasta el centro haya que sacar un billete de Metro o de autobús que vale alrededor de las ocho pesetas.

Significa esto que cada londinense que habite en la ciudad ha de dedicar diariamente y como mínimo sus tres duros para pagar el Metro. Pero esta cifra es insignificante comparada con el desembolso que por transporte han de sufrir los cientos de miles de ingleses que trabajan en la capital y que viven en pueblos cercanos, a distancias superiores muchas veces a los cien kilómetros. Y además del sacrificio económico que suponen estos desplazamientos cotidianos, hay que considerar el horario al que tiene que sujetarse este trabajador: levantarse antes de las cinco de la mañana para estar de regreso a las nueve de la noche.

Con un régimen de vida semejante se puede deducir fácilmente que el apartado de las comidas caseras se convierte en una atención para la que no hay apenas tiempo disponible. Por eso cuando una inglesa que regresaba de España fué interrogada para que expresara su opinión sobre lo que más había apreciado en nuestro país, se limitó a responder: «Envidio a los españoles porque todavía tienen tiempo para preparar un cocido y reunirse toda la familia en torno al puchero».

Alfonso BARRA

(Corresponsal en Londres)

EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LOS ESPAÑOLES PARA TODOS LOS ESPAÑOLES

precio del ejemplar: 3,00 ptas. - Suscripciones: Trimestre, 38 ptas.; semestre, 75; año, 150

A HIERBA, NUEVO ALIMENTO PARA EL HOMBRE



INVESTIGACIONES GASTRONOMICAS EN EL
CENTRO EXPERIMENTAL DE ROTHAMSTEAD

LA COCINA ESPAÑOLA, VISTA DESDE INGLATERRA